ROMANCE
FANTÁSTICO
TORMENTA
DE COLORES
LORENA GRANDE

Table of Contents

Créditos

Título

Newsletter

Dedicatoria

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

EPÍLOGO

Agradecimientos

¿Te ha gustado?

Primera edición enero 2022

Depósito legal enero 2022

© Cherry Publishing

71-75 Shelton Street, Covent Garden, Londres, UK.

9781801162135

TORMENTA DE COLORES

Lorena Grande

Cherry Publishing

¡Inscríbete a nuestra *newsletter* y recibe gratis nuestra novela *Romance ente rejas*, además de ofertas y selecciones!

https://mailchi.mp/eff2c580738f/novela-gratis

Si nos lees desde México, ¡inscríbete aquí!

https://mailchi.mp/32c90d243b28/novela-gratis-mexico

Encuéntranos en nuestras páginas de Instagram:

https://www.instagram.com/cherrypublishing_esp/

https://www.instagram.com/lorenagrandeescritora/?hl=en

A quienes buscan su lugar en el mundo.

La tormenta somos nosotros, Blanca Andreu.

PRÓLOGO

En las oscuras noches de mi pueblo natal, Nashka, mi madre solía contarme la misma historia. No podría decirse que fuese un cuento bonito, ideal para dormir, pero a mí me daba esperanza. Me hacía creer que las cosas cambiarían para mi familia y que pronto todo se solucionaría.

Hace tiempo, Carshia, el reino de los humanos, y Shegnia, el reino de los elfos oscuros, estaban en guerra. Mientras unos ansiaban las riquezas de la tierra, los otros solo deseaban defenderla. Los humanos arrasaron los pueblos y las ciudades Shegnia, hasta el día en que los elfos oscuros decidieron que había llegado el momento de acabar con esa situación y recuperar lo que era suyo.

Los elfos se alzaron en armas y se defendieron del expolio de los humanos, que pensaban que todo lo que bañaba la luz del sol les pertenecía. Por fin, tras muchos años de muerte y sufrimiento, los habitantes de Shegnia recuperaron sus tierras.

Pero ¿a qué precio?

Se extendió por el mundo el rumor de que éramos salvajes, que bebíamos la sangre de nuestros enemigos en copas fabricadas con sus huesos. Que corría por nuestra sangre una magia maligna y oscura. En definitiva, que éramos peligrosos. Todo el mundo creyó a sus dirigentes, sin importar de qué raza fueran, y nos condenaron a vivir aislados en nuestro pequeño reino destruido.

Con el paso de los años, los elfos oscuros comenzamos a notar las consecuencias de la barrera invisible que nos separaba de los humanos: las furiosas aguas del Mar Negro. Mi reino languideció y muchos elfos se hicieron a la mar en busca de nuevas oportunidades

en Carshia. La mayoría de ellos no regresó con vida y solo unos pocos consiguieron llegar a su destino de Shegnia; la flota del reino humano era poderosa y su fuerza solo era eclipsada por las tormentas que se desataban en mar abierto.

Nadie en Shegnia sabe si el futuro próspero que ansiaban esos elfos se ha hecho realidad, ni si están a salvo. Pero una cosa es segura: los humanos nos odian y no existe un solo lugar en este mundo en el que los elfos oscuros podamos recuperar el amor y el respeto del pasado.

De modo que, ¿cuál sería mi destino?

CAPÍTULO UNO

Hoy se cumplen doscientos años del triunfo de los humanos sobre la infesta magia de los elfos oscuros. No podemos ni debemos olvidar a nuestros hermanos y hermanas, que murieron en la guerra y se sacrificaron para que nosotros tuviéramos un futuro. La magia de los elfos oscuros está más contenida que nunca gracias, no solo a la sangre derramada, sino también al Pacto de la Verdad establecido entre Carshia y Shegnia.

De modo que os pido que, en el día de hoy, alcéis vuestras copas y brindéis por estos tiempos de paz.

El comunicado del rey aparece clavado en los postes de todos los edificios de Arsis, en Carshia. Debe de haber enviado a un centenar de personas a trabajar durante la noche para que, a primera hora de la mañana, todo el mundo pudiera admirar el grueso papel en el que, a mano, se han copiado las palabras del soberano de Carshia. Una multitud se arremolina en torno a cada copia, a pesar de que en todas se dice lo mismo, en resumen: los elfos oscuros somos el mal; los humanos, la salvación.

Por suerte, en Arsis ya se han acostumbrado a mi presencia. Soy una de las poquísimas elfas oscuras que habitan en el reino y, por lo que sé, se han endurecido los requisitos para recibir un permiso de residencia. Excepto para los humanos de reinos vecinos, claro. Ellos pueden ir y venir a su antojo, no tienen necesidad de preguntar. En cambio, yo apenas puedo salir de esta minúscula localidad sin que traten de apresarme o me miren como estuviese embadurnada en

estiércol.

Al principio me afectaba bastante la actitud de los humanos; ahora ni siquiera les presto atención. He aprendido a manejar esas situaciones de la mejor manera posible, tal y como me ha enseñado mi abuela, a pesar de que no compartimos ni una pizca de sangre.

Me alejo de las voces que se alzan unas sobre otras, comentando lo que llevo escuchando toda mi vida, y me encamino hacia el mercado. En unas horas, esta zona estará atestada de gente, deseosa de adquirir algún complemento para lucirlo en la Fiesta de la Victoria. Por la noche, se organizarán fogatas en el bosque, las tabernas se llenarán de canciones, bebida y comida, y yo me quedaré en casa, disfrutando de una buena charla con mi abuela. Al fin y al cabo, ¿dónde se ha visto a un elfo oscuro celebrando su propia derrota?

Una derrota llena de mentiras y engaños.

A pesar del nombrecito que adquirió el pacto firmado tras la guerra, el documento no muestra la auténtica realidad de mi pueblo. No somos peligrosos, nuestra magia no es oscura y, por supuesto, no nos alimentamos de humanos, como a muchos les gusta rumorear. Si fuera así yo ya habría muerto de inanición; no entra en mis planes convertirme en lo que ellos dicen que soy. Lo único que puede resultar un poco sorprendente es nuestro color de piel, que va desde el tono más claro de bronce al más apagado del ébano. Y nuestros ojos, por supuesto: ninguno de los míos tiene una mirada clara como la de los humanos y, si se da el caso, veneramos a ese elfo por ser capaz de avistar la luz en medio de tanta oscuridad.

—¡Carne fresca! ¡Ternera! ¡Venado! ¡Cerdo! ¡Venga y adquiera la mejor pieza para el festín de esta noche!

La voz de uno de los mercaderes me devuelve a la realidad. Reprimo un largo suspiro y me enfrento al dependiente de un puesto que vende distintos tipos de tela. El hombre me sonríe al verme,

aunque detecto un brillo de antipatía que no había visto antes en él. «Debe ser por la celebración», me digo a mí misma antes de señalar un par de piezas que me interesan. Le pago el producto y me voy de allí rauda hasta el puesto de la carne. El mercader solo detiene su retahíla para preguntarme cuántos kilos quiero. No me dedica más de unos segundos de su atención, y yo lo agradezco. Ya tengo suficiente con vivir este día todos los años.

Salgo del mercado en el mismo momento en que empieza a llegar la mitad del pueblo. Arsis parece haber despertado por completo tras leer las palabras del rey. Por desgracia, no me libraré del ajetreo tan fácilmente.

De camino a casa, me cruzo con varios de mis antiguos compañeros de escuela. Uno de ellos, al percatarse de mi presencia, escupe a mis pies.

—Maldita elfa oscura…

Le ignoro. Cuando era pequeña, me afectaban sus palabras y su forma de tratarme. No comprendía por qué me hablaba de esa manera. Siempre me preguntaba qué había hecho yo para ganarme su desprecio. Por suerte, conocí a alguien que me abrió un poco los ojos y me hizo ver que yo no era el problema, sino su actitud.

Continúo mi camino sin detenerme a charlar con nadie. Hoy no es un buen día para entablar una conversación con alguien que no sea mi abuela y…

—¡Nasha!

Esa voz.

El corazón me da un vuelco y me giro para encarar a la persona que me ha llamado. Me obligo a mí misma a colocarme una sonrisa en el rostro mientras Sarah corre hasta mí. Tras ella localizo a su madre, que está demasiado entretenida con una vecina como para darse

cuenta de que su hija ha escapado de su vigilancia. Tampoco es que tengamos quince años, pero si hay algo que se ha grabado a fuego en mi mente es que no debo hablar con mi amiga si sus padres están presentes. De esa manera, me ahorraré miradas humillantes, comentarios bochornosos, desprecios e insultos.

Y no solo por mi raza, sino también por un secreto que guardo bajo llave en un rincón de mi alma.

—¿Ya vuelves a casa? —pregunta en cuanto se ha acercado lo suficiente a mí.

—Sí. —Le muestro la selección de telas y la bolsa con carne.

—Hoy tenías el día libre, ¿no? ¿Y si salimos después?

Hago una mueca, indecisa.

Para salir con Sarah, necesito realizar una especie de ejercicio mental antes. En medio de nuestros chistes y charlas particulares, debo recordarme que solo es mi amiga y no aquello que desearía que fuera. Es como tener frente a mí un fruto prohibido. No puedo tocarlo, olerlo o saborearlo. Solo se me permite admirarlo desde cierta distancia y llorar porque nunca será para mí. Además, desde hace un tiempo, Sarah no va sola a ningún sitio. Y no me refiero a sus padres, sino a Hurgin, un chico al que preferiría no dedicarle ni un solo minuto de mi existencia.

Por supuesto, ella no tiene ni idea de todo esto —tanto de mis sentimientos como de lo que pienso sobre su pareja— y no seré yo quien se lo revele.

—No estoy segura, Sarah. Mira. —Le señalo los carteles del rey y a la gente que se reúne en torno a ellos—. Hoy no es el mejor día.

—Vamos, Nasha. Todo el mundo te conoce, sabe que no eres malvada. —No apunto que solo se refiere a mí y no a todo mi pueblo —. Y hace mucho que no sales a divertirte. Por la noche nadie les

prestará mayor atención a tus orejas puntiagudas.

»Te prometo que no me separaré de ti.

Ese es el problema: sí lo hará y, aunque se mantuviera toda la noche pegada a mí, eso podría resultar igual de contraproducente.

—Sarah…

—Por favor: solo una cena y ya está. Lo pasaremos bien —me suplica con esa voz tan dulce y esos ojos azules que me roban el aliento.

Me muerdo el labio inferior. Nunca sé decirle que no, se me da fatal, a pesar de que meterme en ese berenjenal es tan mala idea como ir a Rarshia, la capital de Carshia, y exigirle al rey que le devuelva lo expropiado a mi pueblo. En los únicos momentos en los que puedo darle lo que quiera sin arrepentirme son los viernes por la noche, cuando viene a casa a dormir. O *venía*, mejor dicho. Desde que comencé a trabajar en una de las tabernas de Arsis y ella formalizó su relación con Hurgin, me resulta imposible organizar esas noches de confesiones, ratitos en los que solo existimos Sarah y yo y nada más importa.

Me lo pienso, le doy mil vueltas y, finalmente, lanzo un largo suspiro.

—Está bien —acepto. El rostro de Sarah se ilumina como una antorcha—. Pero solo durante un rato. Después me iré a casa.

—¡Vale! —exclama, entusiasmada.

Su felicidad me llena de energía. No es algo que pueda evitar, llevo sintiendo esto tantos años que me sorprende no haberme acostumbrado a su sonrisa, a la luz de sus ojos, a la alegría que desprende. Rezo para que nadie se apropie de ello y lo destruya.

Quedamos en la antigua taberna donde trabajaba antes de que

decidieran prescindir de mí, aunque tuve suerte de encontrar un puesto en otra un poco más lejos unos días después. Me contrataron para soportar a la clientela durante la visita de mercaderes ambulantes, que traen consigo a sus familias. Ello supone muchas bocas que alimentar y un buen puñado de monedas de oro y plata en el bolsillo de los taberneros. En cuanto los últimos carros se marcharon de Arsis, me despidieron, aunque acabamos en buenos términos.

De regreso a casa, no dejo de darle vueltas al plan de esta noche. No me apetece, Sarah lo sabe, y también que he aceptado solo por ella. O quizás no tiene ni idea de esto último, es lo más probable y casi prefiero que continúe siendo así. Por otra parte, me parece de lo más extraño que una elfa oscura participe en este tipo de festejos.

Me siento mal conmigo misma, una hipócrita con mi pueblo, como si les traicionara de alguna manera. Los habitantes de Shegnia llevan soportando la escasez de recursos y alimentos desde que la guerra acabó. Durante generaciones, hemos luchado por sobrevivir y por mostrar la verdadera imagen de los elfos. Sin embargo, no es más ciego el que no ve sino el que no quiere ver, y eso a los humanos se les da de maravilla. Prefieren hacer oídos sordos a las necesidades de una raza que habita al otro lado del Mar Negro y cuyo territorio se puede adivinar desde la costa. Solo una franja de agua nos separa los unos de los otros. En algún momento, nuestras tierras debieron de estar unidas, al igual que nuestros pueblos.

¿Por qué no podemos volver a esos tiempos? Todo sería mucho más sencillo. Mi raza no viviría con miedo a una nueva guerra contra los humanos y sería libre de viajar por el mundo en busca de riqueza y nuevas alianzas comerciales. No estaríamos tan aislados y habría algo por lo que quedarse en Shegnia. Nada de pactos falsos ni de promesas vacías. Llevo más de media vida entre los humanos y puedo decir sin miedo que no somos tan diferentes. Son las palabras de quienes rigen nuestras vidas las que nos convierte en enemigos.

Reprimo un suspiro y entro en casa arrastrando los pies. El calor del hogar que arde en medio del salón principal y el olor a caldo arrasan con los malos pensamientos y los entierra fuera de la casa. Dejo las compras en la mesa de madera de la cocina, donde se ven los restos de los ingredientes de la comida, y saludo a mi abuela, que no deja de remover la olla frente al fuego.

—Ya vienes con cara de haber enterrado a alguien —comenta, haciéndome sonreír—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —miento, y me dejo caer sobre una silla que cruje bajo mi peso.

Ese sonido tan familiar me tranquiliza. Tanto la mesa como las sillas fueron los últimos muebles que fabricó mi abuelo antes de morir. Yo no le conocí, por supuesto, pero me siento muy unida a él gracias a los recuerdos que dejó en este sitio y a las historias de mi abuela.

Ella gira sobre sí misma, con el mandil lleno de ceniza y una cuchara de madera en la mano. Su piel, tan clara como la del resto de los humanos, reluce gracias al hogar.

—A mí no me engañas, Nasha. —Sin acercarse, ladea la cabeza y frunce el ceño—. Has visto a Sarah, ¿no es así?

Respiro hondo.

—Sí.

—¿Su padre y su novio siguen vigilando sus pasos ?

Hago una mueca de desagrado a modo de respuesta. Mi abuela niega con la cabeza.

—Acostúmbrate a que las cosas ya no son como antes, Nasha. Crecéis. Cuanto antes lo hagas, menos sufrirás.

—Nos veremos esta noche para ir a cenar —le informo, fingiendo que me quito un hilo suelto de la blusa—. Yo no quería, pero ha

insistido.

—Hm. —No añade nada más.

Me siento tentada a preguntar qué estará pensando pero, cuando reflexiono sobre ello, llego a la conclusión de que no creo que sus palabras me agraden. Bastantes disgustos he tenido por hoy, así que me levanto de la silla, me aproximo a ella y le doy un beso en la cabeza antes de desaparecer por el pasillo.

—Voy a darme un baño.

—¡No te entretengas, la comida ya casi está!

Asiento, aunque ya no puede verme ni leer el conflicto que se ha vuelto a desatar en mi interior.

CAPÍTULO DOS

El día que conocí a Sarah, llovía. Estábamos en pleno invierno y el cielo se había cubierto de nubes grises. Los relámpagos hendían el cielo y aquella niña de pelo oscuro y ojos azules temblaba como una hoja en el porche de su casa.

La había visto llegar días antes junto a sus padres, cargados con bolsas y pesadas cajas. Varios carros tirados por caballos llevaban el resto de sus pertenencias: muebles que parecían sacados de una mansión, una cama enorme, otra más pequeña, varios sofás y algunas mesas. Desde la ventana de mi habitación, observé a la niña agarrar con fuerza un osito de felpa y caminar varios pasos por detrás de sus padres. Lo estudiaba todo con el miedo pintado en su mirada azul, que pareció atravesarme cuando se encontró con la mía a lo lejos.

En cuanto me vio, corrió junto a su madre y no volvió a separarse de ella. Mientras, yo me quedé mirándola hasta que entró en su nueva casa y ya no pude olvidarme de ella.

Al día siguiente, fui con Kharia, mi abuela, a darles la bienvenida al pueblo. Su padre puso mala cara cuando ella le entregó uno de sus famosos pasteles de manzana, pero la madre lo cogió con una sonrisa y prometió que no quedaría ni un trocito. Solo un rato después, vi al hombre tirar a la basura las horas de trabajo de mi abuela. En ese momento, no comprendí por qué lo hacía; más adelante, comprobé que me miraba con asco. Mi abuela me recordó que las personas como él no soportan que exista gente diferente, como yo, con mi piel oscura y mis orejas puntiagudas, y que sería peligroso cruzarme con él.

Desde ese instante, me dije a mí misma que no volvería a acercarme a esa casa.

Pero el lunes siguiente Sarah entró en mi clase, en un aula ya de por sí atestada. La profesora la acogió y mis compañeros y compañeras pronto le hicieron un hueco entre ellos. Sarah se ganó el cariño de todos con una sola de sus sonrisas, incluido el mío. Aunque lo que más sorprendió a todo el mundo fue que decidiera sentarse junto a mí, una niña solitaria de una raza en extinción que prefería leer a jugar con los demás.

—Hola, me llamo Sarah —se presentó con timidez.

—Hola —respondí, y volví a meter la nariz en mi libro.

Cualquier otro se hubiera rendido al ver que yo no estaba dispuesta a empezar una conversación, pero Sarah no era así. Me prestaba su pluma cuando se percataba de que me habían quitado la mía, me dejaba copiar sus deberes al ver que alguien había decidido romperme el cuaderno y me ofrecía parte de su desayuno si se daba cuenta de que no había comido nada en todo el día.

Fue así hasta que cumplí los dieciséis años y tuve edad suficiente para empezar a trabajar. Las escasas ganancias de mi abuela apenas nos daban para comer y yo necesitaba hacer algo por mí misma o me volvería loca.

Durante todos aquellos años, Sarah y yo fuimos inseparables. Se convirtió en mi mayor apoyo en la escuela. No se asustaba por mi color de piel oscuro, ni por mis ojos ámbares sin iris, ni de que mi abuela no fuese realmente mi abuela, sino una mujer que había decidido acogerme tras la muerte de mi madre; incluso intentaba comprender mi situación. Cuando le conté que había viajado en una nave hasta el reino de Carshia, se echó a llorar. Yo me encogí de hombros, apenas recordaba nada de aquello. Ni siquiera me acordaba del rostro de mi madre, que murió durante la travesía, pero sí de su

voz y de las canciones que cantaba para que me durmiera.

Casi no soportó que le dijera que había pasado una temporada en una posada, hacinada con chicos y chicas de todas las edades y razas, pero pareció tranquilizarse un poco cuando llegué a la parte en que mi abuela visitaba el lugar y me conoció.

Aquella mujer con el rostro curtido y yo no hablábamos, solo nos mirábamos a los ojos. No podía comunicarme con ella, así que vino durante unos cuantos días para enseñarme las palabras más básicas en su idioma. Poco después, solicitó mi adopción.

Aquel día, Sarah me abrazó con fuerza y no me soltó durante varios minutos. Teníamos catorce años, y yo ya me había enamorado de ella.

***

Han pasado cinco años desde que le confesé a Sarah que había nacido en las tierras de más allá del mar del oeste y ella me aceptara sin reparos, a pesar de las quejas de sus padres por acercarse a «alguien como yo». Cinco años desde que me di cuenta de que la única persona a la que he querido por encima de todo es Sarah. Habría sido fácil confesarle mis sentimientos de no ser porque a ella no le gustan las chicas, pertenezco a una raza diferente y, desde hace casi un año, sale con un tipo llamado Hurgin, hijo de un rico terrateniente del pueblo. No hay nada en Arsis que no le pertenezca, desde la granja que hay al sur hasta mi casa, apenas una pequeña choza situada en la frontera este.

No hace falta decir que su padre lloró de alegría al saber de su noviazgo mientras yo sentía cómo mi corazón se rompía en mil pedazos. No solo desaparecía la casi inimaginable opción de admitir mi amor por ella, sino que además unía su futuro a alguien que

compartía los ideales de su padre. A pesar de todo, sonreí y aguanté estoicamente los insultos velados de ese hombre.

Justo estoy recordando cómo su padre me tachaba de sucia inmigrante si me veía junto a ella cuando Sarah aparece de la mano de Hurgin. Está radiante, como si su pareja no fuera de lo peor de Carshia, y él la lleva como si fuera un premio. Estúpido niño rico…

—¡Hola, Nasha! —saluda Sarah en cuanto llega a mi altura.

Me envuelve en uno de sus abrazos antes de darme un beso en la mejilla. Le sonrío con el corazón aleteándome en el pecho y me giro hacia Hurgin. Él se acerca para darme dos besos en la cara y yo hago lo posible por no vomitar. Físicamente, es perfecto, pero yo sé que detrás de esa fachada se esconde un donjuán sin escrúpulos. Los rumores vuelan en un pueblo tan pequeño como Arsis, me extraña que Sarah no les dé ningún crédito.

O puede que prefiera no hacerlo.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunta Sarah, devolviéndome a la realidad.

—Solo unos minutos —respondo, ignorando por completo a su novio.

—¿Te parece que cenemos por aquí y luego nos reunamos con los demás en el bosque? Dicen que el hijo del tabernero estará allí.

Me encojo de hombros. Sarah sabe que no me gusta atravesar las fronteras del pueblo, pero por verla feliz hago lo que sea, incluso asistir una fiesta que enaltece el exterminio de otra especie. Además, ya estoy aquí, en una celebración en mi contra. De perdidos al río. Hurgin y ella se dan la mano de nuevo y los tres caminamos un buen trecho hasta dar con el local donde estuve trabajando hace un tiempo. A pesar de haberme despedido —debido a que la carga de trabajó disminuyó de forma significativa tras el final de la época de mercados

ambulantes—, el jefe me aseguró que tendría una cena gratis cuando quisiera, de modo que siempre vamos allí a disfrutar de una buena carne estofada.

Hurgin le retira la silla a Sarah y yo pongo los ojos en blanco cuando no me ven. Me siento frente a mi amiga mientras Hurgin se acerca a la barra para pedir lo de siempre. El dueño ya le conoce y sabe lo que nos gusta. Aprovecho esos momentos a solas con Sarah para mirarla con cariño.

Es verano y lleva un vestido de escote amplio que realza sus curvas naturales. Se ha recogido el pelo en un moño trenzado y sus ojos azules brillan bajo la suave capa de polvos que se ha puesto. Se ha pintado los labios de rojo y se pasa la lengua por ellos al tiempo que mira la exposición de los postres que hay en la barra. Sarah es tan golosa que piensa en comer un trozo de tarta de tres chocolates antes que en la cena.

Cuando aparta los ojos de la exposición, se percata de que la estoy mirando y me sonríe de nuevo. Yo desvío la mirada para evitar sonrojarme.

—¿Cómo te va en tu nuevo trabajo? —pregunta para romper el silencio, mientras se acerca. Lo agradezco, estaba a punto de esconderme debajo de la mesa, muerta de vergüenza por haberme pillado observándola.

En ese momento, Hurgin llega con las bebidas y le da un sonoro beso en la boca antes de regresar a la barra para esperar la comida.

—Bien —respondo, seca, dándole un sorbo a mi vaso de agua.

—¿Solo bien? Vamos, Nasha, cuéntame, ¿cómo es tu jefe? ¿Su hijo trabaja contigo? Dicen que es guapísimo —Me guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco y bebo de nuevo. Nunca he salido con nadie. Es así de simple, no me ha interesado nunca ninguna otra

persona que no sea la chica que tengo delante. Sarah bromeaba al principio sobre mi inexistente deseo por el género opuesto, pero dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de que así no conseguiría que tuviera pareja. Mi excusa era que no había encontrado a la persona adecuada y de momento, le valía.

—Bueno, no te preocupes —añade, interpretando mi silencio como una negativa—. Encontrarás a ese chico que te ponga el mundo patas arriba, ya lo verás.

—¿Como Hurgin?

—No como él —ríe—. Pero sí alguien que te haga sentir como si volaras.

Asiento una sola vez con la cabeza. Si tan solo supiera que es ella la que me hace tocar la luna cada vez que me toca… Se asustaría. Se alejaría de mí. No querría volver a acercárseme. Sería el fin de la única amistad sincera que he conocido en mi vida y me niego a perder eso. Es diferente a mí, pertenece a otra raza y sus gustos son distintos, no tengo nada que hacer. Debería haberme olvidado de ella hace tiempo, pero es imposible cuando vive en la casa de al lado y solía dormir conmigo todos los viernes.

—¿Y tú? —digo entonces, deseando desviar la conversación hacia algo que no me dé ganas de llorar—. ¿Cómo te han ido las pruebas para ser sanadora?

—De maravilla —responde, y yo sonrío. Sarah es tan inteligente que me hace sentir estúpida. Consiguió que la sanadora jefa del pueblo la admitiera como su pupila y el padre de Hurgin, al saberlo, le pagó los materiales necesarios para poder formarse—. Aún no puedo creer que me haya aceptado.

—Pues ya va siendo hora, este será tu segundo año como aprendiz de sanadora —comenta Hurgin, apareciendo con los platos de los tres.

La boca se me hace agua al oler mi estofado de buey y me concentro en él para que Sarah pueda hacerle ojitos a su novio.

—Tú también podrías serlo, Nasha —añade mi amiga—. Asarhia estaría encantada de conocerte y ponerte a prueba. Le encantarías, incluso podríamos aprender juntas otra vez.

—No tengo tiempo para estudiar —replico antes de darle un bocado a mi comida—. Trabajo a jornada completa y a veces doblo turno. Si empezara a estudiar con Asarhia perdería tiempo y dinero. Además, estudiar se te da mejor a ti que a mí, ¿recuerdas?

Sarah insiste un poco más, pero en cuanto ve que no voy a dar mi brazo a torcer, cambia de tema y me cuenta que su novio comenzará a dirigir el negocio junto a su padre, al cual le gusta que todo quede en familia. Por mucho que me fastidie, debo admitir que Hurgin es un cerebrito, aunque algo me dice que la influencia de su padre tiene mucho que ver en la elección. Ese hombre no le cederá su riqueza a nadie que no pertenezca a su sangre. Por lo que sé de esa familia, no sienten ningún aprecio por mi raza y, por supuesto, Hurgin no podía ser la excepción a esa regla. Creo que ese es otro de los motivos por los que el padre de Sarah no le pone pegas al noviazgo.

Terminamos de comer y nos marchamos dándole una propina al tabernero. Salimos del local y enfilamos la primera calle a la izquierda para buscar el bosque. Mi amiga no para de parlotear sobre sus últimos avances con Asarhia. Yo me dedico a escucharla y sonreír, y Hurgin entra de lleno en su largo monólogo para dar su opinión sobre la importancia, en términos económicos, de mantener una sanadora en el pueblo. Yo ni siquiera sé de qué están hablando. Nunca se me ha dado bien formar parte de una conversación que implique a más personas que… Sarah. En esas ocasiones, prefiero dejar la mente en blanco e imaginar que leo alguna de esas novelas de mi abuela, donde puedo imaginar que soy otra persona. Puedo imaginar que soy Hurgin, que le da todo lo que necesita a su amada Sarah, y que a pesar de los

obstáculos, viven felices para siempre.

Tras varios minutos caminando, llegamos a la linde del bosque. Desde allí se adivina el claro donde se ha organizado la fiesta. Muy a mi pesar, me interno entre los árboles detrás de Hurgin y Sarah y contengo las ganas de salir corriendo de allí. La música que resuena en la oscuridad, el ruido de quienes se han congregado allí, los olores del alcohol mezclado con el de la carne a la brasa, el calor procedente de la hoguera… Este lugar no tiene nada que ver con la calidez acogedora de la taberna, con sus mesas de madera y sus cuencos de barro. Aunque estemos al aire libre, siento el sudor pegajoso de todas las personas que están allí. Bailan al son de los tambores y las gaitas, beben cerveza, ron o hidromiel, ríen a carcajada limpia y hasta se besan unos con otros. La variedad de parejas es tal que una parte de mí se siente incluso cómoda.

Al menos hasta que recuerdo el motivo de la fiesta.

Echamos un vistazo a nuestro alrededor y conseguimos sentarnos en un tronco ancho y largo que acaba de quedarse libre. Yo me quedo con Sarah mientras Hurgin se aleja de nosotras para servirnos nuevas bebidas. Ella le sigue con la mirada y yo me miro las uñas en silencio.

—¿Por qué no te cae bien Hurgin? —pregunta a bocajarro entonces, justo cuando encuentro una mota en mis uñas que no se quita.

—No es que no me caiga bien, es que… —respondo, tratando de salirme por la tangente.

No funciona.

—Venga, Nasha. —Su tono suplicante me hace levantar los ojos de mis dedos—. ¿Por qué no le das una oportunidad?

Alzo una ceja. «Porque es un narcisista. Porque me mataría si pudiera. Porque estoy loca por ti y tú ni siquiera te das cuenta». Eso es lo que quiero decirle. Quiero que todo el mundo sepa lo que siento,

pero me contengo. No quiero perderla. Si solo puedo ser su amiga, lo prefiero antes que nada.

—Sabes que no se me da bien hacer amigos. —Tampoco es que nadie me dé la oportunidad de hablar con franqueza, excepto mi abuela y ella.

Sarah ladea la cabeza y veo en sus ojos un brillo de compasión. Eso me fastidia. No quiero que se apene por mí. Yo he elegido alejarme del resto de seres humanos porque cuando me miran, ven en mí a alguien que no pertenece a su raza, un ser extraño que debería continuar viviendo al otro lado del mar; alguien que ha cruzado las aguas para quitarle su trabajo y sus tierras. Piensan que he llegado hace poco a Carshia, o incluso que no soporto estar aquí, pero se equivocan. La mitad de mi ser es de Shegnia, pero la otra mitad vive enamorada de este reino, con sus casas de piedra, el ritmo frenético de ir de un lado a otro durante todo el día, la gran cantidad de especias y artesanía que solo se puede encontrar aquí. Puede que la mayoría de los habitantes del pueblo se haya habituado a mi presencia, aunque eso no significa que la acepten por completo.

¿Acaso es tan difícil de entender?

Sarah es una de las pocas personas que no me analiza como si fuera un bicho raro. Me ha defendido incontables veces ante su padre y aunque sé que nunca lo admitirá, también ante Hurgin. ¿Qué diría si le contara lo que escuché que decía cuando me conoció? ¿Cómo reaccionaría si le dijera que era a mí a quien quería llevarse a la cama «por curiosidad», porque era su fantasía sentir a una chica que no fuera humana?

Podría hacerlo, podría revelarle todo lo que su querido Hurgin le esconde, e incluso contarle mis sospechas sobre los posibles intereses de su padre por su noviazgo, pero eso solo le haría daño y yo jamás la heriría a propósito. Es mejor que siga en la ignorancia y piense que a su novio no le importa que tenga una amiga shegniana.

Hurgin llega en ese momento con nuestras bebidas. Yo tomo un sorbo de mi vaso y veo cómo él saca a Sarah a bailar. Me quedo sola en el tronco, rumiando mi desgracia, hasta que mi amiga vuelve y tira de mí. Está sudando y brilla bajo la luz de la hoguera.

—¡Vamos, Nasha! ¡Demuéstrale a esta gente cómo se baila!

Maldigo para mis adentros. No quiero bailar. No quiero, no quiero, no quiero. ¿En qué momento se me ocurrió regalarle por su cumpleaños una clase de baile con el maestro de danza del pueblo? Fui con ella y el profesor acabó pidiéndome de rodillas que me apuntara.

—No —niego, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Venga ya —protesta, y aprovecha cuando dejo mi vaso en el suelo para tirar aún más fuerte.

Salgo disparada en su dirección y choco contra su pecho. Sarah se echa a reír y me arrastra hasta el mismo centro del claro. Los chicos nos miran de arriba abajo y nos hacen sitio. Como si el coro que canta se hubiera dado cuenta, cambia el ritmo de la música y la convierte en un baile más propio de una pareja que de dos amigas.

Dioses, ¿por qué tiene que pasarme esto a mí?

Sarah se contonea sin soltarme la mano y mis pies la siguen. Mi corazón aletea mientras bailo con ella y la hago girar una y otra vez. Siempre es así: ella deslumbra y yo la acompaño. Nos pegamos y huelo su perfume, mezclado con su aroma natural. El moño se le deshace poco a poco y los mechones sueltos de su cabello le enmarcan el rostro. Jadeo. Ella echa la cabeza hacia atrás mientras giramos juntas, y todo el mundo la vitorea. Soy consciente de las miradas de los solteros sobre nosotras, pero las ignoro y me permito imaginar, solo por un momento, que Sarah me quiere y no le interesa nadie más. Ni Hurgin, ni el tipo que tengo a mi derecha, ni el que se la está comiendo con los ojos. Durante el baile, me siento unida a ella. Sonrío

y me dejo llevar. Sara me devuelve la sonrisa y, entonces, disfruto de verdad. Reímos y giramos durante unos minutos que desearía que no terminasen.

Finalmente, la canción acaba y todos los asistentes nos aplauden. Me cuesta respirar cuando Sarah me abraza y me da las gracias. Me alejo con ella de la hoguera, aún envuelta en la bruma de felicidad por haber bailado. Esta se disipa poco a poco conforme nos acercamos al tronco de la mano y vemos al novio de mi amiga. Me agacho para coger mi bebida, sin embargo, Hurgin ya la ha cogido y me la tiende, aunque no suelta el vaso hasta que le miro directamente.

—Has disfrutado, ¿verdad? —me susurra con una cruel sonrisa que me hiela la sangre cuando me acerco para coger mi vaso—. Espero que mantengas vivo ese recuerdo, porque será lo más cerca que estés nunca de ella.

Me devuelve el vaso y se aleja de mí para pasarle un brazo por los hombros a Sarah, sin dejar de mirarme. Es su forma de marcar territorio. Mi amiga, ajena a las palabras de su novio, se deja mimar, se acurruca en sus brazos y le da un profundo beso.

Se acabó, no puedo más. He llegado a mi límite. Las mentiras y los secretos me consumen, y no es justo ni para Sarah ni para mí.

Dejo la bebida sin acabar en el tronco y me dirijo a ellos. La expresión de Sarah cambia en cuanto me ve.

—Me voy —anuncio—. Ya hablaremos.

—¿Qué? Pero ¿por qué? Pensaba que nos lo estábamos pasando bien todos —duda Sarah.

—Estoy cansada y mañana tengo que trabajar —la interrumpo. Si sigue presionándome, estallaré—. Que disfrutéis.

Sarah me roza el brazo con la mano, pero yo me zafo como si me quemara. Le duele mi gesto, pero más me duele a mí vivir así. Ella no

lo sabe, claro, y nunca lo sabrá. Hago oídos sordos a su voz llamándome mientras me alejo. No importa cuánto lo intente, Hurgin jamás la dejará venir tras de mí y ya es hora de que yo también lo asimile.

Salgo del bosque y enfilo el sendero que conecta los árboles con el pueblo. La caminata me servirá para despejar la mente y olvidar por un momento lo feliz que he sido junto a Sarah.

Llego a casa media hora después. En cuanto estoy dentro del porche, corro hacia la puerta principal y entro. Giro la doble llave como me pide siempre la abuela y me dejo caer contra la puerta, agotada.

Las lágrimas no tardan en llegar.

CAPÍTULO TRES

—¡Nasha, dos pintas y un vaso de ron!

—¡Marchando! —respondo.

Hay bullicio en la taberna donde trabajo ahora. Es lógico: estamos en pleno verano y el sol aprieta. Los parroquianos salen a tomar algo fresco el domingo, antes de meterse de nuevo en sus casas y refugiarse del calor abrasador. Sudo como un pollo asado mientras corro de un lado a otro para servir las bebidas y recoger las comandas que acaban de salir de la cocina. En cuanto acabo con cuatro mesas, me permito beber un vaso de agua helada antes de continuar.

A mi lado, Eshir se ríe cuando me escucha farfullar que por las ventanas de la taberna apenas entra una brisa de aire caliente.

—Tranquila, Nasha, esto solo durará unos meses más. Seguro que en Shegnia hace más calor.

Le lanzo una mirada furibunda y él me guiña un ojo verde antes de darme la espalda y salir a tomar nota de nuevos pedidos. Estoy tentada a lanzarle un cuchillo de untar mantequilla a la cabeza, pero me detengo cuando veo entrar a una nueva clienta. En un primer momento no la reconozco pero, al darme cuenta de quién es, se me cae el alma a los pies.

Sarah se acerca con paso decidido hasta donde me encuentro y apoya los codos en la barra. Parece enfadada, a juzgar por cómo me mira y frunce los labios. A pesar de su gesto hosco, me sigue

pareciendo la persona más hermosa de Arsis.

—Hola —la saludo, y me pongo a sacarle brillo a un vaso ya limpio —. ¿Qué quieres tomar?

—No quiero tomar nada, Nasha —replica. Sí, está enfadada—. ¿Por qué te fuiste así anoche? Ni siquiera te despediste.

«Maldita sea». Respiro hondo. Por lo general, Sarah no se enfurece fácilmente, y menos conmigo, de modo que no entiendo por qué le molesta tanto que decidiera marcharme de una fiesta en la que molestaba más que otra cosa. Además, mi presencia en la Fiesta de la Victoria era un insulto a mi raza.

—Dije que me iba —le recuerdo, aunque técnicamente eso no podría considerarse una despedida. Tiene razón, fui una maleducada, pero Hurgin me sacó de mis casillas y ya no pude seguir pensando con claridad—. Lo siento, ¿vale? No me encontraba bien.

—Mientes. —La palabra me traspasa. Dejo de limpiar el vaso y fijo los ojos en ella—. ¿Por qué no me cuentas lo que pasa?

—No me ocurre nada, Sarah —vuelvo a mentir—. Además, ya sabes que las fiestas no son lo mío.

—Cierto. Solo los libros lo son.

Parpadeo. Lo que ha dicho me duele y se da cuenta, porque suspira y deja de parecer una hidra —de las que pueblan las montañas de mi tierra natal— a punto de arrancarme la cabeza. Se inclina por encima de la barra y me agarra la mano. Su contacto me produce un escalofrío, pero lo disimulo; me he vuelto experta en ocultar lo que siento. Supongo que se debe a mi sangre de elfa oscura.

—Perdona, no quería decir eso —murmura, poniendo ojos de cachorrito—. Me quedé bastante preocupada, ¿sabes? Nos fuimos de allí en cuanto Hurgin se terminó la bebida, no podía parar de darle vueltas a cómo te habías ido.

No debería alegrarme. Tengo que reprimir ese sentimiento de victoria que me inunda por momentos. Sarah se fue de allí por mí, porque yo no estaba cómoda. Y su novio tuvo que soportar que ella no quisiera seguir de fiesta con él. ¿Está mal que quiera ponerme a saltar?

—No deberías haber hecho eso —digo en lugar de sonreír como una tonta—. Tendrías que haberte quedado un rato más, era un momento de celebración.

Una celebración para los humanos, claro.

—Prefiero que tú también estés, fuiste la mejor bailarina de toda la fiesta. Y eres mi amiga, siempre quiero pasar tiempo contigo.

Ladeo la cabeza.

—¿Por qué? Hurgin es tu novio.

—Exacto, y me preocupa que no te lleves bien con él. —Me suelta la mano y se muerde el labio inferior—. ¿Por qué, Nasha? ¿Por qué no te gusta?

—No es a mí a quien debe gustarle —le recuerdo, evitando responder—. Si tú eres feliz, por mí bien.

«Aunque ojalá lo fueras conmigo y no con otra persona».

Sarah hace una mueca. No le convence lo que le digo. Está claro que no va a parar hasta que le diga la verdad, aunque solo sea una parte de ella.

Dejo el vaso en su sitio y estrujo el paño con ambas manos.

—Sabes que no se me da bien hacer amigos y si además Hurgin no me da buenas sensaciones, no puedo comportarme con él como lo hago contigo.

Sarah me mira, sorprendida. No esperaba que le dijera que Hurgin

no me cae bien por algo que no le puedo explicar.

—¿Ha hecho algo? ¿Te dijo algo anoche?

Mira que es lista…

—No, no —Otra mentira. Mi abuela solía contarme de niña una historia sobre un chico que se hacía pequeño cada vez que no decía la verdad, hasta que llegó un momento en que su estatura era tan baja que lo enviaron con los enanos Si yo fuera ese muchacho, a estas alturas me habría transformado en una figurita de decoración—. Escucha, lo mejor es que salgamos por separado. Cuando estés con él, yo no apareceré, y así evitaremos discusiones o malos momentos.

Sarah traga saliva con esfuerzo, se lo veo en la cara. Se aleja un paso de la barra. A mí se me rompe el corazón por enésima vez, pero sé que es lo mejor. Tengo que empezar a asumir que Sarah nunca será nada más que una buena amiga, la única que tengo en el mundo. Ella no siente lo mismo por mí y es feliz con Hurgin, está claro. No pienso interponerme en su camino hacia ese tipo de felicidad, aunque creo que va siendo hora de que piense un poco en mí misma, y me evite situaciones que me hacen pasarlo peor.

Me obligo a sonreír y a encogerme de hombros para calmarla.

—Saldremos juntas cuando tengas un hueco o te apetezca, ¿te parece? —propongo.

Tras unos segundos de vacilación, Sarah asiente y también sonríe. Es un reflejo de mí misma, ninguna de las dos queremos sonreír.

—Vale, pues… Nos veremos pronto, ¿de acuerdo?

—Claro. —Me palpo el bolsillo donde descansa la última nota que me escribió—. Cuando quieras.

Ella asiente con la cabeza y levanta una mano para decirme adiós. Yo la imitó y me quedo quieta en mi sitio hasta que la veo salir por la

puerta y alejarse de la taberna. En cuanto desaparece, me pongo en cuclillas. La cabeza me da vueltas y siento el estómago a punto de explotar. Acabo de… Nosotras, ella… No puedo siquiera pensarlo. Las náuseas se apoderan de mí.

—¿Nasha? —Escucho que alguien me llama.

A los pocos segundos, veo que Eshir se agacha junto a mí y me pone una mano en la espalda.

—¿Estás bien?

Niego, aferrándome con fuerza a la barra.

—Voy a vomitar.

En cuanto lo digo, me levanto de un salto y apenas me da tiempo a llegar al baño privado de los dueños de la taberna. Devuelvo el desayuno y lo poco que he comido mientras trabajaba. Tardo unos minutos en recomponerme, lavarme la boca y las manos, y salir de allí.

Eshir está frente a la puerta, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. El pelo rubio se le revuelve por el aire cálido que entra por la ventana, situada a escasos metros de su cara. En cuanto me ve aparecer, me pone las manos en los hombros y me obliga a mirarle.

—Tienes mala cara. —«Dime algo que no sepa», quiero responder—. Vamos, quítate el delantal. Te acompaño a casa.

—¿Qué? —Sus palabras resuenan como un golpe en la cabeza—. Ni hablar. No puedo…

—Sí puedes —replica él, haciéndome girar para regresar a la barra. En un abrir y cerrar de ojos, ha deshecho el nudo de mi delantal y lo ha tirado de cualquiera manera sobre una esquina de la barra—. Ya he hablado con mi padre, no hay ningún problema.

Cierto, el padre de Eshir es el dueño del local. Aun así, intento

revolverme, pero no sirve de nada. Eshir es una cabeza y media más alto que yo, y el doble de corpulento. Es uno de esos tipos que dedican parte de su tiempo a cortar leña y cargar con mercancía pesada hasta parecer el armario de mi abuela, aunque por suerte él aún no ha llegado a este extremo.

Coge mis cosas y me lleva hacia la puerta trasera. El sol de verano me da de lleno y vuelvo a tener náuseas, pero trago con fuerza y no vomito de nuevo. Eshir pone una mano a mitad de mi espalda y me lleva sin esfuerzo hacia la sombra. Al cabo de un rato caminando, me siento un poco mejor. Mis piernas ya no parecen de gelatina y noto la mente un poco más despejada.

Eshir me observa de reojo.

—¿Mejor? —pregunta, y yo me limito a mover la cabeza.

Noto la boca pastosa. Me doy asco a mí misma.

—Si te encontrabas mal, ¿por qué no has avisado?

—No me sentía mal hasta hace un momento —admito.

—Hm. ¿Tiene que ver con la preciosidad que ha venido hace un rato a verte?

Me tenso. «Es un compañero de trabajo, es el hijo del jefe», me recuerdo. De hecho, estaba en el bosque anoche, así que espero que no viera nada extraño. Quiero soltar otra de mis mentiras, pero no me siento con fuerzas.

—¿Tanto se ha notado? —confieso finalmente.

Eshir dibuja una media sonrisa.

—No sé de qué habéis hablado, pero ella tampoco parecía muy contenta.

—Seguro que no se ha parado a vomitar en la esquina —mascullo

con acidez.

—Seguro —ríe Eshir—. Aunque no entiendo por qué no le dices lo que sientes. —Agacho la cabeza. He vuelto a equivocarme: sí que se ha dado cuenta de lo que ocurrió anoche; incluso más me ha leído como un libro abierto—. ¿Tan malo sería?

Suelto una carcajada seca.

—Peor. Tiene pareja y ni siquiera sabe que soy... Bueno, que siento algo por ella. Además, no soy humana y sería imposible que existiera nada entre nosotras.

—Ah.

—Sí, «ah». Es la única amiga que tengo en el mundo, no pienso perderla.

Eshir gira a la izquierda y aparecemos en la explanada que preside mi casa. La construcción no es nada especial, solo unos pocos metros cuadrados de madera y un techo de paja. Tenemos un pequeño gallinero y un par de ovejas en la parte trasera. Gracias a su lana, mi abuela consigue algo de dinero para comida y ropa.

No vivimos lejos de la taberna. En silencio, enfilamos el sendero de tierra que atraviesa el jardín casi inexistente en verano. Al llegar a la puerta, gira torso hacia mí y me estudia, me hace un análisis completo y cuando está satisfecho, me tiende la mano y sonríe. Yo le observo, confusa.

—Dices que no conoces a nadie más, ¿no es así? Yo seré tu nuevo amigo.

Sacudo la cabeza.

—¿Cómo?

—Vamos, dame la mano.

—¿Para qué?

Eshir vuelve a reír.

—Qué desconfiada. Es lo que hacen los amigos: se dan la mano para sellar su amistad.

No estoy muy segura de que eso sea cierto pero, finalmente, se la estrecho. Al notar mi forma de sujetarle, con cautela, alza una ceja.

—Me vas a dejar sin dedos —se burla.

—Lo dudo mucho —replico.

Eshir sonríe y me suelta, aunque mete los dedos en un bolsillo de su camisa manchada de aceite y sudor, y saca un trozo de pergamino y carboncillo. Escribe algo en él y me lo entrega. Es una dirección.

—Ahora ya tienes un nuevo amigo y puedes visitarle o enviarle mensajes cuando quieras —sentencia.

Me quedo mirándole, estupefacta.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¿Qué pasa? No tenías amigos, salvo Sarah, y ya tienes uno más. —Señala la nota con una enorme sonrisa, como si yo ya no supiera dónde vive.

—¿De verdad no entiendes lo raro que es todo esto?

Gesticulo con las manos, pero creo que intenta no reírse en mi cara. Eshir alza una mano y me da un par de golpecitos en la cabeza.

—Lo raro sería que no aceptaras tener otro amigo. Además, ahora ya sé exactamente cuál es tu casa —anuncia con una sonrisa pícara. Da un paso hacia atrás y me da la espalda, dejándome con la boca abierta y la impresión de que nada de esto es verdad. ¿Eshir ofreciéndome su amistad?

Sin embargo, antes de alejarse por el sendero, gira la cabeza y me dedica un guiño.

—Ya nos veremos, amiga.

Y acto seguido, se va.

¡Se va!

¡Y yo parezco un espantapájaros, aquí plantada!

Sacudo la cabeza, confusa. ¿Estas cosas pasan? Tal vez a una humana sí, pero ¿a una elfa oscura? No lo creo. Es una alucinación producto de las emociones y el calor.

Decido que lo mejor es refugiarme en casa antes de que me dé una insolación y me ponga enferma de verdad. Entro en el porche y cierro la puerta con la impresión de haber vivido una escena surrealista.

***

Paso el resto del día tumbada en la cama. Al regresar tan pronto de la taberna, me veo obligada a contarle a mi abuela que he vomitado durante el trabajo, ocultando la verdadera razón por la que he comenzado a encontrarme mal. Así que me obliga a lavarme y a quedarme en mi habitación, refugiada del calor. Al parecer, no confía en que sea capaz de mantener la comida dentro del estómago, de modo que me alimenta a base de sopa y pan tostado hasta que llega la noche y comprueba que mis náuseas no han regresado.

Deja el plato y la cuchara de madera sobre mi pequeña mesita de noche y se acomoda a los pies de mi cama. Su expresión es inescrutable, como esas estatuillas de madera con el rostro del rey que venden en el mercado. Coloca las manos sobre el regazo y respira hondo antes de hablar.

—Nasha, ¿qué ha ocurrido en la taberna en realidad? Porque no estás realmente enferma, eso puedo verlo —añade antes de que pueda recurrir a una excusa.

Mantengo la mirada fija en la suya, rezando para que eso sea suficiente y la convenza de que ha sido una simple indigestión y calor. Mi abuela no necesita más cosas de las que preocuparse. La ayuda económica que procede de las arcas de la capital no es suficiente para mantenernos a las dos, pero con mi sueldo en la taberna y el dinero de la lana conseguimos salir adelante. Al menos, podemos calentarnos en invierno y adquirir alguna que otra pieza de carne o pescado fresco de vez en cuando. No tengo derecho a obligarla a cargar con mi losa particular.

—El desayuno no me ha sentado bien —respondo, fingiendo tranquilidad—. Este calor es bochornoso y es muy duro trabajar sin poder refrescarme cuando quiera.

—Si fuera cosa de la taberna, ya te habrías ido a otro sitio. Estás pálida. Dime la verdad, Nasha.

Su voz suena tajante, pero en su mirada leo la inquietud. Espero que no dude de lo que siento por ella. Quizás, cuando era pequeña, me mostrase un poco más distante, pero las cosas han cambiado. Puedo hablar con ella de las cuestiones más profundas que atraviesan mi mente. Durante un tiempo, incluso solía preguntarle sin pudor acerca de mi madre, de si volvería a verla, a pesar de que en el hospicio ya me habían asegurado que eso no sería posible. Por aquel entonces yo era demasiado pequeña para darme cuenta de lo mucho que debía de dolerle a mi abuela que renegara así de su cariño y protección. Hasta que llegó un día en que dejé de verla como alguien ajeno, como una humana que se había encaprichado de una elfa a la que, quizás, convertiría en su sirvienta una vez hubiese crecido.

Aun así, desde ese momento, ni ella ni yo hemos vuelto a tocar el tema de mi procedencia. Ya no me preocupa no recordar a mi madre.

He asumido que dio su vida por mí y que anclarme en ese pasado, del que apenas recuerdo nada, sería un insulto a su memoria. La vida me ha dado una segunda oportunidad, en territorio humano, sí, pero no pienso desaprovecharla. Además, mi abuela lo es todo para mí. Es la persona más atenta que he conocido jamás y siempre ha cuidado bien de mí. Se ha preocupado por que tuviera un futuro en Carshia, a pesar de pertenecer a una raza distinta.

No, ella debe intuir que ocurre algo más, algo que no le estoy contando. Sin embargo, me niego a darle otro motivo más que le haga desvelarse por mí, por lo que decido recurrir a algo que ya conoce.

—Odio la Fiesta de la Victoria —murmuro.

A pesar de vivir un poco más alejadas del resto de las casas, no me siento segura diciendo esto en voz alta. Si alguien conociera mis pensamientos acerca de todo esto, mancharía la reputación de mi abuela y la perjudicaría. Al fin y al cabo, soy una elfa oscura; solo necesitan un motivo para señalarnos. No importa lo bien que me haya adaptado al ritmo de vida humano, me encarcelarían de por vida y a mi abuela… No quiero ni pensar lo que le harían por adoptarme, por elegirme a mí antes que a un niño humano huérfano. Con el tiempo he aprendido que fue una apuesta demasiado arriesgada por su parte.

—También yo, cielo —suspira mi abuela, inclinándose para acariciarme la mejilla con los dedos—. Me sorprendió que fueras anoche con Sarah a celebrarlo.

—No lo hice por eso. Solo quería pasar un rato con ella.

—¿Y con el niño pijo? —masculla, haciéndome reír.

Me encojo de hombros.

—No tengo otro remedio. Su relación es oficial, todo el mundo la conoce. Y sus padres no podrían estar más satisfechos con la unión.

—Aún no se han casado, Nasha —me recuerda mi abuela—. Ella

todavía puede cambiar de parecer.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo dudo mucho. Aunque da igual, ¿no? Es mi amiga. Solo quiero verla feliz.

La expresión de mi abuela se ensombrece.

—Dudo mucho que esa chiquilla pueda serlo con Hurgin. No me da buena espina, cielo. Su afinidad con el padre de Sarah es preocupante.

Trago saliva. El padre de Sarah está favor de la exterminación de los elfos oscuros, aunque nunca ha hecho nada que justifique su detención. No importa lo repugnante que me parezca su actitud, no puedo hacer nada por cambiarla, por demostrarle que se equivoca. Es un ser peligroso y yo soy una presa para él. Además, aunque me enfrentara a él, ¿acaso cambiaría algo? ¿Se alzarían nuestros vecinos para defenderme? No, por supuesto que no, eso sería tildado de traición. Por otra parte, es libre de opinar lo que quiera respecto a mi raza; yo, en cambio, sigo atada de pies y manos en muchos aspectos.

—No podemos hacer nada al respecto, abuela —le recuerdo, muy a mi pesar—, igual que tampoco está en nuestra mano eliminar la Fiesta de la Victoria.

Ella asiente, de acuerdo conmigo.

—Hace tiempo leí en un libro que la verdad es una joya de múltiples caras. —Se pone en pie y recoge el plato vacío—. Quizás llegue un día en que alguien decida alzar la voz y arreglar las cosas. Y ese día, los humanos descubrirán las mentiras que han tejido en torno a los elfos oscuros. Puede que tu raza haya errado en ocasiones, pero ¿acaso nosotros somos diferentes? Cada cual cuenta la historia desde su punto de vista. El truco está en mostrar qué parte es real y qué parte no. —Me guiña un ojo.

Sonrío.

—Ese alguien no soy yo, abuela.

Pasa por mi lado y me da un toquecito en la nariz.

—No te subestimes, mi querida Nasha. No te subestimes.

Sin decir nada más, se marcha de mi habitación, cerrando la puerta al salir. Me deja con el corazón lleno de angustia. No es su culpa, por supuesto, ya que no tiene el poder de borrar de mi alma lo que siento por Sarah. Tal vez, si no estuviera enamorada de ella, vivir aquí me resultaría mucho más sencillo. Sin embargo, y como ya he comprobado a lo largo de mi existencia, nunca nada será fácil para mí.

CAPÍTULO CUATRO

No regreso a la taberna de forma inmediata. A pesar de encontrarme físicamente bien, mi abuela se toma la licencia de acudir a mi puesto de trabajo y hablar con el padre de Eshir para que me extienda el descanso unos días más. Mi jefe es un buen hombre, comprensivo, y acepta sin pedir explicaciones, lo cual me hace suponer que su hijo no le ha contado nada acerca de la verdadera naturaleza de mi enfermedad.

Por otra parte, Eshir cumple con su palabra y pronto tengo noticias de él. Al día siguiente de mi encuentro con Sarah, recibo una carta que comienza con un «A mi NUEVA querida amiga» y firmada con un garabato que parece un rostro sonriente. En el pedazo de papel solo encuentro eso, un dibujo a medio hacer que me hace reír, muy a mi pesar. Como no tengo ni idea de qué debería responderle, le ignoro. Tal vez así espere a que vuelva al trabajo para hablar conmigo.

Sin embargo, recibo otra nota, esta vez con un chiste absurdo: «¿Qué es un punto verde en una cocina? Un guisante castigado» y continúa así durante dos días más hasta que decido responderle. No pienso dedicarle más que unas pocas palabras, las suficientes para que entienda lo extraño que es esto. Es el hijo de mi jefe, nunca antes había hablado tanto conmigo. ¿Por qué, de repente, se trata de acercarse a mí?

¿Piensas deshacerte de todos los árboles

del bosque para continuar enviándome estas cosas?

N.

Mi abuela no dice nada cuando le pido que le entregue mi mensaje a Eshir, solo me observa con una ceja alzada. Yo me encojo de hombros desde la cama y me dedico a mirar por la ventana mientras la mañana transcurre con el habitual ajetreo de Arsis. Ella vuelve un rato después, llevando consigo la contestación del hijo del tabernero.

Solo hasta que aceptes salir a dar un paseo conmigo.

¿Te apetece ir a recoger unas cuantas moras para el pastel de mi madre?

E.

Pero, ¿qué…?

Parpadeo varias veces, confusa. Nunca he salido con nadie, pero no soy tonta. Sé cómo funciona el mundo y esto, a ojos de cualquiera, es una petición de cita en toda regla. Nerviosa, cojo pergamino y pluma, y redacto con rapidez. Rasgo con tanta fuerza que me da la impresión de que la punta va a atravesar el pergamino y escribir directamente sobre la cara de Eshir.

Necesito asegurarme de todo esto. Eshir me dijo que solo quería ser mi amigo, no intentar nada más. ¿Por qué ahora se comporta de esta manera? No me gusta un pelo. Siento como si estuviera riéndose de mí. ¿Acaso cree que no tengo ni idea de lo que significa la palabra «amistad»? Si es así, está muy equivocado. Aun así, intento sonar tranquila y aparentar calma cuando le doy la respuesta a mi abuela. No obtendré la información que quiero hasta mañana, pero al menos puedo estar segura de que Eshir la leerá.

¿Estás pidiéndome una cita?

N.

Mis palabras resuenan en mi cabeza. Las veo escritas hasta en la mermelada casera de mi abuela al cenar. No me dejan pegar ojo en toda la noche y, cuando la escucho salir de casa por la mañana temprano, me levanto de la cama de un salto y me aseo. Intento quitarme el rastro de inquietud y nerviosismo por ver a Eshir pero las manos me tiemblan. Después del remojón, le doy de comer a las ovejas, recojo los cacharros de la pila y empiezo a cortar las verduras para preparar un guiso.

A media mañana, mi abuela regresa. Mis ojos acuden a ella en cuanto la escucho entrar por la puerta. Resopla, removiendo así los mechones canosos que caen sobre su frente, y extiende ante mí una mano con otro mensaje.

—No pienso volver a llevarle cartitas de amor a tu nuevo chico, Nasha —protesta, dejando la carne junto a mis verduras perfectamente cortadas y troceadas.

Yo enrojezco de inmediato.

—¡No es mi chico, abuela! Es… un amigo.

—Pues si *solo* es un amigo, dile que haga el favor de venir y hablar contigo cara a cara. Yo ya no estoy para estos trotes, muchacha.

Cojo la carta y la escondo en mi mandil.

—Si me hubieras dejado regresar al trabajo, no tendrías que haber entregado nada por mí —le recuerdo, desviando la atención hacia el tema del descanso extra.

Mi abuela deja de ordenar la carne sobre la mesa y me lanza una mirada que podría atravesar a cualquiera.

—No te preocupes, que no pienso volver a interceder por ti, niña.

Me echo a reír por lo bajo en el momento en que agacha la cabeza y vuelve a sus quehaceres. Sé que no habla en serio, así que es divertido verla arrugar la nariz cuando se enfada. Nos mantenemos así, en silencio, trabajando juntas hasta que es la hora del almuerzo. Durante todo el rato, la carta de Eshir me quema a través de la tela, pero no hago ni un solo gesto que indique que me muero por leerla. Ya ha habido suficientes sospechas por parte de mi abuela. Además, solo somos amigos.

Comemos comentando los nuevos planes del rey.

Pese a no haber podido salir de casa en los últimos cuatro días, mi abuela me ha tenido al tanto de las últimas noticias y, según me ha contado, ha escuchado a varias personas hablar mientras hacía algunos recados. Al parecer, está decidido a mantener las «buenas relaciones» con mi raza, por lo que sus consejeros y él dedican gran parte de su tiempo a crear un nuevo acuerdo que beneficie a ambos reinos. Por supuesto, los humanos siempre saldrían ganando, pero hay quien comienza a decir que el rey se está volviendo un blando con eso de dar concesiones a los elfos oscuros.

El estómago se me cierra poco a poco. No entiendo por qué los habitantes de Carshia están empeñados en creer que los elfos atacaremos cuando menos lo esperen, o que estamos imbuidos en una magia tan oscura como el color de nuestra piel. Si mi raza quisiera vengarse por todo el daño que han causado los humanos, si de verdad poseyéramos ese poder del que hablan, las cosas habrían sido muy diferentes durante la guerra y en su desenlace. En primer lugar, Carshia no habría vencido y, en segundo, sería Shegnia la que viviera con holgura.

Por otra parte, está la cuestión de la explotación de nuestras tierras. Algunos humanos piensan que los elfos deberíamos entregarles buena parte de los campos de cultivo en pago por las vidas sesgadas hace doscientos años —a pesar de que fueron los humanos quienes rompieron más familias—, como si estar aislados del resto del mundo civilizado y carecer absolutamente de todo no fuera suficiente castigo.

Respiro hondo, luchando para no dejarme llevar por la rabia. Es muy injusto.

Mi abuela termina de comer, yo no he sido capaz de acabarme mi plato. Ella no comenta nada, sabe lo mucho que me afecta todo este tema, por lo que lo recoge todo y me manda a mi habitación para que descanse. Por una vez en todos estos días, obedezco y cierro la puerta del cuarto. Me quito el mandil y lo dejo sobre mi antigua silla de estudio. Algo cruje en su interior y, entonces, recuerdo la carta de Eshir.

La abro con cuidado y leo.

Somos amigos. Los amigos salen a recoger moras, ¿sabes?

E.

Cretino. No sé ni por qué me molesto en responderle. Decido que prefiero gastar el pergamino en otras cosas más importantes y me niego a aceptar su propuesta. Al menos, por ahora. Antes necesito aclararme las ideas.

***

Durante el día siguiente, sin embargo, al no recibir otro mensaje insistiendo en llevar a cabo su plan, empiezo a preocuparme. ¿Se habrá cansado de esperar algún tipo de acercamiento por mi parte? Es más, ¿por qué lo hace? Me conoce desde hace años. ¿A qué viene tanta amabilidad repentina? Ese es otro detalle que se escapa a mi entendimiento.

Le doy pena, seguro. Pobre elfa oscura, adoptada por una humana, viviendo en un reino extraño y enamorada de alguien que no le presta atención. Sé que no debería pensar así de Sarah, pero ahora mismo me siento tan sola... Se suponía que una amistad debía estar por encima de cualquier relación de pareja. Puedo aceptar que ella no tenga los mismos sentimientos que yo, que ni siquiera me vea como una igual, soy capaz de vivir con eso; pero Hurgin me ha desplazado. De nuevo, soy un cero a la izquierda.

¿Eshir se ha dado cuenta de eso y quiere ayudarme? ¿A cambio de qué?

No estoy segura. ¿Debería preguntarle?

Redacto una nota breve y la envío a través de un conocido de mi abuela. Si vuelvo a pedirle a ella que le entregue algo de mi parte a Eshir, me convertiré en su próximo almuerzo.

No me contestará hasta mañana, al menos. ¿Seré capaz de dormir con la intriga?

Quizás la curiosidad no me quite el sueño, pero sí que puede hacerlo la inesperada visita que recibo a mitad de la tarde. Sus pasos resuenan en el porche y, luego, lo hacen sus nudillos al tocar la puerta. Yo estoy ocupada en el salón remendando mi manta favorita para tenerla lista al llegar el invierno, pero escucho su voz en cuanto mi abuela abre la puerta.

—Buenas tardes, Kharia —saluda con esa voz que me pone la piel de gallina—. ¿Está Nasha aquí? He ido a la taberna, pero no la he

visto.

Me quedo congelada en la silla. Mi abuela no gira el rostro para mirarme, tampoco lo necesita. Por la forma en que tensa los dedos alrededor de la puerta, sabe que no debe dejarla pasar. Si yo quisiera verla, o si hubiese quedado con Sarah en que vendría a casa, se lo habría dicho. Esta mujer demuestra de nuevo que sabe más el diablo por viejo que por diablo, y que me conoce muy bien. Está claro que ve a través de mí.

—Está durmiendo, Sarah —responde mi abuela, de manera que es imposible detectar la mentira en su voz.

—Oh. Pues, cuando despierte, ¿le puede decir que he venido? Me gustaría hablar con ella.

—Lo haré, no te preocupes.

—Muchas gracias —No dice nada más.

Mi abuela cierra la puerta instantes después y me mira con esos ojos profundos y sabios.

—¿Hay algo importante que yo deba saber? —pregunta con suavidad. Yo niego en silencio, me he quedado sin palabras—. De acuerdo.

No insiste ni trata de sacarme la verdad. Vuelve a sus quehaceres, dejándome a mí con mis preocupaciones y mis pensamientos.

***

Al día siguiente, en cuanto abro los ojos, lo primero que hago es saltar de la cama y salir para mirar el buzón de madera que mi abuelo instaló unos años antes de que yo llegara a Carshia. Se me encoge el

corazón cuando veo un trozo de papel doblado, tan pequeño que puedo extenderlo con una mano.

No hay ningún motivo en especial

por el que quiera pasar tiempo contigo.

Si no quieres salir, no pasa nada.

E.

Me muerdo el labio inferior. ¿Se habrá enfadado? ¿Me molestaría que se enfadase? Me duele la cabeza y no sé si es por el calor, lo que ha ocurrido con Sarah o que a Eshir, el hijo de mi jefe, le haya dado por ser un alma caritativa.

Sea como fuere, le escribo para aceptar su invitación; es la única manera de descubrir qué se trae entre manos, y él me responde al día siguiente con un dibujo en el pergamino que me dio con su dirección. Está cerca de mi casa, así que siempre podré volver si no estoy cómoda. Por un momento, siento el deseo de contarle a Sarah lo que ha ocurrido. Me gustaría decirle que tengo otro amigo, que hay otra persona que se interesa por mí, aunque yo no sepa por qué. Luego recuerdo la conversación que tuvimos en la taberna y sus consecuencias; prácticamente, le dije que me dejase en paz y que no quería saber nada de Hurgin.

¿Me echará de menos? ¿Vino a verme por eso o por otro asunto?

Me dejo caer en la cama, cierro los ojos, cansada, y antes de que pueda darme cuenta, me he quedado dormida con el recuerdo de Sarah apareciendo de improviso en casa.

***

Necesito utilizar todo mi autocontrol para no pedirle a mi abuela que me ayude a remendar uno de los pocos vestidos decentes que tengo. He quedado con Eshir a las cuatro de la tarde con la intención de ir al bosque a recoger moras; aun así, no estoy segura de que sea eso lo que hagamos finalmente. Además, según lo que veo hacer a otras chicas de Carshia, si voy a salir con un chico que no es mi novio pero que ni siquiera es mi amigo, no tengo que ponerme nada demasiado arreglado, aunque tampoco puedo pasarme de informal.

¿¡Y qué se supone que significa eso!? Soy una novata.

Al final, consigo restaurar el bajo de un vestido color crema, perfecto para una pequeña caminata. Me ato el pelo rizado en un moño y me pellizco las mejillas para darles un poco de color. No pienso arreglarme más.

Esto es absurdo. Me siento absurda.

A las cuatro menos cuarto salgo de casa y voy hasta el lugar que me ha indicado Eshir en su mensaje. Durante el camino, imagino todo tipo de situaciones. ¿Será el hijo del tabernero uno de esos hombres que he visto en alguna ocasión, de madrugada, escabullirse hacia una zona arbolada con todo tipo de compañía? ¿Y si es eso lo que espera de mí?

Me preparo mentalmente para dar patadas y puñetazos si se da el caso.

Al cabo de unos minutos, me detengo ante la casa de Eshir. Está a solo unos metros de la taberna, algo inusual. Por lo general, quienes tienen un negocio lo abren justo en la planta baja de sus casas. Supongo que no debe de ser muy agradable intentar dormir con el ruido de los parroquianos borrachos.

Estoy apreciando la humildad de la construcción cuando noto que alguien me pone una mano en el hombro. Doy un salto y empiezo a soltar sapos y culebras y a hacer aspavientos, hasta que me doy cuenta de que se trata de Eshir. Se está riendo a mandíbula batiente.

Imbécil.

—Recuérdame que nunca luche contra ti. Nadie podría vencerte con esos movimientos —bromea.

Le lanzo una mirada envenenada, mientras él tira de mí para guiarme hasta la parte trasera de la casa, donde nos esperan dos caballos pardos.

Tras varios minutos bregando con él, me monto en uno de ellos a horcajadas, lo que provoca una mirada de curiosidad por parte de Eshir. ¿Es que nunca ha visto a una mujer montar así? ¿O es que no ha visto a una elfa hacerlo? Al menos no comenta nada. Se acomoda en su montura y tararea mientras me lleva por el pueblo hasta el límite del bosque.

Le miro, carcomida por la curiosidad. Esto no está siendo como yo esperaba ni por asomo.

—¿Por qué hemos venido con los caballos?

—¿Ves esa zona de ahí? —Me señala un lugar donde el terreno desciende bruscamente. Asiento—. Es más fácil sortear los matorrales con los caballos que sin ellos.

Parpadeo.

—Pensaba que nos quedaríamos cerca del pueblo.

—¿Por qué?

—Porque, en fin —Hago un gesto con la mano para abarcarle—, no estaría bien visto. Además —Le echo una mirada de arriba abajo—, dudo mucho que necesites ningún animal para manejarte con soltura.

¿Tú te has visto?

Eshir se ríe. Vale, lo admito, está muy guapo cuando lo hace.

Espera, ¿qué?

—No sé de qué me hablas.

—Venga ya —bufo—. Los dos sabemos que tienes a medio pueblo babeando por ti. Me sorprende que tu madre no te haya buscado aún una pareja.

—Y a mí que con diecinueve años no estés comprometida —replica, guiñándome un ojo.

Maldita sea, tiene razón. Aunque explicarle que mi abuela no quiere que me ocurra lo que le pasó a ella sería ir demasiado lejos, por no hablar del hecho de que pertenezco a una raza diferente. No tenemos suficiente confianza para tratar estos temas, de modo que me muerdo la lengua y le sigo hacia el interior del bosque. Los troncos de los árboles son tan gruesos que una persona podría esconderse tras ellos. Resultan inquietantes. Los arbustos son bastante altos, pero hay zonas donde el suelo está tan pisoteado que los caballos no encuentran problemas para avanzar.

Me permito disfrutar del paseo en silencio, admirando la belleza del bosque de Arsis. Solo he entrado unas pocas veces, y nunca para nada parecido. Mi abuela prefiere comprar lo que necesita en el mercado antes que enviarme a mí a buscarlos, no solo por ser una elfa oscura, sino también porque es algo que se considera de lo más indecente. Cuantas menos reglas no escritas no rompa, mejor.

No volvemos a entablar conversación hasta que nos acercamos a la zona que Eshir señaló antes. Efectivamente, está plagada de matorrales con moras, pero la pendiente es demasiado pronunciada y sería fácil despeñarse. Eshir desciende de su caballo y tantea el terreno para asegurarse de que es firme.

—Vamos, por aquí —señala al cabo de un rato, tomando las riendas de su caballo.

Yo le imito y, durante las siguientes dos horas, nos dedicamos a recoger frutos rojos de la temporada y los colocamos en un saquito que Eshir ha tenido la precaución de traer consigo, atado a la cintura. Me veo obligada a ser rápida, pues Eshir parece tener tanta práctica que me los arrebata antes de que pueda acercarme siquiera. Cuando me quejo por su falta de caballerosidad, niega con la cabeza.

—Somos amigos, no pareja. Búscate tus propias moras —Y se aleja riéndose por lo bajo, dejándome pasmada y un tanto confusa.

Debería dejar de hacerme ideas preconcebidas sobre la gente… aunque una parte de mí se siente un tanto decepcionada.

***

Mientras regresamos al pueblo, debo admitir que me he divertido. Nunca había competido contra nadie y, a pesar de haber perdido, he conseguido olvidarme de mis problemas durante un buen rato. Sus chistes malos han ayudado —«¿A dónde vas, Athan? A por estiércol para las fresas. ¿Pero por qué no te las comes con nata, como todo el mundo?»—, aunque nunca lo admitiré en voz alta. No estaba del todo convencida sobre salir con Eshir, sobre todo porque aunque no tenga ni idea de cuáles son los convencionalismos entre amigos, estoy segura de que obligarme a montar a caballo y recorrer el bosque no es uno de ellos. Aun así, no me arrepiento de haber aceptado salir esta tarde. Me lo he pasado realmente bien y me he sentido… normal.

No sé si preocuparme o no por ello, pero de momento me limito a deleitarme con el aire que revuelve los mechones sueltos de mi pelo y el sol que se refleja en el cabello rubio de Eshir. No hablamos, solo

escuchamos el canto de los pájaros y el suave piafar de los caballos.

Tras casi media hora de camino, Eshir y yo llegamos ante el sendero que conecta mi casa con el resto del pueblo. Nos detenemos e, inconscientemente, miro hacia el otro lado de la calle, hacia el hogar de Sarah. Las luces están encendidas y se escuchan voces incluso desde la calle.

Me estremezco al pensar en mi amiga. Sus padres siempre están discutiendo. En más de una ocasión, mi abuela se ha asomado a la ventana para asegurarse de que lo que escuchaba no era el fuego devorando la casa, sino los gruñidos del padre de Sarah. En mi tierra, los elfos oscuros jamás alzan la voz, lo consideran una falta de respeto y algo que solo se debería usar para mantener la paz. En cambio, los humanos gritan por casi todo, como si así demostraran ser merecedores de atención. Lo que esta raza no sabe es que los elfos no necesitamos recurrir a eso para hacernos oír. Tal vez ese sea el motivo por el que no soporto los gritos, o quizás porque me recuerdan esas noches de oscuridad en las que estaba perdida en el mar con decenas de elfos que también buscaban un futuro mejor. En ocasiones, me hacen rememorar las voces de los humanos que aparecían de repente en mi pequeña ciudad natal y arrasaban con todo.

Por eso, una vez que le pregunté a Sarah si su padre le hacía daño a su madre, igual que hacían en mi tierra, pero ella lo negó. «Perro ladrador, poco mordedor», me dijo y empezó a hablar sobre lo poco que le gustaba nuestra profesora.

—¿Ocurre algo? —dice Eshir a mi lado, devolviéndome a la realidad.

—No, nada —miento, y me aúpo sobre el caballo para descender de la montura. Recojo mi bolsa llena de moras y otros frutos, y miro a Eshir a los ojos—. Muchas gracias por todo.

Él se encoge de hombros.

—Eso dilo si algún día te invito a cenar.

Tiene razón. Aun así, me siento en deuda con él. Tal vez los humanos no sean capaces de sentir la energía de la tierra, ni sean tan empáticos como los elfos oscuros, pero hay algunos, como Sarah o Eshir, capaces de ayudar sin pedir nada a cambio.

—Bueno… —balbuceo; ¿cómo se supone que debo despedirme de un amigo?—. ¿Nos vemos en la taberna?

—Sí —asiente, y leo en sus ojos que he acertado—. Nos vemos allí.

Sin añadir nada más, rodeo su caballo y recorro el camino para entrar en el porche. No me vuelvo, aunque soy consciente de que me está mirando. Con sus ojos clavados en mi nuca, abro la puerta y me oculto de su vista. Solo entonces oigo los cascos de los caballos, alejándose de nuestra pequeña finca.

—Abuela, estoy en casa —anuncio, dejando la bolsa con los frutos sobre la mesa de la cocina. Miro a mi alrededor—. ¿Abuela? —Nadie responde. Me encojo de hombros, es probable que haya ido a dar un paseo, como casi todas las tardes.

Voy a mi habitación, me cambio de ropa y trato de adecentarme un poco el pelo tras del paseo. Después, regreso a la cocina, abro la bolsa de moras y me dispongo a darme un pequeño capricho. Estoy a punto de dar el primer bocado cuando escucho unos golpes en la puerta. Confusa, vuelvo a la entrada y abro, aún con la mora en la otra mano. El pulso se me dispara al ver que se trata de Sarah. Ahora no tengo ninguna excusa para evitar hablar con ella.

Y yo con estas pintas de pordiosera.

CAPÍTULO CINCO

El corazón se me detiene un instante, antes de volver a latir a toda prisa, amenazando con salírseme del pecho. Trago con dificultad, pensando algo inteligente que decir. Esta mañana he conseguido darle esquinazo gracias a mi abuela, pero ahora no hay nadie tras quien parapetarme y protegerme del lo que Sarah despierta en mí. Mentiría si dijera que no la he echado de menos, y también si no admitiera que he disfrutado un poco de esta distancia. A pesar de todo, sigue siendo mi amiga, de modo que me aclaro la garganta y me dispongo a enfrentarme a lo que sea que haya venido a decirme.

—Hola —murmuro, dando un paso hacia atrás.

—Hola, Nasha —me saluda con alegría, aunque me da la impresión de que no es oro todo lo que reluce; la conozco demasiado bien. Sus ojos no me miran con la luz a la que estoy acostumbrada y que hace que se me encoja el alma.

—¿Qué pasa? —pregunto, inquieta al escuchar que las voces de sus padres suben de volumen a su espalda, a lo lejos. ¿Y si ha ocurrido algo en su casa y por eso vino a verme esta mañana? He sido una estúpida—. ¿Estás bien?

—Sí —responde—. ¿Y tú? He visto que has salido por ahí.

Cierro los ojos. Maldigo por dentro. Si le ha ocurrido algo malo mientras yo me escondía como una cobarde, no me lo perdonaré jamás.

—Era Eshir, el hijo de mi jefe —explico apresuradamente, nerviosa.

—Tranquila, Nasha. Está bien —ríe—. Me parece genial que tengas más amigos.

Noto que se me forma un nudo en la garganta. ¿De verdad no le preocupa que me aleje de ella? Parece sincera, le alegra que ya no esté a su lado todo el tiempo, aunque eso suponga que no pueda ayudarla cuando lo necesite. Quizás ha llegado la hora de que ambas aprendamos a ser más independientes.

—No sé si se le puede llamar amigo. Es un compañero de trabajo.

—No necesitas darme explicaciones, Nasha.

Suspiro. Sí, tengo que hacerlo, porque aunque necesito mi espacio, no quiero que piense que no la quiero en mi vida. No puedo desprenderme de esa parte de mí, de la misma forma que no puedo amputarme un brazo sin que me duela.

—¿Vas a ir a la feria de este fin de semana? —pregunta, cambiando de tema de repente.

Eso me recuerda algo que hacemos todos los años: comer un trozo de la sabrosa carne de la mujer del herrero, la mejor cocinera del pueblo —más incluso que la madre de Eshir— y pasar la tarde visitando los tenderetes llenos de joyas, ropa y especias. Suele instalar un puesto en la feria de verano y todo el mundo se reúne allí para bailar, comer, beber y cantar. La mayor diferencia entre esa fiesta y la de la Victoria es que en la primera sí soy bienvenida.

—Lo dudo —respondo en voz baja. Lo cierto es que no tengo ánimo de aguantar a Hurgin otra vez. Con solo pensarlo, me pongo enferma y noto cómo los progresos hechos con Eshir estos días, sobre todo el hecho de no pensar en lo triste que es mi situación respecto a Sarah, se van al traste.

—Podríamos ir juntas, como siempre, si te apetece —propone con

timidez.

Un momento. ¿Sarah, tímida? ¿Desde cuándo? Esto sí que es extraño.

—Una noche de chicas —añade.

Abro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás. Evalúo rápidamente las consecuencias de aceptar. Felicidad intensa y pasajera, dolor en el pecho, ansiedad, lamentaciones y vuelta a empezar. Es un círculo que se repite cada vez que salimos… sin ser pareja.

Si estuviéramos juntas, no me lo pensaría. Querría ir de su mano y mostrarle al mundo lo feliz que soy junto a la persona más maravillosa que existe. Querría besarla delante de todos, que tuvieran que apartar la mirada con solo ver cuánto la amo y la deseo. Ella me apartaría con un empujón suave, reiría y se apoyaría en mí. Y yo seguiría buscando la forma de hacer que se sonrojase. Regresaríamos a casa en una nube y yo trataría de pasar la noche con ella. Me despertaría a su lado y haría una raya en la pared para contar los días que durase ese sueño.

Pero estamos en la vida real. Sarah nunca me aceptará, ¿por qué no lo asumo de una vez? Salir con ella este fin de semana significaría dar tres pasos hacia atrás, volver a sentirme como una extraña incapaz de controlar sus sentimientos. Y, además, estoy cansada de ver cómo Sarah sigue adelante y yo me quedo estancada en un imposible.

Se acabó. No puedo continuar con esto. Necesito alejarme.

—Sarah —digo tras varios segundos en silencio, y sé que cada palabra se le clavará en el corazón, igual que se me clavan a mí—, mira, lo mejor es que vayas con Hurgin. Tu prioridad es él, tienes que afianzar la relación para que todo siga bien entre vosotros.

—¿Qué? —Por la expresión de su rostro, no me equivoco al afirmar que no entiende nada—. ¿Qué estás diciendo?

Bien, allá vamos. Lo mejor es arrancar la flecha de un solo tirón y

taponar la herida cuanto antes. Ella es la saeta que me traspasa el pecho y Eshir el único al que veo capaz de taponar el flujo de sangre hasta que este se detenga.

—Lo mejor es que dejemos de vernos durante un tiempo, ¿vale? —digo en voz baja.

—Pero, Nasha, ¿por qué? —pregunta con voz estrangulada. No soporto mirarla a los ojos ni ver su expresión rota. Tengo que acabar con esto ya—. No lo entiendo. Explícamelo.

—No hay ninguna explicación. Es la verdad. Yo soy un obstáculo en tu relación con Hurgin. Ni él me soporta, ni yo le soporto a él. Quedar conmigo solo os lo pondrá más difícil. Además, así le darás una alegría a tu padre…

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto? —inquiere, claramente confusa.

Odio recurrir a esa baza, lo odio con todas mis fuerzas aunque, por otra parte, no es ningún secreto que ese hombre me mataría si luego no le encarcelaran por ello. Es una de las pocas cosas que me gustan del sistema de Carshia: las leyes se cumplen a rajatabla, sin excepciones. Da igual lo importante que seas, la prioridad de los jueces y del rey es mantener la paz y hacer justicia en el reino.

—Tu padre me odia y lo sabes —insisto—. Lo mejor para ti es que te quedes con Hurgin. Dejemos que pase un tiempo, ¿de acuerdo?

—No… —murmura en medio de un sollozo y dando un paso hacia mí, pero yo entorno la puerta para evitar que continúe avanzando—. Nasha, no entiendo nada.

«Lo sé».

—Lo siento —susurro, empujando la puerta con los dedos aferrando con fuerza la madera—. Nos vemos, Sarah.

Cierro antes de que intente convencerme de que esto es una estupidez. Me clavo las uñas en las palmas, destrozando la mora, y no me detengo hasta notar un hilo de sangre. Me muerdo la boca, conteniendo un grito de dolor. Eshir me ha demostrado que pueden existir otras personas que me acepten, no solo esa chica de ojos azules y pelo negro que vive en mis sueños desde hace años. Y necesito hacer esto, quererme un poco más. En el fondo, sé que esto es lo mejor para mí; entonces, ¿por qué siento que mi mundo acaba de explotar?

***

—Nasha. Nasha. Nasha, ¿me estás escuchando?

Pestañeo un par de veces, volviendo al mundo real. Giro la cabeza hacia donde se encuentra Eshir, tallando un pequeño búho en un trozo de madera.

Estamos en el bosque, cerca de los arbustos donde recogimos moras la última vez. Después de lo sucedido con Sarah, mi abuela me permitió un día para desahogarme todo lo que quisiera, pero luego me obligó a salir de paseo con Eshir todos y cada uno de los días. «El verano no durará para siempre, hay que aprovechar el buen tiempo», dijo cuando empecé a protestar. Así que salir con el hijo de mi jefe —y mi nuevo amigo— se ha convertido en algo que hago todos los días, ya sea por la mañana o por la tarde, según los turnos que tengamos.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Eshir, mi mente continúa regresando a esa conversación en la puerta de mi casa, con el sol ya escondido entre los árboles y el rostro lloroso de Sarah ocupando todo mi campo visual.

—Perdona —musito—. ¿Qué decías?

Eshir esboza una sonrisa.

—Que los buitres son rosas y que tienes una araña en el pelo.

Frunzo el ceño.

—Los buitres no son rosas.

—Pero sí que tienes una araña. —Se acomoda a mi espalda antes de que yo pueda hacer nada por quitármela—. Un momento… Ya está —Me muestra al bicho polizón y luego lo deposita sobre la rama de un árbol cercano.

—Gracias.

Eshir me lanza una mirada ilegible. Estos días, durante los escasos ratos en los que no pienso en Sarah, me he dedicado a intentar conocer un poco mejor a este chico. No recuerdo haberle visto en la escuela, pero sí vagueando por el pueblo hasta que fue lo suficientemente mayor para servir mesas y atender a los parroquianos en la taberna de su familia. Todo el mundo pensaba que, o bien se dedicaría al estudio de la alquimia y la contemplación en la capital, o que sus gustos eran diferentes a los del hombre carshiano promedio. Es hijo único, algo inusual en estas tierras, y trae de cabeza a más de una chica en Arsis. Eso no supondría un problema de no ser porque me abordan como si fuera un accidente y se dedican a susurrarme todo tipo de cosas. Ya nos han visto cabalgando hacia el bosque en más de una ocasión y, por lo que mi abuela me ha contado recientemente, nunca se le había visto con ninguna otra muchacha.

Cada vez que se lo he comentado a Eshir, ha soltado una carcajada y me ha dado un apretón en el hombro antes de apostillar:

—Creía que no le dabas credibilidad los rumores.

Así, poco a poco, he aprendido que le encantan los postres de su madre, adora levantarse antes de que salga el sol, odia echar el cierre en la taberna y no les presta la más mínima atención a las chicas del pueblo porque, palabras textuales, «ninguna es lo suficientemente

interesante».

Aunque nadie lo diría con esas sonrisas que dedica y esos ojos verdes que arrancan suspiros por las esquinas.

—¿Qué pasa? —pregunto, algo incómoda por su forma de estudiarme.

—Cualquier otra habría chillado y habría salido corriendo si hubiera sabido que tenía una araña encima, para llamar la atención.

—Yo no soy «cualquier otra». Y no quiero llamar tu atención —replico, desviando la mirada.

Eshir ríe por lo bajo y se sienta frente a mí.

—Lo sé. Y también sé —Me da un golpecito en la frente— que esa cabecita tuya no deja de darle vueltas a lo de Sarah.

Suspiro.

—Para qué te contaré nada… —farfullo, arrancando algunas briznas de hierba del suelo.

—Eh, no la tomes con el bosque. —Dejo de maltratar a las pobres plantas, conteniendo una sonrisa. No es momento para darle esa satisfacción—. ¿No habría sido más sencillo que hablaras de tus sentimientos con ella?

—No. Y déjalo ya, ¿quieres?

—No puedo dejarlo. —Se arrastra hasta mi lado y me pasa un brazo por encima de los hombros—. Mi mejor amiga está triste, así que tengo que hacer algo para remediarlo.

Le miro de reojo, suspicaz. Los planes sorpresa de Eshir suelen consistir en derrapar por el barro hasta acabar convertidos en dos monstruos de lodo gigantes, trepar por los árboles hasta que algún tipo de ave nos ataca por acercarnos demasiado a su nido, echarle

limón al té del señor Hariad por ser demasiado intolerante con los elfos oscuros, o entrar a escondidas en la taberna y probar el último pastel de la madre de Eshir.

Supongo que ya se puede imaginar el resultado de todas esas ideas.

—No pienso hacerlo —le advierto.

—¡Pero si todavía no he dicho nada!

—Ni falta que hace, me niego. —Me quito su brazo de encima y me pongo en pie, sacudiéndome la tierra de la ropa—. Vamos, señor Intrépido, es hora de volver.

Me subo a mi caballo —no es mío, pero como si lo fuera, a estas alturas— y Eshir, quejándose por lo bajo, hace lo propio. Nos encaminamos hacia Arsis en silencio, aprovechando la tranquilidad mañanera que se ha instalado en toda la zona. Mi mente deja de darle vueltas al asunto de Sarah y, pronto, Eshir y yo nos encontramos ante su casa. Dejamos a los caballos en las cuadras y le ayudo a cepillarles el pelo y a darles de comer.

En cuanto terminamos, me lavo las manos en una jofaina con agua limpia y me giro hacia mi amigo, que está a unos centímetros de mi cara. Doy un brinco, no le esperaba tan cerca de mí, y menos con una expresión seria instalada en su rostro.

—Eshir, ¿estás bien? —pregunto, preocupada.

Sacude la cabeza y, de inmediato, una gran sonrisa resplandeciente sustituye su mirada sombría.

—Claro, sí. Solo un poco cansado.

—¿Tú, cansado? No conoces esa palabra.

—Te sorprendería —musita, aunque me da la impresión de que habla más para sí mismo que para los dos—. ¿Te veo luego en la taberna?

—Claro —murmuro, decidiendo no darle mayor importancia al asunto—. Hasta luego.

Eshir se despide de mí con la mano. Me alejo con la mosca detrás de la oreja, por lo que cuando estoy a una distancia prudente, me giro. Mi amigo ha desaparecido de la entrada a las cuadras, pero algo me dice que continúa allí, pensativo, de modo que vuelvo sobre mis pasos sigilosamente, asegurándome de no hacer ruido. Rezo para que a nadie se le ocurra saludarme en el momento en que me escondo tras la portezuela de madera y pego el oído.

No escucho nada, solo el piafar de los caballos. Y, entonces, ahí está su voz.

—¿Tú crees, Tormenta? —Le habla a su yegua—. ¿Aceptaría?

Transcurren unos segundos en silencio.

—No, claro que no, es una estupidez pensar que ella…

«Ella». ¡A Eshir le gusta alguien! Esto es… confuso. Siempre dice que esas cosas no le interesan, pero ahora resulta que sí tiene cierto interés amoroso. ¿Quién será? ¿La conoceré? «¿Y si es Sarah?», dice la vocecita insidiosa de mi cabeza. Sacudo la cabeza para espantarla. Aunque fuera ella, Eshir no tendría nada que hacer. Hurgin es muy buen partido, puede sacarla de la pobreza en la que está inmersa su familia. Además, Eshir no me traicionaría de esa manera.

«¿Verdad?».

Han pasado algunas semanas desde que cortara cualquier comunicación con Sarah, y unos cuantos días tras escuchar furtivamente los pensamientos de Eshir. Mi amiga intentó verme en varias ocasiones, vino al trabajo a hablar conmigo, pero yo me metí en la cocina y no salí hasta que mi jefe la despidió con excusas. Después,

acorraló a mi abuela para obtener respuestas, pero le dijo que era mi decisión y que debía respetarla.

Ella, en cambio, no quiso presionarme cuando la puse al tanto. Creo que sabe que esto no me resulta nada fácil y me deja en paz, confía en mí.

Mientras tanto, salgo con Eshir casi todos los días, fingiendo que no sé que le gusta alguien. Me lleva a varios sitios y consigue hacerme reír, a pesar de mis esfuerzos por no divertirme sin Sarah. Sin embargo, conforme pasa el tiempo, apenas pienso en ella. Los días se suceden uno tras otro y cuando quiero darme cuenta, estamos en septiembre.

Hace dos meses que no veo a Sarah ni sé nada de ella. Eshir no me pregunta al respecto, sabe que es un tema tabú. Al contrario que mi abuela, que me deja sola con mis pensamientos, él no me da ni un minuto de tregua, ni siquiera en la taberna. Yo disfruto de nuestras bromas y me permito ser feliz mientras estamos juntos.

El otoño llega y, con él, las lluvias intermitentes y el cumpleaños de Eshir. Fue gracias a un comentario de su madre que supe del evento. Apenas tengo una semana para buscar algún regalo. ¿Qué se le compra a un chico que no es tu novio? Sigo haciéndome preguntas como esa, porque continúo siendo una chica inexperta en esto de la amistad.

Así que, después de comerme la cabeza durante un buen rato, decido preguntarle directamente en el descanso para comer.

—¿Qué regalo te gustaría por tu cumpleaños? —Me acerco a él mientras toma un trago de su pinta.

Eshir se atraganta. Le doy unos golpecitos en la espalda riéndome hasta que se recupera y me encuentro con sus ojos abiertos como platos.

—¿De qué estás hablando? No quiero nada.

—Oh, venga ya. ¿Quién no quiere abrir una caja el día de su cumpleaños?

Eshir sonríe.

—¿Tú lo celebras?

—No —admito—, pero mi abuela y Sarah… —Me detengo, carraspeo y alzo los ojos al techo—. Yo también recibo algún regalo, ¿sabes? No son muy caros ni muy grandes, por lo general se trata de cosas que necesito. Pero lo que cuenta es la intención, ¿no?

Eshir asiente lentamente y sigue comiendo. No dice nada durante un buen rato y yo me hundo en mi plato de espinacas con garbanzos, aunque ya no tengo apetito. Hacía semanas que no mencionaba a Sarah. ¿Por qué he tenido que hacerlo ahora?

—Mi familia organizará una cena por mi cumpleaños —dice finalmente en voz baja. Giro la cara hacia él.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —Me siento algo dolida. Creía que teníamos cierta confianza. ¿O solo es cosa mía? Me siento confusa.

—No pensaba que quisieras ir —responde, encogiéndose de hombros y sin mirarme a los ojos—. No es una cena muy formal, pero es de noche. Solemos ir a cenar a la ciudad, a una taberna que regenta mi tío. —Veo que traga con dificultad—. ¿Vendrías conmigo?

No sé por qué, pero me ha dejado sin palabras. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Siento cierto alivio cuando me lo pregunta. De algún modo, esperaba poder pasar su cumpleaños con él. Quería agradecerle todo lo que ha hecho por mí, empezando por aguantar mi escaso humor y mi falta de confianza en la humanidad. Eshir me ha demostrado que no todo el mundo es igual de estúpido.

Apenas tengo que pensar mi respuesta.

—Claro, ¡sí! —Y sonrío para reafirmarme.

Eshir se gira aún más hacia mí, claramente sorprendido. Así que era sincero cuando dijo que no creía que yo fuera a ir. Supongo que es culpa mía, no soy una persona demasiado estable emocionalmente, como él ya ha comprobado, y le he cogido pánico a los compromisos.

—¿Qué tengo que ponerme? —pregunto, intentando insuflarle seguridad.

—Lo que quieras —dice, anonadado—. Estarás preciosa de todas formas.

Ahora soy yo la que no sabe qué contestar. Oculto la cara en mis espinacas y me las acabo de un tirón antes de reunir el valor para encararle de nuevo.

—Gracias —musito.

Él se aclara la garganta y se pone en pie.

—Te recogeré a las seis, ¿vale? La ciudad está a unos kilómetros.

—Sí, de acuerdo —acepto en voz baja.

—Bien, pues… —No termina la frase, algo extraño en él.

Se marcha de vuelta a las mesas que empiezan a ocuparse poco a poco, dejándome algo desorientada. ¿Desde cuándo balbucea Eshir? ¿Acaso le pone nervioso esa cena de cumpleaños? Tal vez su familia no sea como él o sus padres, sino que le incomode o le ponga en algún que otro aprieto. Puede que invitarme sea su forma de cubrirse un poco las espaldas, aunque me resultaría triste que así fuera. Quizás no quiere contarme la verdadera razón de su invitación. Además, debo recordar que soy una elfa oscura, probablemente ir no sea la mejor idea. Y, sin embargo, aquí estoy, quebrándome la cabeza en comprender las razones de Eshir y qué puedo ponerme para

impresionar a todo el mundo.

Me quedo mirando mi plato vacío durante unos minutos hasta que consigo reaccionar. Lo enjuago, lo froto y me quedo un rato mirándolo, hasta que me doy cuenta de que sigue igual de sucio. Frunzo el ceño, pero entonces caigo en lo que ocurre.

Se me ha olvidado coger la pastilla de jabón.

CAPÍTULO SEIS

Mi abuela me lleva de compras a Arkhan en el momento en que le digo que Eshir me ha invitado a cenar con su familia por su cumpleaños. Casi salta de su viejo sillón para abrazarme, con los ojos marrones brillantes de emoción. Creo que le alegra que por fin tenga una vida más allá de mi vecina —de quien no he vuelto a saber nada.

Esa misma tarde, le pedimos prestado el carruaje al panadero del pueblo y vamos a la ciudad de Arckhan. Allí, el ambiente es diferente al de Arsis. La gente va de un lado a otro, demasiado ocupada y acelerada para fijarse en los demás, aunque no falta algún humano que me lanza miradas asesinas. Por suerte, nos dirigimos hacia una zona donde hay muchísimas tiendas y costureras, deseosas de conseguir nuevos clientes; son los únicos establecimientos en los que no me hacen ascos. Al principio, mi abuela baraja la idea de coserme algo por sí misma, pero consigo quitarle esa idea de la cabeza recordándole que un montón de tela es más cara que un vestido ya fabricado y que yo misma puedo arreglar. Así, insisto hasta lograr pagar el vestido y mi abuela acepta, a cambio hacerse cargo de los zapatos y los complementos.

Me siento como una princesa elfa en busca del atuendo perfecto para su fiesta de presentación en una sociedad que la lapidaría si pudiera.

Por fin, tras varias horas yendo de un lado a otro, encuentro un vestido precioso en tonos azules y verdes que potencian el color de mi piel, y unos bonitos lazos que realzan el escote. La tela es suave y ligera, algo no muy recomendable para salir a cenar en otoño, aunque

mi abuela me consigue un chal oscuro y calentito que va perfectamente con todo lo demás.

—No querrás pillar un resfriado en tu primera cita de verdad, ¿no? —inquiere, guiñándome un ojo.

Por un momento, siento el deseo de preguntar a qué se refiere con «cita de verdad»; luego decido que prefiero no saberlo.

Durante los días siguientes, noto la impaciencia de Eshir. Le entusiasma la idea de llevarme a cenar con su familia. Si no fuera porque solo somos amigos, diría que esta sería la ocasión perfecta para presentarme como su pareja. Espero que no me vean como una pretendiente, porque no lo soy, ¿verdad? Simplemente le acompaño a modo de agradecimiento. Y, aun así, no puedo evitar sentir un cosquilleo en la boca del estómago. De alguna manera, me preocupa lo que piense de mí cuando me vea con esa ropa tan elegante, pero sobre todo me inquieta que su familia no me acepte en la mesa.

De nuevo, la sombra de la diferencia de razas se cierne sobre mí, empañando mi felicidad.

Aunque esta desaparece cuando me miro en el espejo el día del cumpleaños de Eshir. Su padre ha tenido el detalle de darme el día libre para que pudiera prepararme. No obstante, nadie podría haberme advertido sobre la sensación de estar mirando a otra persona en espejo después de un buen baño y una sesión de lo que mi abuela llama «rejuvenecimiento».

No me reconozco. Gracias a la hija de una amiga de mi abuela, tengo el pelo liso y brillante, recogido parcialmente hacia atrás; parece seda bajo la luz de las velas de mi habitación. El vestido cae suavemente en torno a mí y el corpiño se me ajusta al cuerpo como una segunda piel. Las ojeras han desaparecido debido al masaje que me ha dado mi abuela antes de aplicarme unos suaves polvos del color de mi piel.

Estoy… Estoy…

—¿No voy demasiado formal? —le pregunto a mi abuela en voz baja, como si temiera romper el hechizo de la visión de mí misma.

—No, cariño —responde ella con una dulce sonrisa—. Estás maravillosa. Si Eshir no ha caído rendido ante ti antes, hoy lo hará.

Me giro y le doy un golpe suave en el hombro. La sola posibilidad de que mi amigo sienta algo más por mí me pone nerviosa. Por otra parte, su corazón ya está ocupado, pero prefiero guardarme esa información para mí misma.

—Serás maruja… No quiero enamorarle. Es mi mejor amigo. —Me vuelvo hacia el espejo y me pongo bien un pliegue—. Solo quiero que lo pase bien y que su familia me…

Trago saliva. ¿Y si no le gusto a su familia? ¿Y si se sienten incómodos por mi color de piel? ¿Y si no les caigo bien? ¿Y si ni siquiera quieren acercarse o hablar conmigo? ¿Y si son de esos humanos que preferirían ver muertos a los elfos oscuros?

Ya hay demasiados «y si» en mi vida como para añadirle unos cuantos más.

A mis miedos se les suman los últimos movimientos sociales y políticos que se rumorean en el pueblo, procedentes del resto del reino. Al parecer, existen algunos grupos radicales compuestos por gente de toda clase y condición que arde en deseos de destruir lo que queda de mi raza. Desean expulsarnos de Carshia, según se comenta. ¿Quién puede asegurarme que algún familiar de Eshir no pertenece a una de esas bandas? ¿Que no tratará de asesinarme en medio de la cena, o al salir de ella?

—Todo irá bien. —Me asegura mi abuela sin un ápice de duda. Su voz me hace regresar a la realidad. Es el cumpleaños de Eshir, debo hacer un esfuerzo por relacionarme y pasármelo bien.

Aprieto los labios y asiento, nerviosa.

En ese momento, alguien llama a la puerta, aunque sé de quién se trata sin responder. Miro por la ventana: son las seis en punto, justo cuando me dijo que llegaría. Creo que no he conocido a nadie más puntual que Eshir, excepto…

Sacudo la cabeza, mi pelo se balancea en torno a mi cara. No es el momento para pensar en ella. Hoy es el cumpleaños de Eshir y no voy a permitir que nada me lo fastidie.

Salgo de mi habitación recogiéndome la falda del vestido y encuentro a mi abuela hablando con el cumpleañero. Me quedo en las sombras, en una zona donde no se me ve. La luz del porche le ilumina. Eshir siempre ha sido guapo, pero esta noche está diferente. Parece mayor, más responsable, más maduro, más… hombre. Se ha cortado el pelo y se ha peinado de tal manera que no se le mueve ni un solo mechón de cabello rubio, excepto algunos mechones que caen en la frente. Se ha recortado la barba que se estaba dejando y sus ojos verdes estallan contra los míos en cuanto me descubre allí, oculta en un rincón.

Nos analizamos de arriba abajo. Lleva un traje negro, camisa blanca, pañuelo blanco al cuello y un cinturón de cuero oscuro. Sus botas negras relucen bajo la luz del hogar y, maldita sea, todo le queda especialmente bien.

Inspiro con fuerza para armarme de valor y me acerco a mi abuela. Eshir no me quita los ojos de encima. «¿Tan rara estoy?».

—Hola —le saludo, tratando de sonreír, y le entrego un sobre que he cogido antes de salir de mi cuarto.

Él parpadea un momento, mira mi mano y coge el sobre. Lo abre sin decir nada y alza las cejas cuando ve lo que hay dentro. Llevo ahorrando un par de semanas y he vendido alguna que otra madeja de lana para poder darle esto. Solo es un detalle, algo sin importancia,

pero no quería que pensara que me importara un comino su cumpleaños.

—La mujer del herrero va a empezar a dar clases sobre cómo utilizar frutos rojos en la cocina y he pensado que sería buena idea utilizar los que recogimos aquella vez, en el bosque —explico, sintiéndome estúpida—. No sabía qué regalarte, así que… Bueno, ¡felicidades!

—No hacía falta que me dieras nada —responde con voz ronca.

Cierra el sobre, se lo guarda en el bolsillo interno de la chaqueta y vuelve a mirarme. Noto la presencia de mi abuela entre los dos, expectante.

—Bueno, no os entretengo más —interviene la buena mujer, y me da un empujoncito para que me acerque a mi amigo—. Divertíos, ¿de acuerdo?

Eshir parece que se recupera de la impresión por el regalo, asiente y le sonríe a mi abuela. Nos despedimos de ella y salimos al frescor del atardecer. Al otro lado del camino hay un sencillo coche de caballos esperándonos para ir a la ciudad, con un par de buenos ejemplares pardos y un cochero bien ataviado. No tengo que andar demasiado con los tacones que mi abuela se empeñó en comprar. Como si fuera a tener otra oportunidad para ponérmelos…

Me dispongo a abrir la portezuela pero para cuando llego, Eshir ya está allí, esperándome. Le miro. ¿Qué está haciendo?

—Pasa. —Abre la puerta y me tiende una mano para ayudarme a entrar.

Vacilante, le tiendo la mía y dejo que se comporte como una especie de caballero andante. A continuación, se sienta frente a mí, cierra la puerta y da un par de golpes a su espalda. El coche da una sacudida y comienza a traquetear a su paso por la calle principal del pueblo. El

estómago me da un vuelco, nunca había montado un carruaje parecido. De hecho, dudaba siquiera que pudiera acercarme a uno siendo una elfa.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto con una sonrisa nerviosa.

Duda un segundo. Lo leo en sus ojos.

—¿A qué te refieres?

—Eso, lo de abrirme la puerta, tenderme la mano…

—Es mi cumpleaños —contesta, sorprendentemente tímido—, puedo hacer lo que quiera.

—¿Incluso ser un payaso? —trato de bromear.

Por suerte, capta mi chiste y sonríe para, a continuación, sumirnos en un mutismo consensuado.

Esto es extraño. No parece una salida normal como las que solemos tener casi todos los días. No sé si es por la atmósfera que nos rodea, o porque estamos vestidos como para ir a una boda, o porque vamos a cenar con su familia en un sitio ostentoso. La verdad es que no sé cómo interpretar todo esto…

No lo sé o no quiero saberlo.

Por un momento, puedo llegar a imaginar que siento por Eshir lo que sentía por Sarah. ¿Sentía? ¿Ya no lo siento? No lo sé, llevo tanto tiempo sin verla ni hablar con ella que no estoy segura de haberla olvidado. Ahora, Eshir ocupa mis pensamientos la mayor parte del día y no me creo completamente a salvo hasta que estoy con él. No puedo dilucidar si aún necesito su protección contra los recuerdos de Sarah o si ya me he habituado tanto a él que necesito tenerle cerca. Aunque todo eso se acabará en el momento en que decida declararse a la chica que ocupa su mente…

Me da miedo el lugar al que me llevan estos pensamientos.

¿Y si me estoy enamorando de Eshir, de verdad? ¿Qué significaría eso? ¿Acaso lo que sentía por Sarah era falso? No, no puede ser falso, porque no he podido pensar en nadie más que en ella durante diez años. Las cosas han cambiado, pero si me detengo un segundo a recordar a mi amiga, aún noto cómo aletea mi corazón. Sin embargo, cuando miro a Eshir, este parece a punto de salírseme del pecho.

¿Qué me ocurre? ¿Esto es natural?

Solo tengo una posible respuesta a esa pregunta, que no pienso contestar. Prefiero continuar ignorando esa nueva faceta de mí durante un rato más.

Al cabo de casi una hora, y tras habernos lanzado miradas mal disimuladas en el carruaje, llegamos al lugar donde la familia de Eshir tiene el restaurante. Es una zona de casas señoriales antiguas, con molduras como las de los cuentos que me contaba mi madre cuando era pequeña. Cuando Eshir me habló de que su tío regentaba una taberna formal no podía imaginarme que se refería a un sitio como este, en el que bien se podría comer en el suelo. Es como un restaurante enorme, mimetizado entre las mansiones y protegido por una verja de hierro forjado y un jardín que huele jazmín y dama de noche. No me da tiempo a ver el nombre grabado en la piedra del umbral antes de entrar —de nuevo, de la mano de Eshir— y encontrarme en una sala tan espaciosa como mi casa y la de Sarah juntas.

La luz es cálida. Las mesas son circulares y están dispuestas de tal manera que hay al menos dos metros entre ellas. La cubertería y los manteles son blancos y dorados. Las paredes están pintadas de un tono de rosa muy suave. Todo es tan claro allí que me siento como una intrusa. No estoy acostumbrada a esta luminosidad y esplendor. Es como si me hubieran sacado de mi propia historia y me hubieran introducido a la fuerza en una en la que puedo ser una más y tener las mismas oportunidades que todo el mundo; una en la que las razas no

existieran y yo no temiera morir envenenada, apuñalada o quién sabe cómo.

Un hombre se acerca a nosotros y Eshir da su nombre. Lo identifico enseguida como el jefe, que tacha el apellido de mi amigo y nos conduce a nuestra mesa, ya ocupada por toda la familia de Eshir. Al vernos, se levantan con una gran sonrisa y vienen a recibirnos. Yo me remuevo, nerviosa e incómoda, mientras me analizan y me observan. Soy una elfa oscura rodeada de humanos desconocidos: una situación peligrosa.

Una mujer de la familia se acerca a mí y me planta dos besos en las mejillas antes de que pueda reaccionar.

—Encantada de conocerte, cariño, soy Mheri —se presenta, y yo me obligo a sonreír. Es una mujer bajita, con el pelo castaño cardado y ataviada con un anticuado vestido color chocolate.

—Hola, yo soy Nasha.

—Qué nombre más bonito —comenta otra mujer al encontrarse con nosotras—. Yo me llamo Anhya, soy la madrina de Eshir.

Anhya es más moderna y joven, y hace que me relaje al instante. Tiene los mismos ojos verdes de mi amigo, y yo me aferro a él cuando me lleva a un lado y otro de la mesa para presentarme al resto de la familia. Al cabo de unos minutos, ya he conocido a todo el mundo y solo me acuerdo de tres o cuatro nombres. Ni siquiera recuerdo de quién es marido cada hombre o quién es hermana de quién.

Eshir parece entender mi agobio y viene a rescatarme, poniéndome una mano en la cintura y llevándome a mi silla.

—Gracias —musito cuando se sienta a mi lado—. Creía que iba a morir.

—Lo siento —dice son una sonrisa de disculpa—. Es la primera vez que traigo a alguien a una cena de cumpleaños.

Los ojos se me abren como platos.

—No puede ser… —Me llevo una mano a la boca—. ¡Pero si en la taberna ligas más que trabajas!

Eshir se echa a reír.

—No se me da bien hablar con una chica de temas serios, ¿sabes?

Resoplo.

—No hace falta que lo jures.

Así, en medio de nuestras bromas, los camareros nos traen las bebidas y nos sirven los entrantes. No puedo evitar mirar a mi alrededor y pensar en el concepto que tiene Eshir de informal. Claramente, el restaurante recibe a personas de toda clase, pero no hay ni una sola que destaque como yo, además de mi piel: no sé qué cubierto coger primero hasta que Anhya, la madrina de Eshir, me indica que empiece desde fuera hacia adentro; estoy a punto de mancharme el vestido hasta que Eshir me tira la servilleta de tela en el regazo y me indica cómo tengo que ponerla; y casi confundo las copas del vino y del agua —¡pero si son iguales!—.

Por suerte, la familia de Eshir no se ríe de mí. Me acompaña en mi torpeza y hace chistes sobre lo absurdo que es mantener la compostura en momentos así. Al final, yo misma sonrío y me tranquilizo. Quizás estas personas no sean tan malas, al fin y al cabo.

Cuando pasamos a los postres, la conversación se hace algo más distendida. Algunos tíos y tías de Eshir salen a la calle, unos a fumar la mejor hierba del condado, otras a airearse un poco. Uno de los hombres aprovecha el momento y se sienta en la silla libre a mi izquierda, antes ocupada por la madrina de Eshir. Apenas hemos podido hablar en toda la cena, así que bebo agua y espero a que sea él quien inicie la conversación.

Casi me he acabado mi copa mientras me mira, cuando decide dejar

de hacerme sufrir.

—Cuando mi sobrino dijo que traería a una chica a la cena, no pude creerlo —dice como si nada, cogiendo un trozo de pan y desmenuzándolo—. Aunque lo que nunca habría esperado era que trajera a una elfa oscura.

La sonrisa se borra al momento de mi cara. Trago saliva. El aire me pesa. Me tenso de tal forma que hasta Eshir gira la cabeza para mirarme.

—¿Estás bien? —susurra, pero yo no consigo moverme.

—¿Eso supone algún problema? —pregunto, tratando de mantener la calma.

—Oh, no, no, para nada. —Hace un gesto con la mano.

«Ya, claro, seguro», pienso. Me mira de tal forma que hace que me den ganas de clavarle el tacón en la entrepierna.

—Lo que quiero decir —continúa hablando— es que las personas de tu raza no suelen encajar bien aquí, ¿entiendes? Está claro que mi sobrino tiene un gran corazón y te ha hecho un favor al haberte traído.

—Las personas de mi raza… Un favor… —repito, apretando los dientes.

—Sí, ya sabes…

—No, no lo sé —espeto, ya sin ninguna intención de ocultar cómo me siento. Ni siquiera soy consciente de que se ha hecho el silencio a nuestro alrededor y de que el ambiente distendido ha pasado a convertirse en un cuchillo afilado—. ¿A qué raza le han hecho un favor? ¿A esa a la que le arrebataron todo cuanto poseía? ¿A la que quiso defender su hogar y acabaron masacrándola? ¿A la que han aislado a través de una barrera que solo se puede atravesar por un mar

lleno de cadáveres? ¿A esa que ya cuenta con más de unos tres millones de muertos en los últimos cien años… como mi madre?

Eshir me pone una mano en la rodilla, pero yo me aparto. El dolor me atenaza el corazón, pero mi ira es mucho más fuerte. Ahora mismo, poco me importa mi integridad personal. Lo único que puedo hacer es soltar toda mi rabia. Su tío se ha quedado paralizado, aunque reacciona al cabo de unos segundos.

—Bueno, eso es exagerar un poco, ¿no te parece?

—¿QUÉ? —estallo, incapaz de contenerme.

—Nasha —musita Eshir, buscando mi mano derecha. Junto a él, sus padres se han quedado lívidos, como si no pudieran creer lo que están escuchando.

No, la que no puede creerlo soy yo.

—Vivimos en un mundo en el que unos viven con comodidad y otros luchan minuto a minuto por sobrevivir, señor. —Ni siquiera me molesto en tratar de recordar su nombre, no merece ese esfuerzo—. Si lo que se pregunta es si soy de Carshia, sí, lo soy, y también de Shegnia. Mi madre murió al traerme a este reino para que mi futuro no fuera el de una esposa de diez años condenada a soportar años de abusos por parte de los humanos invasores y partos arriesgados, con la esperanza de perpetuar una raza que se desangra incluso después de la guerra. —La voz me tiembla, no así las piernas cuando me levanto arrastrando la silla y apretando entre las manos la servilleta de tela—. Usted no es nadie para calificarme de ninguna forma y mucho menos para hablar de mí o de mi raza como si me conociera. Nadie nos ha hecho nunca un favor.

Eshir también se levanta y me acaricia el brazo, aunque yo no lo noto. Lo único de lo que me doy cuenta es de que ha sido un error venir aquí. Dudé cuando Eshir me lo pidió y aun así, acepté. Sabía que mi presencia solo traería problemas. Empezaba a pensar que todo iría

bien… hasta ahora.

Lanzo la servilleta de tela sobre la mesa justo cuando el resto de la familia llega y los camareros traen los postres. Sin embargo, cuando me ven hecha un basilisco, se detienen. Me pongo el chal sobre los hombros, me recoloco el pelo y le doy la espalda al tío de Eshir para mirar a sus padres.

—Gracias por la cena. Lamento todo esto.

Su madre niega con la cabeza, con los ojos empañados por las lágrimas. Mi amigo aparece entonces a mi lado, con la chaqueta puesta y una expresión sombría en el rostro.

—Vámonos —sentencia, y acepto que me coja de la mano para llevarme con decisión afuera.

Ninguno de sus tíos o tías se atreve a acercarse a nosotros. Nos dejan pasar y no nos siguen por la calle, en busca del coche de caballos. Los dedos de Eshir en torno a los míos son lo único que me mantiene anclada al presente. Debo seguir caminando hasta el coche antes de derrumbarme. Tengo que ser fuerte.

Por fin, tras lo que me parece una eternidad, llegamos hasta la pequeña carroza. Eshir abre la puerta y me ayuda a entrar, igual que hace solo unas horas. Contengo el aliento al verle entrar con el ceño fruncido y expresión seria.

Avisa al conductor y pronto nos sumergimos en el tráfico de Arkhan. No hablamos, no decimos nada. Solo cuando nos hemos alejado lo suficiente, Eshir da un par de golpes en el techo y el cochero detiene el carruaje a un lado de la calzada. En cuanto se detiene, Eshir se cambia de asiento y se coloca a mi lado. Su respiración es tan rápida como la mía, como si acabáramos de correr por todo el bosque.

Me mira fijamente a los ojos, me tiende una mano y yo ya no puedo

contenerme más.

CAPÍTULO SIETE

No sé qué hora es cuando llegamos a mi casa. Como siempre, Eshir me acompaña hasta la puerta. Despidió al cochero en cuanto nos bajamos el carruaje, tal vez para poder hablar conmigo sin que nadie pueda oírnos. No hemos comentado nada de lo ocurrido en todo el rato desde que salimos de la ciudad y me derrumbé. Aún puedo oír sus palabras de consuelo mientras me estrechaba contra su pecho y yo sollozaba. Todavía siento su respiración acompasada tranquilizándome poco a poco.

Hoy he descubierto un nuevo talento de Eshir: se le da muy bien calmar a las personas. Debería haberme dado cuenta el día que vomité en la taberna y me trajo a casa. O todas esas veces que empezaba a divagar sobre Sarah y el monstruo de la angustia amenazaba con engullirme.

Con un suspiro, me doy la vuelta para encararle, retorciendo la puntilla de las mangas del vestido. Ya no hay rastro de la ilusión que me embargaba al salir de casa. ¿Cómo pueden torcerse tanto las cosas en un momento?

—No le des más vueltas —dice Eshir a mi lado, sacándome de mis oscuros pensamientos—. Mi tío es imbécil. Es la oveja negra de la familia de mi madre.

—No entiendo por qué ha dicho eso —admito en voz baja—. Doy gracias a que en ningún momento han pensado que me gustaban las mujeres, si no…

Eshir frunce el ceño. Me coge la mano izquierda y la aprieta.

—Espero que, al menos, hayas estado bien durante el resto de la noche.

Su preocupación espanta el horror de la última hora y me hace sonreír. Eshir siempre está pendiente de mí, de lo que necesito y de lo que quiero. Nunca pretende incomodarme, se dedica a cuidar cada detalle. Su tío ha estropeado la cena, pero a él lo único que le obsesiona es que yo haya disfrutado antes de todo eso.

—Tu familia ha sido muy amable conmigo —respondo, y clava en mí sus ansiosos ojos verdes—. Te agradezco que no me hayas dejado sola.

—Yo te invité, no pensaba ignorarte. Además —Se lleva la mano libre a la nuca en un gesto de timidez que me sorprende y que se ha vuelto habitual en las últimas semanas; Eshir es de todo menos tímido —, me daba la impresión de que alguno de los camareros que había por allí estaba echándote el ojo.

Bufo y me echo a reír.

—No habría servido de nada.

—Ah, ¿no? —inquiere, y la forma en que tuerce la cabeza hace que me pregunte en qué está pensando—. Entonces, ¿sigues enamorada de Sarah?

La mención de mi amiga, de la que no sé nada desde hace meses, hace que se me forme un nudo en la garganta. Es la primera vez que Eshir se refiere a ella, que dice su nombre con claridad desde hace semanas. Suena extraño en sus labios, como si no debiera ser pronunciado así: con una mezcla de resentimiento y fastidio.

¿Sigo enamorada de mi amiga? Buena pregunta, sobre todo porque a estas alturas dudo hasta de si el cielo es azul.

—No lo sé —confieso, agachando la cabeza y mirando nuestras manos unidas—. Hace demasiado tiempo que no la veo, no he hablado con ella. No sé cuál sería mi reacción si decidiera aparecer de improviso.

—¿Nunca te has enamorado de otra persona?

—No. Ella ha sido la única amiga que he tenido, y mi único amor. —Pongo los ojos en blanco, suspirando—. Ha intentado emparejarme con algunos chicos, pero era inútil. No me atraían.

Veo que Eshir mueve la pierna y arrastra el pie por el suelo. Alzo la cabeza y me encuentro su rostro a pocos centímetros del mío. Algunos mechones sueltos del pelo rubio caen sobre sus ojos. La boca entreabierta me regala su aliento a vino, con sus labios rosados tentándome. ¿Me tientan? Sí, aunque me cueste comprenderlo, aunque sepa que esto está mal y que una relación de un humano y un elfo oscuro jamás saldría bien. Además, solo somos amigos, ¿verdad? Aunque… No tengo ni idea de por qué, pero lo único que quiero ahora mismo es probarle.

—¿Tampoco yo te atraigo? —murmura, su lengua creando un camino hasta el interior de su boca.

Debería responder que no, que no es mi tipo, que solo me gustan las chicas.

Pero… Pero…

Por alguna razón, no puedo contestar. Trago saliva. ¿Cuándo se ha vuelto tan importante en mi vida? ¿Cuándo he permitido que alguien se me acerque como él lo está haciendo, como lleva haciéndolo desde el día en que me dio su dirección y me dijo que quería ser mi amigo?

Él se inclina levemente hacia mí, con su mirada paseándose de mis ojos a mis labios y vuelta a empezar.

—¿Me apartarías si te besara? —pregunta.

De dónde salen mi voz y mi respuesta es un misterio, pero entonces me oigo decir:

—Solo hay una manera de comprobarlo.

Eshir inspira, como si no creyera lo que escucha. Se humedece el labio inferior con la punta de la lengua mientras se acerca más a mí. Tira de mi mano para obligarme a ir hacia él. Su nariz roza la mía al ladear la cabeza, su aliento choca contra el mío. Me pierdo en su mirada con la mente en blanco. Todos los poros de mi piel le gritan que me bese de una vez.

Poco a poco, cubre la distancia que hay entre los dos y acaricia mi boca con la suya. Contengo el aliento, a la espera de que se mueva. Este es mi primer beso y va a ser con él, aunque yo me haya pasado toda la vida reservándolo para Sarah. En ese momento, en este lugar, eso no importa. Quiero que sea él quien se lleve ese beso. No tiene sentido, pero me da igual, porque siento que es lo correcto.

Movida por los nervios, abro la boca y le recibo sin reparos. Me sujeta el cuello con la mano libre, al tiempo que sella el beso de una vez por todas. Me recorre una descarga eléctrica desde el lugar donde sus dedos me acarician la nuca hasta la punta de los pies. Me retuerzo y me giro por completo para poder besarle en condiciones. Mis labios responden a un instinto que no sabía que existía y pronto me encuentro batallando con su lengua, saboreándola, descubriendo el interior de su boca y sintiendo cada roce suyo en todos los rincones de mi cuerpo.

Al cabo de unos segundos, se separa de mí con suavidad con un pequeño beso en la comisura derecha. Apoya la frente en la mía y suspira. Yo parpadeo para volver a la realidad. ¿Esto acaba de pasar?

—Te prometo que no pretendía hacer esto —susurra.

Me sale una risita nerviosa.

—Ya, eso es lo que decís siempre.

Eshir abre los ojos y me mira, serio.

—Tú también me has besado, ¿verdad? No me lo he imaginado.

Ahora soy yo la que prefiere no mirarle. Suspiró y me dejo caer contra la pared del porche, poniendo así cierta distancia entre ambos. Necesito aire fresco para pensar con claridad. Sin embargo, no me suelto de su mano. Estoy confusa y, al mismo tiempo, siento que acabo de abrir una puerta que no sabía que estaba cerrada.

Sí, quiero a Sarah pero, para mi sorpresa, también siento algo por Eshir. Mi compañero y amigo me gusta, es amable conmigo y no le asusta tocarme. Tampoco le importa que me atraigan las mujeres, salta a la vista que le da igual pasar por encima de quien sea para estar conmigo. No le asusta presentarme a su familia. La ha dejado plantada para quedarse a mi lado y lleva todos estos meses ayudándome a seguir adelante, animándome, cuidándome y apoyándome.

Si me paro a reflexionar sobre todo lo que ha hecho por mí, me doy cuenta de que llevo mucho tiempo queriendo que me bese. No sé si estoy enamorada de él, lo único de lo que estoy segura es de que no quiero que se aleje de mí.

—Eshir, ¿ desde cuándo te gusto? —Me atrevo a preguntar tras varios minutos en silencio.

Abro los ojos, le miro y él dibuja una sonrisa tan dulce como tímida. Creo que podría acostumbrarme a esta nueva faceta de Eshir.

—Desde el principio —admite—, desde que entraste en la taberna.

Vaya, sí que es como cuentan por ahí. Ahora comprendo esos pensamientos en voz alta cuando yo no estaba, esas palabras que escuché a hurtadillas. Creía que se refería a otra persona, jamás me imaginé que hablaba de mí.

—No te dije nada porque no quería que te sintieras mal. Sabía que no podías corresponderme.

—Y aprovechaste mi enfado con Sarah para atacar —bromeo.

—En realidad, llevaba tiempo pensando en hacerlo. No esperaba que ocurriera nada de eso, aunque habría sido estúpido por mi parte no intervenir.

Le entiendo, no puedo enfadarme por eso. Yo habría hecho lo mismo si se hubiera tratado de Sarah. Es un juego sucio, pero si hubiese tenido que aferrarme a él para conseguir que ella me mirara como Eshir me mira a mí, lo habría hecho.

—¿No te habías dado cuenta de nada? —quiere saber, y yo me encojo de hombros.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —respondo, sin entrar en detalles de mi espionaje improvisado—. Esperaba que fueses amable conmigo porque realmente querías ser mi amigo. Y resulta que buscabas algo más —Le doy un golpecito en el brazo con la mano libre—. Serás mentiroso…

—Nunca te he mentido. Siempre he sido sincero: quería estar contigo. Me… Me gusta pasar tiempo contigo —ríe, ocultando la cara en el cuello abierto de la camisa. ¿Desde cuándo es tan adorable?—. Me gusta ver tu cara cuando te asusto, cómo arrugas la nariz cuando te hago cosquillas y no quieres reírte, cómo frunces el ceño cuando sospechas de mí o haces una mueca si algo te da asco —Alza una mano y me toca el pelo, enredando los dedos en los mechones sueltos —. Me gusta tu pelo rizado, tus ojos son como gemas —Baja la mano para acariciarme la mejilla hasta llegar a los labios—, tu boca, el color de tu piel… Eres preciosa y ni siquiera te das cuenta.

»Eres valiente, fuerte, inteligente y luchadora. Te sacrificas por tu familia como no he visto hacerlo a nadie. Llevo enamorado de ti desde que supe que habías decidido trabajar para ayudar a tu abuela, en

lugar de continuar estudiando. Soy mayor que tú y aun así, tengo mucho que aprender de ti.

Sacudo la cabeza, abrumada.

—La persona que describes no soy yo —murmuro—. No puedo ser yo. Solo soy una elfa oscura, la enemiga de los humanos como tú.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo dices? ¿Porque otros se empeñan en convencernos de ello? Lo siento, pero aquí no vas a ganarme, ni tú ni nadie.

Con decisión, se impulsa hacia adelante y me toma la cara con las dos manos. Me observa unos segundos a los ojos antes de volver a besarme, esta vez sin la ternura o el cuidado de antes. Me devora la boca con tanta ferocidad que se me escapa un suspiro cuando me suelta.

Al mirarle, sus ojos verdes se han vuelto negros de deseo. Me asusta comprender hasta qué punto yo quiero lo mismo que él.

—Si me dices que no has sentido nada cuando te he besado, si me juras que no te palpita el corazón como si fuera a salirse de tu pecho cada vez que te toco o estamos juntos, no volveré a acercarme a ti. Me limitaré a ser tu amigo y tu compañero de trabajo, nada más. Lo juro.

—No… —suplico con un hilo de voz.

No, no, no. No te vayas. No me dejes. «No quiero estar sola. No me dejes. Tú no…».

—Quédate —musito—, por favor.

Eshir respira hondo. Tiene las manos calientes en torno a mi cara, como si fueran a fundirse con mi piel.

—Quiero formalizar esto, Nasha —dice algo más calmado—. Quiero que me reconozcan como tu pareja. Sé que es complicado, que tú quizás no sientes lo mismo que yo, pero te pido una oportunidad.

Déjame ser lo que necesites. A tu ritmo.

Le observo. Se le ha desabrochado otro botón de la camisa y se le ha deshecho el lazo del pañuelo, de manera que puedo atisbar su pecho firme, sin apenas vello rubio que me entorpezca la visión de su piel. Estudio sus brazos largos, me recreo en la forma de sus dedos finos y elegantes. Noto los callos en sus manos por las horas de trabajo y el esfuerzo cortando madera y transportando cajas, aunque no me importan.

Ahora me imagino lo que sería seguir mi vida sin nuestras salidas constantes, sin su humor y sus chistes malos, sin ese brillo pícaro en sus preciosos ojos verdes. Intento vislumbrar mi futuro sin Eshir a mi lado, sola, lejos de la calidez de su corazón. Es como un pequeño sol que ha decidido orbitar en torno a mí, no al revés. Sin embargo, ahora que estamos frente a frente y que hemos vuelto bocarriba nuestras cartas, no estoy segura de quién atrae a quién.

Una parte de mí se siente mal por abandonar el sueño de una vida junto a Sarah, pero la otra me aplaude y grita de emoción cuando respondo.

—Sí, por favor.

Eshir deja salir el aire entrecortado por la boca y sonríe. Tira de mí, me abraza, me besa y me da las gracias por confiar en él. En realidad, no se trata de eso, sino de pensar que es posible ser feliz junto a alguien, a su lado.

Eshir se merece esta oportunidad y yo, también.

***

Noto los labios hinchados al abrir la puerta del porche. Me vuelvo y

despido a Eshir con la mano, que me guiña un ojo antes de volver al coche y marcharse. En cuanto me quedo sola, me permito pensar con tranquilidad en lo que ha ocurrido.

Tengo novio. Yo, Nasha, que se creía lesbiana, tengo novio. Supongo que no debo de serlo tanto como creía. Me echo a reír y entro en el porche.

No me da tiempo a cerrar la puerta cuando lo escucho. Un sollozo ahogado en medio de la noche. Giro sobre mis pies y mis ojos se clavan de inmediato en la casa de enfrente. No hay luces encendidas en el hogar de Sarah, pero estoy segura de que el ruido viene de allí. No sería la primera vez.

Miro a ambos lados de la calle antes de cruzar. Me asomo a la puerta enrejada del porche y la veo. Está tirada en el suelo helado y húmedo, vestida con su abrigo negro y un vestido plateado. El pelo se le ha soltado del moño y vuela en torno a su rostro, salpicado de lágrimas y… y de…

—Sarah —susurro.

Los sollozos se cortan al instante y ella levanta la mirada del suelo para posarla en mí. Sus ojos se abren por completo al verme.

—Nasha —dice con voz pastosa—. Vete, entra en casa.

—¿Qué? —Está loca si piensa que voy a hacerle caso—. Ni hablar, ¿qué te ha pasado?

Hace un gesto nervioso con la mano y mira por encima de su hombro. Tiembla como una hoja cuando se arrastra por el suelo hasta la puerta.

—Nada, no ha pasado nada. Solo estoy de bajón, vete.

—Y una mierda —espeto—. Abre la puerta ahora mismo, Sarah.

—No… —lloriquea, negando con la cabeza.

—O abres la puerta o salto por encima, tú eliges.

Sarah hace una mueca que habría resultado graciosa en cualquier otro momento. Oímos unos pasos en su casa. Aquello parece ser el empujón que necesitaba, porque se pone en pie como puede y abre la puerta del porche. Me alejo para que pueda salir y tiro de ella sin que la puerta se haya cerrado por completo. Los pasos aumentan, siento como si nos persiguieran.

Cruzamos la calle y lanzo a Sarah dentro de mi porche. Entro a la carrera y justo cuando cierro la puerta a mi espalda, oigo que la suya se abre. La voz de su padre rompe el silencio de la noche.

—¡Ven aquí, maldita perra!

Sarah se encoge ante mis ojos. Reacciono al momento y la abrazo. La pego a mí y le tapo las orejas con las manos. Es un intento absurdo para evitar que siga escuchando los insultos de su padre, pero al menos le ayudo a contener los sollozos.

El hombre sigue gritándole al cielo mientras yo arrastro a Sarah al interior de mi casa. Cierro la puerta con llave y me aseguro de que ninguna ventana está abierta. La llevo a la cocina, le sirvo un vaso de agua y la observo mientras bebe. No me atrevo a encender ninguna luz para no despertar a mi abuela y asustarla con la sangre de Sarah.

Dejo el vaso vacío en el fregadero y vamos a mi habitación. Siento un deseo irrefrenable de cerrar el pestillo de mi puerta, pero a veces se atasca; no es la mejor idea. Si a mi abuela le ocurriese algo, yo no podría llegar hasta ella lo suficientemente rápido. Obligo a Sarah a sentarse en mi cama y yo me quito los zapatos, soltando un suspiro de alivio.

—Son tacones —observa Sarah, con los ojos azules vagando desde mis pies desnudos a los zapatos que tengo en las manos.

—Sí.

—Nunca te han gustado los tacones.

—Ya. —«¿Qué narices digo yo ahora?»—. He salido.

—¿Con quién? —pregunta.

Me sigue con la mirada mientras me quito el vestido y me pongo el camisón con rapidez. Necesito estar cómoda para poder ocuparme de sus heridas.

—Con Eshir. Es… —me interrumpo. ¿Se lo digo? Quizá no necesita esa información ahora, no cuando parece a punto de quebrarse por completo—. ¿Qué te ha pasado? —pregunto en lugar de contarle lo mío con el hijo de mi jefe. Hay cosas más importantes ahora mismo.

Se encoge de hombros. Acabo de darme cuenta de que había dejado de temblar, pero en cuanto le he preguntado al respecto, vuelve a ser un flan.

—Nada que no fuera a ocurrir… Nada nuevo.

Trago saliva y cuento mentalmente hasta diez antes de agacharme frente a ella. Se le ha subido el vestido por los muslos y tiene la piel fría. En cualquier otro momento, me había fijado en cada mínimo detalle.

—¿Ha sido Hurgin? —pregunto con los dientes apretados.

—No —trata de reír—, aunque es como si lo hubiera hecho, ¿verdad? Apoya cada decisión de mi padre como si su futuro dependiese de él. No le importa que me cruce la cara mientras él tenga lo que quiere.

No entiendo nada. ¿Acaso la familia de Sarah no se había arruinado? Su renta no puede ser mucho mayor que la de mi abuela. Si no tienen dinero, ¿qué puede querer Hurgin del padre de Sarah? Es más, ¿por qué no ha hecho nada para evitarle esto?

Se toca la cara y hace una mueca de dolor.

—Ven —digo, tendiéndole la mano y poniéndome en pie—. Vamos a curarte eso. Hoy duermes conmigo.

CAPÍTULO OCHO

No sé si es por el frío o por el miedo, pero Sarah deja que la maneje como si fuera una muñeca de trapo. Cuando entramos en el baño, la ayudo a sentarse sobre el banco que usamos para asearnos y empiezo a rebuscar en un armario que hizo mi abuelo hace algunos años. Tenemos una pequeña caja de metal en la que dibujé una cruz roja enorme sobre la tapa. Ese día, le dije a mi abuela que quería ser sanadora para ayudar a personas como yo.

Era el sueño de una niña que no sabía que tendría que dejar de estudiar y ponerse a trabajar para que ni ella ni su abuela pasaran hambre.

Por fin encuentro la caja y la abro con cuidado. Lo saco todo y lo esparzo por el suelo. Me vuelvo hacia Sarah con una gasa empapada en alcohol y me encuentro con su rostro bañado por las lágrimas. Suelto de todo por la boca, maldiciendo el no haber estado en casa para ayudarla, al tiempo que me pongo de rodillas frente a ella y trato de ignorar su llanto. Le curo los cortes que tiene por la frente y las mejillas. No se encoge ni se queja, y tampoco dice una sola palabra hasta que acabo y lo guardo todo en su sitio.

—Siento causarte tantos problemas —musita.

Le tiendo una mano y se pone en pie, vacilante. Mira por detrás de mi hombro y hace una mueca al ver su reflejo en el espejo.

—Qué desastre…

—Sí, estás hecha un cuadro —confirmo—. Volvamos a mi habitación. No pienso dejarte dormir hasta que me cuentes qué ha pasado.

Sarah hace un ademán, como si fuera a protestar, pero debe de darse cuenta de que no estoy para bromas, porque aprieta los labios y asiente.

Al llegar a mi cuarto, cierro de nuevo la puerta, le presto un camisón a Sarah y saco un colchón viejo que hay bajo mi cama. Todo es extraño y familiar al mismo tiempo. Ella se ha quedado a dormir muchas veces en mi casa, nos pasábamos las noches hablando sobre las clases, mis vagos recuerdos en Shegnia y mi inexistente interés por los chicos. También charlábamos acerca de sus problemas en casa, de que su padre se había dado a la bebida al perder gran parte de su capital. Se había vuelto un hombre arisco que no quería saber nada de nadie, mucho menos de los elfos oscuros, como yo. Sarah nunca supo decirme por qué, o no lo hizo por algún motivo.

En cuanto termino de preparar la cama, Sarah se acuesta en ella y yo me dejo caer en la mía. En ese momento, lanzo un suspiro, agotada.

—El chico de antes, ¿era Eshir? —pregunta Sarah en voz baja.

Si no hiciera tanto frío, sentiría correr el sudor por la espalda.

—Sí. —No sirve de nada mentirle.

Sarah cabecea.

—¿Me lo contarás?

—Tal vez, sí. Pero no ahora. —Me inclino hacia adelante, apoyando el codo sobre el colchón—. ¿Qué ha ocurrido para que estés así?

Ella ladea la cabeza. Tiene el aspecto de alguien a quien le ha pasado un coche de caballos por encima, pero sigue estando preciosa.

No ha cambiado en todo este tiempo, salvo por la ausencia de alegría en su mirada azul. Su boca se contrae varias veces en un intento desesperado por no continuar llorando. Cierra los ojos fuerza y respira hondo.

Repite ese proceso tres veces antes de hablar en voz baja, muerta de miedo.

—No es la primera vez que me pega.

Aprieto las manos cerradas en puños.

—¿Hurgin?

—Mi padre —Se atreve a mirarme—. Empezó hace poco. Al principio, solo se enzarzaba con mi madre, pero luego comenzó a buscarme cuando no la encontraba.

Frunzo el ceño y trato de repasar mentalmente estos últimos meses. No suelo coincidir con la madre de Sarah y esa mujer apenas me saluda, aunque siempre me dedica una pequeña sonrisa. Intento recordar cuándo fue la última vez que la vi y me doy cuenta de que no sé nada de ella desde hace demasiado tiempo. No nos hemos cruzado al salir de casa o al regresar del trabajo, tampoco cuando he salido con Eshir o he ido al mercado.

Nada, ni rastro.

—¿Dónde se esconde tu madre? —pregunto.

—En casa de un vecino. —Se encoge de hombros—. Llevan casi dos años juntos. La primera paliza grande que recibió mi madre fue cuando mi padre se enteró. Iba borracho, pero sabía muy bien lo que hacía. No dejaba de repetir que era una basura, que se acostaba con cualquiera… —Se lleva las manos al pelo y se tira de los mechones sueltos—. A mí me dice lo mismo.

Suelto de todo por la boca mientras bajo de mi cama y evito que se

arranque la melena. Llora en silencio. Aprovecho que se queda quieta para rodearla y deshacerle el nido de pájaros que lleva en la cabeza. Con cada roce, noto que se estremece y se encoge sobre sí misma.

¿Qué clase de animal puede hacerle esto a una persona, sea de la raza que sea?

—¿Hurgin lo sabe? —digo para tratar de no cometer un asesinato.

—Sí. —Me detengo de inmediato.

—¿Y no hace nada? ¿Acaso a su padre no le preocupa que la pareja de su hijo sufra de esta manera?

—Hurgin dice que mi padre solo quiere lo mejor para mí, que hace esto por mi bien.

—¡Y un cuerno! —estallo, olvidando por un momento que mi abuela está durmiendo al otro lado del pasillo—. ¿Por qué no me has contado esto antes? Por favor, Sarah, ¡ni siquiera sabía lo de tu madre! ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé… —La voz se le entrecorta.

Me regaño a mí misma. Sarah no necesita que la fustigue más. En cuanto acabo con su pelo, me siento en la cama con la espalda contra la pared y tiro de ella para acomodarla entre mis piernas. Se deja caer sobre mi pecho, encogiéndose sobre sí misma y empapándome el camisón. Con cada gemido, mi frustración aumenta y con cada lágrima, mi corazón se estremece.

La acuno y tarareo en voz baja una nana, esperando calmarla.

Soy terrible. Me siento como una completa inútil. ¿Cómo no me había dado cuenta de que Sarah no estaba tan bien como aparentaba? Tendría que haber estado más atenta, haber visto las señales. Si yo hubiera estado a su lado, lo habría sabido. Ella siempre se arreglaba mucho cuando salíamos y ya hacía tiempo que no se quedaba a

dormir. ¿Era porque no quería que viese las ojeras o los moratones que ahora le cubren el rostro y los brazos?

Sigo cantando, esperando a que por fin pueda descansar.

Y Hurgin… Ese maldito Hurgin no ha hecho nada por protegerla. ¡Si hasta defiende al miserable de su suegro!

No entiendo nada, las cosas cada vez tienen menos sentido para mí. He resuelto el misterio de Sarah, pero no el de su padre y Hurgin. ¿Por qué tiene tanto interés en que su suegro mantenga a mi amiga a raya? ¿Qué sabe ella? ¿Por qué le interesa el respeto de su suegro antes que la seguridad de su amada? Solo se me ocurre que el estúpido de su novio es igual que el padre de Sarah, aunque siguen existiendo incógnitas sin resolver. Todo es demasiado confuso.

Abro la boca para preguntarlo, pero entonces veo que se ha quedado dormida, agotada por el llanto y los golpes. Aun así, no dejo de cantar. Cierro los ojos, apretando a Sarah contra mí. Necesito sentirla cerca, saber que está bien. Esta no es la Sarah que conozco y me aterra verla así, desmadejada, rota, sin luz en la mirada.

No tengo ni idea de cómo voy a resolver esto, pero antes de dejar que me venza el sueño, juro que haré lo que esté en mi mano para liberarla.

***

El sol se cuela por la ventana y me da de lleno en la cara.

—No… —farfullo, tratando de removerme, pero hay algo que me aplasta y que impide que gire sobre mí misma como una croqueta.

Abro los ojos y me encuentro el rostro de Sarah prácticamente pegado al mío. La sorpresa me deja congelada en el sitio hasta que los

recuerdos de la noche anterior me avasallan: la cena, Eshir besándome, Sarah tirada en el suelo, Sarah ensangrentada, Sarah confesando que su padre la maltrata mientras su novio ni se inmuta…

Alejo mi cara todo lo que puedo y miro por la ventana. El rayo de sol que me ha despertado se esconde tras una nube tan oscura como mi humor. Saco mis brazos de debajo del cuerpo de Sarah y me muevo poco a poco hasta que consigo desembarazarme de ella. Está tan cansada que no se da cuenta de que la arropo antes de salir de la habitación.

—Buenos días, tesoro —me saluda mi abuela por la espalda, sobresaltándome.

—Hola, abuela.

—Qué temprano te has levantado —observa—. Anoche no te acostaste hasta las doce.

Parpadeo varias veces. Yo ni siquiera sabía qué hora era cuando entré en casa.

—¿En serio?

—Oh, sí —sonríe—. ¿Sarah sigue durmiendo?

Ahogo una exclamación.

—¿Estabas espiando?

Mi abuela suelta una carcajada.

—Si gritas en medio de la noche, es lógico que me despierte —Me da un golpecito en la nariz con uno de sus dedos arrugados—. Saliste con Eshir, pero regresaste con Sarah. Seguro que hay una historia apasionante detrás.

Entorno los ojos y la observo entrar en la cocina para prepararse un té.

—Eres una alcahueta —replico.

—La edad es la mejor maestra —contesta, y yo le saco la lengua.

A pesar de todo, no le falta razón. Sin embargo, no pienso contarle nada hasta llegar al fondo del asunto. Hay un motivo por el que Hurgin alienta a su suegro para que le dé palizas a Sarah, además de su deseo de posesión, porque si realmente quisiera tener el control absoluto sobre ella, ya se la habría llevado de su casa. Hurgin tiene dinero más que suficiente para hacer lo que se le antoje.

Entonces, ¿qué razón hay para mantenerla bajo el yugo de su padre? ¿Qué gana él con todo esto? Sea lo que sea, pienso averiguarlo.

Me uno a mi abuela en la cocina, preparo el desayuno y lo llevo en una bandeja de madera a mi habitación. Sarah sigue durmiendo cuando entro cargada con dos tazas de té y tostadas. Lo dejo todo sobre la pequeña mesa que hay en la pared contraria y me acerco para despertarla, pero en cuanto le pongo una mano encima, da un salto y chilla. Tiene los ojos azules desencajados mientras estudia mi habitación y aún tarda un poco en recordar dónde está.

Mientras, yo me acuerdo de toda la familia de su padre.

—Tranquila, Sarah. Soy yo —digo con voz suave, tratando de cogerle la mano.

Hiperventila, parpadea, me mira y, finalmente, se deja caer en el colchón.

—Lo siento —murmura, tragando saliva con dificultad.

—He traído algo para comer —Le señalo la bandeja con un dedo—. ¿Quieres un té con tostadas?

Tal y como había esperado, Sarah se relame. Sonrío, al menos no ha perdido el apetito. Acerco la bandeja a la cama y me siento con ella. Comemos en silencio, ella perdida en sus pensamientos y evitando

mirarme directamente. Yo la observo, atenta a cualquier comportamiento extraño. Una puerta se cierra al otro lado de mi ventana y ella da un respingo, aunque se relaja en cuanto se da cuenta de su error. Me percato de que vigila con celo la puerta y la ventana de mi habitación.

—Estás a salvo —digo tras varios minutos contemplándola.

Sarah regresa a la realidad y traga su último trozo de tostada.

—Debería irme —musita, y trata de levantarse, pero yo le pongo una mano en la rodilla.

—Ni hablar. Antes vas a contarme por qué Hurgin se empeña en no defenderte. ¿Qué tiene tu padre que tanto le interesa?

—Nada —responde Sarah al momento; está mintiendo—. Hurgin solo quiere llevarse bien con él, no le apetece tener problemas con el padre de su novia —intenta bromear, pero no lo consigue.

Alzo una ceja. Me contengo para no zarandearla y paso la siguiente media hora tratando de sonsacarle la verdad. No sirve de nada. Al cabo de un rato, se cansa de mis preguntas y decide que quiere asearse para regresar a casa. Sé que es un esfuerzo inútil, pero aun así insisto para tratar de convencerla de que se quede.

Nada, se ha cerrado en banda. Su terquedad no ha desaparecido.

Al salir de mi habitación, saluda a mi abuela y le pide disculpas por haber dormido aquí sin avisar. Ella, que es la mejor persona que conozco, le asegura que no pasa nada y que puede volver siempre que quiera. Sé que se ha fijado en los cortes y los moratones que empiezan a aparecer en el rostro de Sarah, pero no comenta nada. Se despide de ella y nos deja a solas en la puerta.

—Siento haberte molestado tanto —dice en voz baja, con la cabeza gacha.

Resoplo y la tomo de la barbilla para obligarla a mirarme. Parece sorprendida de que haga algo así. Me habría pasado años haciéndolo si ella hubiera sentido algo por mí, aunque no para esto; le habría cogido la cara con las dos manos y la habría cubierto de besos. La habría mimado tanto que no habría podido despertar jamás de ese sueño y lo único morado que habría tenido no habrían sido marcas en la cara, sino ramos de lavanda, su flor favorita.

Si tan solo hubiera tenido el valor de declararme, tal vez esto no habría pasado. Quizás ella me habría aceptado, o puede que me hubiese rechazado, pero no estaríamos separadas. Es mi culpa que esté así, alejada del mundo, convertida en una sombra de lo que fue.

—Soy yo la que tiene que pedirte perdón —respondo, tan cerca de ella que no existe nada más para mí—. Tendría que haber sabido que ocurría algo así. Tendría que haber insistido en que Hurgin no era trigo limpio.

—Nasha… —trata de interrumpirme.

—Prométeme que te pasarás por aquí varias veces todos los días para saber que estás bien —le pido, desesperada—. Por favor, necesito saber que… —No me atrevo a decirlo.

Aun así, ella entiende lo que quiero decir.

—Está bien —acepta tras unos segundos en silencio.

—Y, por favor, avísame si necesitas dormir aquí, o pasar varios días, o…

—Lo haré —me asegura, sonriendo levemente—. ¿Me puedes soltar?

De repente, los dedos me queman. La dejo libre y me llevo la mano a la espalda, donde puedo apretar los dedos y clavarme las uñas en la palma sin que me vea. Me sonríe una última vez y me da la espalda para abrir la puerta. Se va sin decirme nada más, sin despedirse como

ha hecho con mi abuela. Quiero pensar que es porque espera verme pronto, porque hablaremos en pocas horas.

No le digo nada sobre el plan que se ha formado en mi cabeza durante la última hora. Sé que no seré justa, que me voy a comportar como una egoísta, pero es la única opción que tengo.

En cuanto pierdo de vista a Sarah, regreso corriendo a mi habitación y me lanzo a escribir una nota. Si hay algo de lo que me enorgullezco, es de mi buena memoria y pienso hacer uso de ella.

Una vez acabada la carta, la dejo fuera del buzón para que se la lleve el cartero. Me paso el día revisándolo por las ventanas, sin dejar de limpiar la casa, y para cuando anochece, tengo la respuesta que esperaba de la mano de Eshir.

Querida Nasha:

Lo que me pides puede hacerse, pero llevará tiempo. Tengo que consultar el asunto con mi padre antes de dar el siguiente paso. Hablaré con mis tíos y trataremos de devolverle a Sarah su vida.

Yo también te echo de menos. ¿Nos vemos mañana?

Te quiere,

Eshir.

CAPÍTULO NUEVE

Durante los siguientes días, tengo la cabeza y el corazón partidos en dos. Por un lado, no dejo de pensar en Sarah y de estar pendiente de ella a través de la ventana por si me necesita. Tal y como prometió, viene a casa cada dos horas, charla con mi abuela —o conmigo, si estoy—, y me permito respirar algo más tranquila. Sé que es cuestión de tiempo que su padre vuelva a pegarle, pero espero estar preparada para entonces.

Dejo un plato con patatas asadas en la barra de la taberna y estudio a Eshir de reojo, que atiende a una pareja sentada en una mesa cercana. Debo admitir que esperaba una reacción más dramática por su parte al contarle que había rescatado a Sarah y había dormido con ella la misma noche que empezamos a salir juntos. Fue todo un alivio que confiara en mí hasta el punto de no hacerme ninguna pregunta indiscreta típica de un novio celoso: «¿os besasteis?», «¿hubo algo más que palabras?», «¿os acostasteis?», «¿me has engañado?».

Sinceramente, aún estoy esperando que estalle.

Ese es el otro asunto que me trae de cabeza. Estoy acostumbrada a ver parejas con los celos a la orden del día. Hugin, por ejemplo. ¿Por qué Eshir no es así? No es que me queje, por supuesto, me está facilitando la investigación y me ha puesto en contacto con el marido de su tía Anhya, que trabaja en los juzgados en la ciudad. Le escribí frente a su sobrino y en su respuesta me aseguró que estaba dispuesto a ayudarme, sobre todo después del numerito que montó su cuñado en la cena del otro día. Lo único que no me gusta de todo esto es que

deberá mantener su implicación en secreto, pues las paredes tienen oídos y ojos por todas partes.

Lo cierto es que Eshir parece sacado de un cuento. Es guapo, inteligente, amable, trabajador y con un humor bastante peculiar, que encaja bien con el mío. También es terco como una mula, pesado y arrogante, pero supongo que eso equilibra todo lo bueno que hay en él.

Sí, estoy dividida en dos y cada parte le corresponde a una persona. La cuestión es cuál de ellas se quedará cuando mi cerebro y mi corazón decidan volver a unirse. Entretanto, a los pocos días de comenzar la vigilancia de Sarah, el tío de Eshir nos escribe para comenzarnos sus últimas averiguaciones, tan turbias que incluso se me revuelve el estómago.

El padre de Sarah pertenecía al ejército humano que invadió Shegnia tiempo atrás. Debido a los tiempos de paz que corren, las labores de los soldados se centran en salvaguardar las fronteras de Carshia, mantener activa la barrera en el mar, ayudar a los funcionarios con los permisos de residencia y trabajo y realizar algún que otro desfile. De vez en cuando, se les ve patrullar por los pueblos y aldeas cercanas a Arsis, aunque la mayoría se concentra en Rarshia, la capital, donde reside la familia real. Todo sería maravilloso si no fuera porque dentro del ejército se ha creado una facción que defiende la idea de esos grupos rebeldes: los elfos oscuros debemos desaparecer de este mundo a toda costa.

Y está claro a favor de quién está el padre de mi amiga.

En cuanto ambos terminamos de leer la extensa misiva, Eshir y yo intercambiamos una mirada.

—Esto es mucho más grave de lo que me temía —murmura, pellizcándose el puente de la nariz con los dedos—. ¿Por qué el rey no hace nada?

—Porque aún no han actuado —respondo en voz baja—, y no lo harán mientras haya una posibilidad de derrotarles antes de que todo se vaya a pique.

—Deberíamos intentar hablar con el rey, pedirle una audiencia y advertirle.

Resoplo y miro a mi alrededor. De no ser por el tema que estamos tratando, el bosque parecería tan sereno como se presenta a estas alturas del otoño. Hace bastante frío, pero ni a Eshir ni a mí nos molesta la humedad del suelo ni el musgo que crece en el tronco sobre el que hemos apoyado la espalda.

—No serviría de nada. Tú eres hijo de un tabernero más del reino y yo una elfa oscura que, por alguna extraña razón, ha tenido la suerte de nacionalizarse como carshiana. No confiará en la palabra de una ciudadana adoptiva, hija de su mayor enemigo.

—El rey no es así —replica Eshir, tan serio que incluso me intimida un poco. Rara vez se enfada con alguien, aunque ahora cualquiera diría que lo está conmigo—. Nos escucharía. No perdemos nada por intentarlo.

—Estás hablando de la misma persona que permite la Fiesta de la Victoria —le recuerdo.

—Sí, pero él es el único que puede hacer algo al respecto. Si nunca lo intentamos, jamás lo conseguiremos. Estoy seguro de que muchas personas se unirían a nuestra causa.

Tiene razón, salvo por el hecho de que si alguien se enterase de nuestros planes, bien podrían intentar impedirlos.

—No pertenecemos a la Corte —le recuerdo con pesar—, así que tampoco podemos confiar en que alguien le haga llegar nuestra petición sin delatarnos a los rebeldes.

—Mi tío podría hacerlo —dice tras un breve silencio—. Es un

hombre con cierta influencia y reputación, quizás él pueda…

—Ya le estamos comprometiendo demasiado, Eshir.

Le pongo una mano sobre el brazo al ver su frustración. El corazón se me ablanda enseguida. Sé que quiere lo mejor para todo el mundo, pero ver la manera en que se involucra con mi causa, aun pensando que bien podría regresar junto a Sarah de un momento a otro, es más de lo que puedo soportar. Así que me lanzo hacia él y le beso, tratando de transmitirle mi agradecimiento por todo lo que hace.

Eshir me devuelve el beso, dejando a un lado la carta de su tío y envolviéndome con sus fuertes brazos. Nada se escucha a nuestro alrededor, excepto los pájaros, alguna ardilla correteando por los árboles y nuestras respiraciones aceleradas. Con esfuerzo, me separo de él. Sus ojos verdes relucen bajo la luz de la tarde. Me mira de una forma que hace que se me encoja el estómago.

—¿A qué ha venido esto, tan repentino? —pregunta en un susurro, acariciándome el rostro con las manos, colocándome algunos rizos detrás de las orejas.

«Díselo», grita la vocecita de mi interior. «Vamos, díselo».

No puedo. En su lugar, sonrío.

—Solo quería besarte… y darte las gracias.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros y escondo la cara en su pecho para que no pueda leer la verdad en ella. No contesto. Eshir decide no insistir, porque se limita a abrazarme sin decir una palabra. Nos quedamos así un rato más, hasta que el sol empieza a declinar, indicándonos que es hora de regresar a casa.

Durante el camino, no dejo de darle vueltas a la idea de Eshir. Sigue sin parecerme bien que utilicemos la influencia de su tío para intentar

llegar hasta el rey que, por otro lado, no me dará crédito alguno. Sin embargo, quizás sí lo hiciera si tuviéramos alguna prueba de que nuestras sospechas son reales. ¿Cómo podríamos demostrar que el padre de Sarah pertenecía a esa facción y que supone un peligro real, no solo para su propia familia, sino para todo el mundo?

Ahogo una exclamación. «¡Eso es!». Me detengo en seco, con el corazón latiéndome a toda velocidad. Eshir me mira como si acabara de volverme loca.

—Ya sé lo que podemos hacer.

***

Al día siguiente, Eshir me acompaña a casa después del trabajo, como siempre desde que eché a Sarah del local aquella lejana mañana de verano. Hablamos de todo y de nada, cosas banales que nos entretienen y evitan que hablemos de sus objeciones a mi plan; una locura, según él. Sin embargo, en cuanto llegamos frente a mi casa y mis ojos se desvían hacia la de Sarah, iluminada suavemente por las luces de otras casas cercanas, le oigo suspirar.

—No me gusta que hagas esto —murmura, llevándose mis nudillos a la boca.

—A mí tampoco me emociona —admito—, pero no dejaré sola a Sarah. Su madre no parece demasiado dispuesta a denunciar su situación y acabar con esto.

Eshir asiente, sombrío.

—Mi madre jamás toleraría un comportamiento así.

Me gustaría poder decirle que la mía estaría de acuerdo con ella; sin embargo, no puedo saberlo. Si la hubiera visto en esa situación, no lo

habría soportado, aunque tuvo que enfrentarse a sus propios problemas. Los pocos recuerdos que tengo de mi madre son los de una casucha en medio de la nada, rodeadas de barro y suciedad, y su voz acunándome con cuentos que evocaban lugares mejores; después, veo una barca de madera que se bambolea con el viento y el fuerte oleaje. Y luego... Nada. No obstante, siento que ella habría luchado como una auténtica guerrera; ya lo hizo para sacarme de Shegnia y salvarme la vida.

Nadie debería pasar por nada de esto.

—La madre de Sarah siempre ha sido una mujer demasiado buena para el tipo de hombre con el que está casada —explico, recordando la ocasión en que mi abuela y yo fuimos a darles la bienvenida y ella aceptó el pastel que su marido rechazó—. Y su hija ha sacado su carácter. Necesita un empujón para animarse a salir de ahí.

—Y ese empujón eres tú —concluyó Eshir. Alzó una mano y me acarició la mejilla con las yemas de los dedos—. ¿Te sientes en deuda con ella? Porque fue tu única amiga y no te dio de lado.

—Sí —respondo. «En parte», pienso.

Sacudo la cabeza y los brazos para tratar de relajarme.

—Todo irá bien —le aseguro a Eshir con una falsa sonrisa—. Sarah no está en casa y probablemente hoy no dormirá allí. Para cuando regrese, lo más probable es que su padre haya caído bajo el peso del alcohol.

Eshir aprieta los labios.

—No me iré hasta que no entres en casa. Y si se atreve siquiera a amenazarte, no me contendré, ¿de acuerdo?

—Si me hace daño, tendré otro motivo más que darle a Sarah para que denuncie ante la justicia.

—Si te pone un dedo encima, no esperes que me quede con los brazos cruzados —replica Eshir—. Prometí que te ayudaría a salvarla, no a que te dieran una paliza por ella.

Me muerdo el labio inferior. Tiene razón, sé que la tiene, aunque… ¿Por qué no puede entender que ella es tan importante para mí como lo es él? Quizás estén en niveles diferentes, pero no soportaría que les hicieran daño. Eshir no tiene nada que ver con Sarah, no puede ayudarla como puedo hacerlo yo. Mi testimonio le dará valor a la denuncia de mi amiga por el tipo de relación que tenemos y si tengo que confesar lo que siento —sentía— por ella, lo haré, aun a riesgo de perderla para siempre.

Le doy un beso en la mejilla a Eshir y me alejo de él antes de que pueda añadir nada más. No es momento de dudar.

Me acerco a casa de Sarah en silencio, evitando las ventanas a toda costa. La rodeo y voy directa al pequeño almacén que hay atrás. Cuando éramos pequeñas, solíamos escondernos allí y jugar con algunos trastos. Una vez, el padre de Sarah estuvo a punto de descubrirnos. Para que no me viera, mi amiga salió de nuestro escondite y recibió la reprimenda que, en mi caso, podría haberse convertido en otra cosa. A partir de entonces, no volvimos a entrar en el almacén y escogimos el bosque como lugar de juegos, risas y confidencias.

Al llegar, descubro que han renovado la puerta. Ya no es de madera desvencijada y podrida, sino de metal. Intento abrirla, pero pronto descubro que debe tener algún tipo de cierre más complejo que el de una cerradura. Tal vez se trate de algún sistema de palancas, poco importa. Tengo que entrar a toda costa y conseguir las pruebas que necesito.

Echo un vistazo a las paredes del almacén. Hay una pequeña ventana a tres metros del suelo. Apilo algunas cajas que hay esparcidas junto a la casa y me subo en ellas. Algunas crujen bajo mi

peso, pero me permiten llegar hasta la ventana y colarme por ella. Una vez dentro del almacén, tengo que parpadear varias veces para que mis ojos se acostumbren a la oscuridad.

En estos momentos, agradezco ser una elfa oscura y parecerme a los gatos.

El almacén es tal y como lo recordaba: un habitáculo pequeño y alargado, lleno de trastos viejos y suciedad. Estudio con atención todo lo que me rodea hasta que doy con algo que tiene un aspecto diferente al resto de las cosas. Se trata de un montón de cajas parecidas a las que he usado para entrar, pero más nuevas, bien cerradas y con un sello estampado que me pone la piel de gallina.

La inscripción «Ejército Humano del Sur» me pone los pelos de punta.

Me acerco a las cajas con el corazón latiéndome a toda velocidad. Me agacho y compruebo su estado. Están limpias y algunas llevan una pequeña leyenda bajo el sello. Hay armas de todo tipo, incluidas unas nuevas que jamás habría pensado que podrían existir. También podía contar suministros, munición y telas.

Esto debe de ser una broma. Es mucho peor de lo que pensaba. El padre de Sarah no solo apoya la reconquista vioenta de los terrenos de Shegnia, sino que además trafica con armas y provee de ellas a un ejército que ya no debería existir. Entonces, ¿qué tiene que ver esto con Hurgin y su padre?

Entorno los ojos y busco alguna señal que me indique cuál es la relación entre ellos. El tiempo apremia y empiezo a creer que no encontraré nada hasta que lo veo. Ahí está, escrita en una esquina, con tinta emborronada y una pulcra caligrafía, digna de alguien que se ha pasado toda la vida codeándose con gente pudiente, la dirección de la casa de Hurgin.

« Es esto…», digo para mí misma. «Su familia también forme parte

de la trama».

Me tapo la boca con las dos manos, anonadada. Tengo que contárselo a Eshir, debemos escribir a su tío cuanto antes. Empiezo a apilar trastos junto al ventanuco a toda prisa y estoy trepando por él cuando escucho un ruido. Pasos acercándose aquí. Contengo el aliento y me impulso para mirar por la ventana.

¡Es el padre de Sarah! Se detiene junto a las cajas, frunce el ceño y, pasados unos segundos, continúa su camino a paso rápido. Los oídos me pitan mientras espero a que gire en la esquina del almacén para salir a trompicones. No me paro a buscar las cajas de antes. Salto y me obligo a rodar en el suelo hasta esconderme en las sombras de un árbol cercano.

Apenas tengo tiempo de tomar una bocanada de aire antes de echar a correr con todo el sigilo posible, de regreso a casa, donde Eshir me espera con las manos cerradas en puños y los labios convertidos en una fina línea.

—He estado a punto de… —comienza a decir.

—Lo sé —le interrumpo, sin aliento—. No te vas a creer lo que he descubierto. Tenemos que ponernos en contacto con tu tío, ¡de inmediato!

CAPÍTULO DIEZ

Eshir escribe a toda velocidad. Ahora entiendo cómo es posible que responda a mis misivas con tanta rapidez. La pluma rasga el pergamino en medio de la penumbra de mi salón. Esta es la primera vez que Eshir entra en mi casa, ¿quién habría dicho que sería para redactar una carta urgente a su tío y no para cenar con mi abuela y conmigo?

En cuanto termina, soplamos para que se seque la tinta cuanto antes.

—Iré yo mismo a ver a mi tío y le llevaré esto en persona. No podemos esperar a que el padre de Sarah elimine las pruebas —anuncia en cuanto dobla el pergamino y lo guarda en un bolsillo. Sus ojos verdes destellan bajo la luz del hogar. Se acerca a mí y me toma de las manos para, a continuación, llevárselas a los labios—. Prométeme que no harás ninguna locura mientras estoy fuera.

—Eshir…

—Prométemelo —insiste, vehemente. Lo hace porque sabe de lo que soy capaz, pero sobre todo porque es consciente de lo que está en juego.

No dudaría en dar la vida por Sarah. Ella significa demasiado para mí, a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotras y de que me haya dado cuenta de que también hay espacio en mi corazón para Eshir.

—Te prometo que no arriesgaré mi vida… —murmuro. Él suspira,

aliviado—. Innecesariamente —añado y el rostro se le contrae en una mueca de disgusto y diversión.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Desciende el rostro hacia el mío, me suelta las manos y lo acuna entre las suyas.

Sus dedos se enredan en mi pelo y sus ojos se clavan en los míos. Nuestros alientos se entrelazan al respirar, y me siento tan cómoda y segura que soy yo quien recorta la distancia que nos separa y le besa. Tiro de él hacia mí, al tiempo que ahogo un jadeo cuando atrapa mi labio inferior entre los dientes. Noto su deseo, pero también su desesperación.

—Te quiero —musita contra mi boca—. Nasha, te quiero.

—Y yo a ti —respondo, disfrutando de este momento y de la ausencia de culpabilidad.

Sí, así me sentía hace un tiempo, cuando comenzaba a notar que algo cambiaba en mi interior y que veía a Eshir de una forma diferente. Ahora lo entiendo. Antes de que pudiera darme cuenta, le estudiaba igual que hacía con Sarah. Por eso no me supuso ningún esfuerzo aceptar ser su acompañante en la cena de cumpleaños, ni me sentí avergonzada al permitir que me viera débil y sin confianza tras los insultos de su tío.

Eshir no me ve como una elfa oscura, sino como un ser igual a él que ha decidido entregarle su corazón. Sé lo que está en juego ahora mismo, que existe la posibilidad de que alguien nos haya escuchado y esté esperando el momento oportuno para atacarle en el camino.

Él no es el único que tiene miedo. Nunca antes nos habíamos separado, y ahora lo vamos a hacer con la guadaña de la Muerte sobre nosotros. Es la primera vez que pienso en la certeza de morir desde que vi el cuerpo sin vida de mi madre. Quién me iba a decir que los cánticos de mi pueblo me acompañarían en uno de los momentos más humanos de mi existencia.

Nos tomamos nuestro tiempo para separarnos y recobrar el aliento. Aun así, Eshir continúa repartiendo pequeños besos por todo mi rostro, terminando en mis labios, hasta que se retira definitivamente.

—No cometas ninguna locura —musita con un hilo de voz, soltándome.

Asiento, incapaz de decir nada. Me cruzo de brazos, protegiéndome el cuerpo del frío. Da media vuelta y abre la puerta de mi casa. Yo me quedo allí, viéndole marchar, con la esperanza de volver a verle pronto.

—Eshir —le llamo; gira el rostro y me mira por encima del hombro —. Ten cuidado.

Sonríe y me guiña un ojo con picardía.

—Son ellos quienes deberían tener cuidado conmigo.

Acto seguido, sale y cierra la puerta tras de sí, dejándome bajo la sombra de la incertidumbre y la inquietud.

***

Siempre he creído que, durante las guerras que libraban los hombres, las mujeres se entretenían con todo tipo de cosas: quehaceres de la casa, costura, conversaciones… Yo ya estoy aburrida de tejer, cocinar, trabajar, ir al mercado y vigilar la casa de Sarah desde la seguridad de mi salón. Nunca me había percatado de todo lo que me ofrece la presencia de Eshir. Ahora me siento como un perro enjaulado, dando vueltas sin parar por el jardín; si sigo así, podría cavar un foso en torno a mi casa.

Hace tres días que Eshir se marchó en medio de la noche. No me ha escrito para asegurarme que está bien, pero sus padres han recibido

una carta firmada por él en la que les informa de su llegada a casa de su tío en Arckhan. Ese es el único consuelo que me queda mientras sirvo mesas, limpio y regreso a casa, siempre con la vista puesta en las sombras y el oído aguzado.

Desde que me infiltré en el almacén del padre de Sarah, tengo la sensación de que alguien me vigila. Noto el frío en la nuca, como si respiraran muy cerca de mí. Puede que se deba a que ese hombre estuvo a punto de pillarme in fraganti, o quizás me vio correr hacia Eshir desde un lugar demasiado cercano a su casa. No sé si se habrá dado cuenta del desorden en sus cosas, pero rezo para que haya decidido centrarse en todos sus productos de contrabando.

Mientras, finjo que no ha ocurrido nada fuera de lo normal.

Esta noche, Sarah viene a dormir. Era nuestra costumbre de los viernes antes de que nos separáramos y la hemos retomado tras nuestro reencuentro. Espero que tenga novedades sobre Hugin. Al parecer, Sarah está haciendo todo lo posible para convertirse en alguien detestable a ojos de su padre y que este rompa la relación entre ella y su hijo. Si no lo hiciera, en unos meses se vería obligada a casarse con su hijo, pues está mal visto que un noviazgo dure tanto tiempo. Por suerte, soy experta en caer mal y le he dado unos cuantos consejos que la ayudarán a conseguir su objetivo.

En cuanto llego del trabajo, me aseo y me pongo ropa limpia. Preparo la cama para Sarah y ayudo a mi abuela a preparar los ingredientes de la cena. La tarde avanza con rapidez y pronto oscurece. Conforme pasa el tiempo, noto los síntomas de nerviosismo, pero mantengo la cabeza ocupada para no empezar a elucubrar.

Sin embargo, al cabo de un buen rato, miro por la ventana. Hace tiempo que el sol se escondió por el horizonte. Sarah ya debería de estar aquí.

—¿Aún no ha llegado? —pregunta mi abuela desde el hogar, donde

se cuece nuestra cena.

—No. —Me muerdo los bordes de las uñas—. Tampoco se tarda tanto desde la casa de Hugin hasta aquí.

—Quizá se ha encontrado con alguien.

—Sí, puede ser…

Algo dentro de mí me dice que no es eso lo que ocurre. Mi abuela trata de distraerme, aunque para cuando pone los platos sobre la mesa, me estoy calzando las botas y poniéndome una capa encima de la ropa.

—Ahora vuelvo —la aviso.

Noto sus ojos sobre mí. Siento que quiere decirme algo, pero finalmente guarda silencio y suspira.

—Vale, cariño.

Cojo mis llaves del mueble de la entrada, respiro hondo y salgo al frío nocturno de finales de octubre. Escucho el alboroto del pueblo celebrando la Noche de los Espíritus, cantando canciones y riendo. Ni a mi abuela ni a mí nos gusta esta fiesta, preferimos dejar tranquilos a los muertos. Especialmente a los míos.

Miro a ambos lados de la calle antes de cruzar, y no dudo en aporrear la puerta del porche de Sarah.

—¡Sarah! ¡Abre!

Nada, ni un solo ruido, ni una contestación. Tengo un mal presentimiento y estos suelen cumplirse.

Sin dudarlo, subo un pie al enrejado y me impulso para pasar por encima. Salto al otro lado y casi corro hacia la ventana que da al porche. No hay luces encendidas ni se escucha nada. El corazón me late a toda prisa cuando voy hacia la puerta y trato de abrirla a

empujones, pero es imposible. Vuelvo a la ventana e intento que se suelte el cierre interno tirando de ella una y otra vez. Repito el mismo proceso con el resto de las ventanas; nada, no sirve.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos. Tengo un mal presentimiento.

No, no, no. No puedo permitirme llorar. No voy a solucionar nada así.

Respiro hondo un par de veces y pienso con rapidez. Si no puedo abrir la puerta ni la ventana, solo me queda una salida: romper el cristal.

Estiro un poco las piernas sin darle muchas vueltas a lo que voy a hacer. Cuento hasta diez, cojo carrerilla y le doy una fuerte patada a la ventana. El vidrio tiembla suavemente, pero no se mueve de su sitio. Vale, ya sabía que no iba a conseguirlo a la primera… Lo intento un par de veces más y a la que hace cuatro, consigo que se agriete un poco.

Estoy tardando demasiado, el sudor cae por mi cuello. Me retiro y estudio el cristal. La línea que se ha dibujado en él cruza la ventana y se encuentra con las cuatro esquinas del marco de madera. Frunzo el ceño y le doy un toquecito a una de las esquinas inferiores. La grieta se acentúa y eso me da algo de esperanza. Tal vez, si golpeo en los puntos débiles del cristal, este acabe por ceder.

Elijo una de las esquinas y me preparo.

Patada. Crujido. Grieta.

Patada. Crujido. Grieta.

Patada. Crujido y…

Apenas tengo medio segundo para cubrirme la cara con los brazos cuando el cristal se parte en mil trozos. Jadeante, apoyo las manos

donde no hay esquirlas y me impulso hacia el interior de la casa de Sarah. Todo está silencio, salvo por los trocitos de cristal que piso sin querer a medida que avanzo. Me tropiezo con algunas botellas de vidrio vacías, que ruedan por el suelo y chocan con suavidad contra las paredes y los muebles.

Me asomo al pasillo a oscuras. No parece haber nadie. Si realmente he entrado aquí sin que Sarah esté en peligro, el tío de Eshir tendrá mucho trabajo por delante para evitar que me acusen de allanamiento de morada.

Camino poco a poco, con pasos lentos y silenciosos. El suelo ahí resbala, lo que me obliga a sujetarme con ambas manos en las paredes. Contengo las náuseas al notar que están tan pegajosas como el resto de la casa, llenas de mugre. El hedor es insoportable y casi vomito cuando llego a la cocina y adivino el olor de la carne podrida y el alcohol mezclado con el de algo que solo puede ser pólvora.

Es entonces cuando lo escucho: un sonido débil, un quejido.

Contengo el aliento y llego por fin a la que creo que es la habitación de Sarah. Empujo suavemente la puerta y esta se abre sin oponer resistencia. Mi amiga está allí, tendida en la cama con el cuerpo bañado en sangre. Su sangre.

—No, Sarah… —musito, y corro hacia ella.

—Nasha —consigue decir; al menos me ha reconocido—. Vete, puede volver en cualquier momento.

—Tranquila —Me trago la angustia y me quito la capa para taparla.

—Nasha… —gimotea.

No le hago caso. Tengo que darme prisa. Acuno a mi amiga, ambas medio tiradas en el suelo y me mezo con ella hasta que consigo que se calme. Le tomo el rostro con ambas manos y la obligo a mirarme.

—Sarah, cariño —murmuro, sorbiéndome la nariz—, tenemos que irnos.

—No puedo —solloza—. Irá a por mí y a por ti.

—No lo hará —le prometo, intentando sonar segura—. Confía en mí.

Sus ojos se clavan en los míos y se recuesta sobre mí. Nos pongo a ambas de pie y la arrastro hacia afuera. Se me antoja una eternidad hasta que puedo abrir la puerta de la casa. Una bocanada de aire frío, mezclado con el olor de la leña quemándose en el centro del pueblo, me hace suspirar de alivio.

Sarah se apoya en el porche con una mano y mira hacia atrás. Apenas tengo tiempo para ver la expresión de su rostro y darme cuenta de que algo no va bien.

Entonces, siento un golpe en la nuca.

—¡NASHA! —chilla Sarah, extendiendo las manos hacia mí.

La vista se me nubla. Los oídos me pitan. Todo se oscurece.

CAPÍTULO ONCE

Noto que algo me tira de la mano. Es incómodo, se me clava y trato de quitármelo, pero alguien me lo impide. Farfullo algo ininteligible y entreabro los ojos. La luz de la tarde consigue que no tenga que taparme la cara y pueda reconocer a quien no me deja librarme de mis ataduras.

—Sa… —intento hablar, pero tengo la garganta tan seca que mi propia voz me raspa—. Sa… Sarah —digo finalmente.

Ella me sonríe, una auténtica sonrisa, y sus ojos azules bañan por completo toda la estancia.

—Hola —me saluda y entrelaza sus dedos con los míos—. Bienvenida de vuelta.

Frunzo el ceño. Me duele tanto la cabeza que empiezo a ver puntitos blancos. Cierro los ojos y me remuevo en la cama.

—¿Dónde estoy?

—En la casa de la sanadora —responde con suavidad—. ¿No recuerdas lo que pasó?

Hago una mueca.

—Me va a estallar la cabeza, no puedo pensar en nada —protesto y ella ríe por lo bajo.

Me recreo en ese sonido. Hacía tanto que no lo escuchaba… Además, prefiero centrarme en eso que en lo agarrotada que me

siento. Muevo las piernas y estas se quejan. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Mi padre seguía en casa cuando entraste, intenté advertirte pero… —Se detiene y oigo que respira hondo—. Te golpeó en la nuca con una botella. La sanadora tuvo que coser tu herida y no permitió que tu abuela te llevara a casa hasta que no recuperaras la conciencia.

Noto que su voz se quiebra. Eso es suficiente para mirarla de nuevo. Sus ojos están empañados, pero no llora. Sorprendentemente, no derrama ni una sola lágrima. El corazón se me encoge al verla, una mezcla de tristeza y orgullo. Estudio su rostro, marcado en varias zonas. Los cortes que ayudé a curarle aún no han sanado del todo, aunque van por buen camino. Los moratones comienzan a adquirir su particular tono morado y rojo alrededor del ojo izquierdo, la sien derecha y las mejillas. Muevo los dedos y descubro algunas pequeñas heridas en la palma de su mano.

Trago saliva cuando me da un apretón y abre la boca para respirar.

—Eres tan impulsiva… —murmura— ¿Por qué hiciste eso? ¿Cómo sabías que estaba en mi casa?

Me encojo de hombros, pero el movimiento hace que vea las estrellas. Debe de ser por haber cargado con ella para sacarla de su casa, eso sí que lo recuerdo. En cuanto a lo demás, todo está en blanco.

—No lo sabía —admito—. Solo tuve una corazonada. Tendrías que haber venido a dormir para que pudiéramos continuar con nuestros planes para librarte de tu novio y que dejaras de ponerte esos vestidos de colores ridículos.

—Exagerada. —Sonríe y una lágrima cae sobre nuestras manos unidas.

—¿Dónde está mi abuela? —pregunto, preocupada. Seguro que está

de los nervios, yendo de un lado para otro, preguntándose dónde estoy.

—Ha salido a comer algo con Eshir. Me ha costado bastante convencerles de que no me movería de aquí hasta que regresaran y que les avisaría si despertabas.

—¿Y por qué no lo has hecho aún? —inquiero, confusa.

Me quedo helada cuando Sarah se inclina hacia mí y deja su rostro a escasos centímetros de los míos. Su mirada no vacila al clavarse en la mía. No parece la misma Sarah de siempre, esa chica soñadora y tontorrona capaz de ver cosas buenas en las peores personas. ¿Qué estará viendo ahora en mí?

—Quiero que me digas por qué has hecho todo esto —dice en voz baja, tan segura de sí misma que me siento intimidada y un extraño mariposeo, que creía dormido, se instala en mi estómago y me provoca náuseas. Oh, Dios, esto ahora no, por favor…—. Quiero que confieses, que seas completamente sincera. Has estado a punto de morir a manos de mi padre, suerte que los vecinos escucharon el escándalo y salieron a ayudarnos. Gracias a ti, él ahora espera un juicio, y mi madre y yo somos libres. Y no me digas que es por tu gran corazón, porque eso ya lo sé.

—Yo… —dudo.

Maldita sea, ¿qué hago ahora? La cabeza me va a estallar. ¿Le miento? Sería lo mejor, pero no me veo capaz de inventarme algo en estos momentos. ¿Le digo la verdad? ¿Le cuento lo muchísimo que la amaba? Incluso ahora, a pesar de estar con Eshir y de que no quiero dejarle, no puedo dejar de pensar en lo que habría sido de mí —de nosotras— si me hubiera atrevido a declararme. ¿Debería decirle que soy tan egoísta que, en realidad, nunca he querido alejarme de su luz, pero que ahora he encontrado otra fuente de calor?

Me duele el corazón. Literalmente, noto una opresión el pecho que

aparece y desaparece de forma intermitente.

—Sarah, ¿no puedes esperar a que…?

—No —espeta, dando un golpe en el lecho que me hace botar. Ahogo un gemido al notar la herida en la nuca—. No, se acabaron las excusas y las mentiras. Se acabó el sacrificarte por mí. Se acabó el no contarme la verdad. Quiero dejar de ser una ignorante, Nasha, y si tú no te sinceras, te juro que acribillaré a tu abuela a preguntas y…

—Vale, vale, está bien —acepto. Me niego a que mi abuela le cuente con pelos y señales todo lo que sabe.

Ojalá tuviera más tiempo para prepararme mentalmente. Ojalá pudiera pensar en una forma más sencilla y bonita de declararme, pero está visto que cualquier cosa que planee saldrá mal. Quise olvidarla y acabé pensando en ella; quise salvarla sin poner en riesgo la vida de nadie y aquí estoy, postrada en la cama de la sanadora con puntos en una zona sensible y de alto riesgo.

—Hay una razón por la que Hurgin nunca me ha gustado —comienzo—. No es solo porque me diese mala impresión o porque tuviera algún tipo de interés en tu padre (de eso hablaremos luego, no vas a librarte) —Sarah asiente, conforme, atenta a mis palabras—. En realidad, no me gustaba la idea de que salieras con nadie porque quería que estuvieras conmigo. Porque he estado enamorada de ti todos estos años, desde el día en que te sentaste a mi lado en clase y decidiste que merecía tu atención más que el resto de nuestros compañeros. Porque provocaste en mí una tormenta de mil colores.

»Nunca he hecho nada si no era por estar a tu lado. Quería que fueras feliz y que el motivo fuera algo que yo hubiese hecho. Quería que tus sonrisas solo estuviesen dirigidas hacia mí y que te dieras cuenta de que me moría porque me prestaras ese tipo de atención, la que se le da a una persona que te interesa como algo más que una amiga.

Los ojos de Sarah se abren por completo y se aparta un poco de mí, solo lo suficiente para poder mirarme a la cara. Me recorre cada línea con la mirada, como si no me reconociera. Intento que no me entre el pánico y espero a que sus ojos se encuentren de nuevo con los míos. No leo el asco en ellos o un rechazo absoluto. Simplemente, no soy capaz de adivinar en qué está pensando.

—Lo siento —añado, desviando la cara hacia la puerta de la habitación—. No quería que lo supieras así. De hecho, no planeaba decírtelo nunca, sobre todo ahora.

—¿Por qué? —pregunta con un hilo de voz, dejándose caer en la silla que hay junto a la cama. No me suelta la mano, ¿eso es bueno o malo?

—Porque no quería perder tu amistad. Prefería tener eso a no tener nada en absoluto. Y, bueno, ya no soy la misma persona de hace unos meses, que antes del verano.

Sus dedos se cierran como cepas en torno a los míos. Apenas noto ya las puntas. Veo de soslayo que va a decir algo, pero entonces la puerta de la habitación se abre y Eshir y mi abuela entran por ella. En cuanto me ven despierta, se acercan a mí y la mano de Sarah se retira de la mía.

Durante la siguiente hora, la sanadora me examina con cuidado y me da instrucciones muy precisas de lo que debo hacer: nada, absolutamente nada. No puedo levantarme, ir al baño o comer por mí misma durante las siguientes dos semanas. Mi abuela escucha sus recomendaciones y asiente varias veces, al tiempo que Eshir me ayuda a incorporarme en la cama. La habitación me da vueltas durante los primeros minutos, luego se estabiliza.

A las ocho, una de las ayudantes de la sanadora trae una bandeja con un plato de puré y una manzana. Protesto al no ver nada de pan, pero acabo comiéndome el puré y la fruta. No me había dado cuenta

de lo hambrienta que estaba hasta este momento. Me dedico a mirar por la ventana mientras Eshir, Sarah y mi abuela discuten sobre quién debería quedarse esta noche conmigo; Eshir gana la contienda, y Sarah y mi abuela se despiden de mí a eso de las nueve.

Por fin estoy a solas con él. A pesar de los tés calmantes, siento una punzada de dolor en el cuello cuando giro la cabeza para mirarle. Se ha acomodado en el sillón del acompañante, con las piernas despatarradas y las manos sobre el estómago.

—Siento que tengas que hacer esto —murmuro, volviendo la vista a la televisión—. No quiero que tus padres piensen que…

—No te preocupes por ellos —me asegura Eshir, y le veo sonreír.

—Esto es un fastidio —mascullo—. ¿Qué pasa si en medio de la noche quiero levantarme para ir al baño?

—Pues que te ayudaré —responde con la diversión tiñiendo su voz.

—Ni se te ocurra —amenazo, y él suelta una carcajada.

—¿Y qué pasa si te mareas y te caes?

—Me arrastraré como un gusano o gritaré.

Eshir se ríe de nuevo y dejo que su risa me bañe por completo. Soy consciente de que estoy posponiendo lo inevitable y, por la forma en que me mira cuando deja de reírse, él también lo sabe. ¿Qué habrán hablado él y Sarah? ¿Qué se habrán dicho? Y lo más importante: ¿debo contarle mi conversación con ella? ¿Le dolerá saber que, a pesar de todo lo que ha hecho por mí, una parte de mí nunca olvidará a Sarah? Aunque, si me paro a pensarlo, no solo la quiero a ella… Eshir también es muy importante para mí y empiezo a entender que mi corazón es más complejo de lo que creía. Quizás aún me queda un largo camino para comprenderlo por completo, pero creo que voy por buen camino.

Y, en el fondo, sé la respuesta a cierta cuestión.

—¿Cuántos días llevo aquí? —pregunto.

—Casi tres.

—¿Qué ha pasado con el padre de Sarah?

—¿No te lo ha dicho? Está a la espera de un juicio. Mañana a primera hora le declararán culpable y comenzará a cumplir condena. Mi tío ha acelerado el proceso.

Asiento.

—Y él, ¿cómo está? ¿Pudisteis reunir todas las pruebas?

—Se ha encargado de todo —responde Eshir con un suspiro, levantándose del sillón y estirándose—. Ya ha hablado con Sarah y con su madre, y ha recogido varios testimonios de vuestros vecinos. También cuenta con varias pruebas de lo que encontraste en el almacén. Además, tu abuela viajará a la ciudad por la mañana y testificará en el juicio.

—¿Y qué hay de mí? ¿No van a preguntarme nada?

—La información que necesitaba se la diste desde el principio —explica, sentándose junto a mí en la cama—. Nasha, relájate. Todos los cabos están atados, Sarah es libre de hacer lo que quiera.

Aprieto los labios. Hay un asunto que no ha mencionado.

—¿Se sabe qué interés tenía Hurgin en él?

Eshir hace una mueca.

—Sí. Como ya sabíamos, su padre es firme defensor de la misma causa que movía al de Sarah. Ambos estaban compinchados y pretendían utilizar la violencia para reivindicar sus peticiones. Han estado a punto de provocar otro levantamiento —Cierro los ojos, anonadada—. Hurgin también será juzgado por ser conocedor de los

hechos y mantenerlo en secreto, apoyando la causa —continúa diciendo Eshir—, aunque como no le ha levantado la mano a Sarah directamente, mi tío no cree que penalizado por eso o que pase demasiado tiempo en los calabozos. Seguramente, pagará una fianza y quedará en libertad con cargos.

—No debería ser así —gruño.

—Lo sé —coincide Eshir, poniéndome un mechón de pelo tras la oreja.

La caricia se alarga hacia mi cuello y baja por mi hombro y mi brazo hasta acoger mi mano con la suya. El ambiente entre nosotros ha cambiado, puedo sentirlo. Esto es inevitable.

—¿Vas a contarme lo que has hablado con Sarah esta tarde? —pregunta con calma. Apenas me sorprende que supiera que llevaba un rato despierta.

—Sí, pero no sé por dónde empezar.

—¿Qué tal por la parte en la que le has confesado lo que sientes?

Ahora sí que doy un brinco en la cama. Mis ojos se abren como platos.

—¿Qué?

Eshir alza los ojos al techo y suspira de nuevo.

—La cara de Sarah era un poema cuando hemos entrado y tú parecías querer que el suelo se te tragara.

Gimoteo y trato de taparme la cara con las manos, pero Eshir me lo impide. Me besa las yemas de los dedos con cariño, haciéndome estremecer. No quiero renunciar a esto. No quiero perderle. No quiero que deje de besarme y de mirarme de esta forma… ¿Y si me estoy aferrando a un imposible? ¿Tan egoísta sería querer estar con Eshir sin perder a mi mejor amiga al mismo tiempo?

Me dan miedo las respuestas a esas preguntas.

—Se lo he dicho —confieso con un hilo de voz—. Le he dicho lo que siento —Me inclino hacia él—. Pero también que estoy enamorada de ti.

«¡Se lo he dicho!». Vale, sí, mi vida ha tenido que estar en juego para hacerlo pero ¡lo he dicho!

—Lo sé —musita con una sonrisa triste—. No puedo elegir por ti, Nasha. Solo puedo desear tu felicidad y si estar con ella es lo que te hace completamente feliz, entonces no tengo ningún motivo para interponerme en tu camino.

—Espera —le detengo—. Estás asumiendo que siente lo mismo y no es así.

—¿Eso te lo ha dicho ella? —replica.

Busco en mi cabeza. No, no me ha dicho nada, pero…

—Sarah no se siente atraída por las mujeres, Eshir.

—Tampoco a ti te atraían los hombres y míranos. —Me guiña un ojo, un gesto que intenta ocultar lo mucho que le duelen mis palabras. Sin embargo, creo poder leer entre líneas y eso me confunde aún más. ¿Qué le ha contado Sarah de mí?—. Esta ha sido la primera vez que me has dicho «te quiero» en todos estos meses y no sabes lo feliz que me ha hecho eso —Su mirada y su rostro se ensombrecen—. Pero si lo que me estás pidiendo es que acepte que estés con los dos… No puedo, Nasha. Yo no soy así.

Me cuesta respirar. Sabía que diría eso, sabía que la idea le horrorizaría. Aun así, guardaba cierta esperanza.

No puedo evitar que las lágrimas salgan de mis ojos sin que pueda contenerlas. Eshir me las seca, se acerca a mí, me besa y me abraza. Me susurra que debo estar tranquila, que no se irá ni desaparecerá. Le

digo mil veces que le quiero para que se le grabe en la mente, un intento absurdo de que no se olvide de mí. Me encojo hasta que me hago pequeñita entre sus brazos y el sueño me vence.

***

La sanadora permite que regrese a casa dos días después. El juicio al padre de Sarah se celebró como estaba previsto y ha sido condenado a prisión de forma indefinida por sublevación e incitación a la violencia. Al parecer, ese fue el motivo por el que perdió su fortuna años atrás y por lo que se ve, no ha sido capaz de enderezar su vida.

La madre de Sarah me visita en cuanto llego a casa y yo hago un esfuerzo enorme para no echarla a gritos. ¿Qué clase de madre deja a su hija desamparada, sola en esa casa? Sin embargo, no tengo nada que decir mientras Sarah se empeñe en esgrimir que era tan víctima como ella misma. Yo discrepo, pero no discuto. Por lo general, soy empática y perdono los errores de los demás, pero en esta ocasión no me siento capaz de dejar pasar todo lo que ha sufrido mi mejor amiga.

En cuanto su madre se va, Sarah me lleva a mi habitación y me acomoda en la cama, con un cojín enorme en la espalda y la almohada en la cabeza. En dos semanas me quitarán los puntos y ya podré comenzar a hacer mi vida normal. De solo pensar que tengo que regresar a la taberna donde trabajo con Eshir me pongo de los nervios, sobre todo porque aún no hemos arreglado nuestra situación. Sarah advierte mi inquietud, que se traduce en un constante movimiento de las piernas, porque me pone las manos sobre ellas y me riñe.

—Si no te estás quieta, pienso atarte a la cama.

Alzo una ceja.

—Las cuerdas están en el granero. —Le señalo la pared a mi espalda

y ella se echa a reír.

Niega con la cabeza y coge la silla de mi escritorio para sentarse a mi lado.

—Eres lo peor como enferma, ¿lo sabías?

Me encojo de hombros.

—Debía tener algo malo…

Sarah bufa, pero sonríe. Aunque cuando nos quedamos mirándonos, el ambiente distendido cambia. Noto el peso del aire de la misma forma que lo sentí cuando hablé con Eshir hace dos días. Tengo la misma sensación de que algo muy delicado está a punto de romperse.

—¿Sabes? —dice de pronto en voz baja—. He estado dándole vueltas a lo que me dijiste.

Asiento, tensa. En cualquier otro momento, habría recurrido a alguno de los chistes de Eshir. Ahora, solo soy capaz de mirarla y tratar de adivinar lo que piensa a través de sus ojos azules.

—Creo que siempre supe que te ocurría algo así conmigo, por tu forma de mirarme o de estar a mi lado. No te separabas de mí y casi podía escuchar cómo le gruñías a los chicos guapos que se me acercaban —ríe.

—Porque eran como moscas. ¿Te has dado cuenta de que…?

—Nasha, para —me interrumpe con suavidad—. Lo que quiero decir es que solo me pilló por sorpresa que me lo dijeras, no el hecho de que estuvieras enamorada de mí.

Lo dice con tanta naturalidad que me dan ganas de llorar.

—¿No te doy asco? ¿No quieres salir corriendo? —musito.

Ella niega con la cabeza.

—En realidad, lo que más me apetece es darte un abrazo y devolverte todo lo que has hecho por mí.

Me echo a temblar. ¿Qué significa eso?

—Sarah —levanto las manos para evitar que se me acerque—, no tienes que hacer nada que no quieras. Es más, ni siquiera hace falta que me…

—Pero es que quiero hacerlo —insiste, inclinándose hacia mí.

Me coge de las manos y se las lleva al pecho. Tiene la boca entreabierta al respirar y los ojos parecen a punto de salírsele de las cuencas.

—Tenías razón en todo, Nasha —añade, vehemente—. Respecto a Hurgin, a mi padre, a mi madre… ¡A todo! He estado tan ciega… Pero tú me has hecho ver lo que es realmente importante. He intentado imaginar mi vida sin ti, ¡y no puedo! Apenas he podido vivir sin hablar contigo durante estos últimos meses. Y cuando me salvaste la otra noche, creí que estaba soñando. ¡Habías vuelto a por mí!

»Nasha, ¿no te das cuenta? ¿No ves que no quiero seguir fingiendo que no me duele verte así por mi culpa? ¿Que sufro al tenerte tan lejos? Ahora estás enamorada de Eshir, estás con él, y yo no puedo hacer nada. Lo único que me asquea soy yo misma y mi ceguera.

No puedo pensar en nada. Tengo la mente en blanco, los dedos de los pies fríos y el corazón latiéndome a toda velocidad. Una mezcla de euforia y nostalgia se apodera de mí. A Sarah le importo, Sarah se preocupa por mí, Sarah…

Un momento.

—No lo entiendo —digo con un hilo de voz—. ¿Qué quieres decir?

Ella resopla, me suelta las manos y me coge el rostro.

—Que te quiero, tonta —responde en medio de una risita histérica

—. Nunca sentí por Hurgin lo que siento por ti. Quería convencerme de que estaba enamorada de él, pero no era cierto —Sus manos bajan y se acomodan sobre mi clavícula. Clava la mirada en ellas, perdida en sus pensamientos, mientras yo me hundo en sus ojos y navego en un mar de dudas y esperanza—. Sabes que siempre me han gustado las cosas bonitas, me atrae lo que es bello por naturaleza. Si me senté contigo en clase fue porque me pareciste realmente preciosa y cuanto más te conocía, más me daba cuenta de lo acertada de mi decisión. —Alza los ojos—. Después de lo que me dijiste el otro día, le he dado muchas vueltas a tus palabras y he rememorado cada uno de los momentos que he pasado contigo. Ahora comprendo que la razón por la que me dolió tanto que te alejaras de mí no era simplemente que fueras mi amiga, sino que estaba y estoy enamorada de ti. No voy a mentirte, me da miedo todo esto, como si lo que creyera conocer de toda la vida ahora no tuviese ningún sentido. Me aterra que ya no me quieras, pero necesitaba decírtelo. Quería que supieras cuánto significas para mí, Nasha.

No sé en qué momento he dejado de respirar. Me pellizco el brazo. ¡Ay! Duele. Esto solo puede ser real. Sarah está enamorada de mí, me quiere y no le doy asco. Me da vueltas la cabeza.

—Sarah —musito. Ella se inclina aún más, su nariz roza la mía. Contengo el aliento y cierro los ojos, dispuesta a cumplir uno de mis mayores sueños.

Un segundo. ¿Uno de ellos?

CAPÍTULO DOCE

La vida no es un camino recto y lleno de flores. Cuando somos pequeños, nuestros mayores nos cuentan fábulas de las que debemos aprender una única lección: si quieres algo, debes luchar por ello. Supongo que eso no debería aplicarse a lo que desencadenó la guerra entre humanos y elfos oscuros, una guerra que nos separó de todas las maneras en que podría ser posible.

Aunque, por suerte, siempre hay quien decide echar abajo esas murallas invisibles. Sarah lo hizo desde el primer momento en que me prestó su goma, y Eshir cuando se ofreció para ayudarme a superar unos sentimientos no correspondidos.

En cuanto a mí, ya no soy esa elfa oscura que se avergonzaba de ser diferente ni de lo que siente su corazón. Gracias a Eshir, ahora me conozco mucho mejor y es hora de que le devuelva todo lo que me ha dado.

Por eso, pongo una mano en el pecho de Sarah y la detengo. Abrimos los ojos y nos miramos. La confusión brilla en sus ojos azules.

—¿Nasha?

—No puedo hacer esto. —En cuanto lo digo, siento que me deshago de una pesada losa que no sabía que llevaba sobre los hombros. Se aleja un poco de mí y se sienta a los pies de la cama, dándome el espacio que necesito sin que tenga que pedírselo—. Te quiero, Sarah, y siempre lo haré, pero no puedo continuar mirando hacia atrás. ¿Lo entiendes?

Ella abre la boca, la cierra y la vuelve a abrir.

—Claro —murmura. Sacude la cabeza y estruja su vestido entre los dedos—. Sí, es cierto. —Alza los ojos y me sonríe, pero la felicidad no llega a su mirada—. Supongo que… llego tarde.

Trago saliva con dificultad.

—Jamás planeé volver a enamorarme —le prometo.

—Lo sé. —Se levanta de la cama, se acerca a mí de nuevo y deposita un pequeño beso en mi frente, antes de darme la espalda y encaminarse hacia la puerta de mi habitación—. Me voy, necesitas descansar.

—Sarah, espera —la llamo, intentando incorporarme. Ella sale de mi habitación mientras yo me veo obligada a tumbarme, presa de un nuevo dolor de cabeza que me nubla la vista.

Lloro en silencio, recordando todo lo que he vivido junto a mi mejor amiga. Eso es lo que será siempre, si ella quiere. Mi corazón ya no le pertenece como lo hizo antaño. Es algo que me ha costado comprender y por lo que me he fustigado durante todo este tiempo. Quiero a Sarah, pero amo a Eshir. Tal vez él no me conozca de la misma manera, pero sí lo hace a la suya.

Apenas escucho el sonido de la puerta de casa cerrarse, mi abuela aparece en mi habitación y me observa desde el umbral con una sonrisa llena de compasión.

—Oh, mi querida niña —suspira, al tiempo que camina hacia mí y se sienta en la cama, a mi lado. Me acaricia la cara con sus manos suaves y arrugadas, calmándome al instante—. Todo saldrá bien. Ya lo verás.

—La he perdido para siempre, ¿verdad? —sollozo.

—No, cariño. Solo necesita un tiempo para adaptarse a la nueva

situación. Ella también pasará página algún día y podréis retomar vuestra amistad donde la dejasteis. Por ahora, descansa —añade, ayudándome con cuidado a tumbarme.

—No podré hacerlo hasta que hable con Eshir —replico en voz baja —. ¿Podrías pedirle que viniera?

—Nasha…

—Por favor —insisto, apretando con fuerza las sábanas—. Abuela, por favor.

Me observa atentamente, de la misma forma que lo hizo cuando me adoptó hace tanto tiempo. Reconozco que recuerdo pocas cosas de mi tierra natal, menos aún del viaje, pero lo que nunca olvidaré será a mi abuela entrando en el edificio donde viví hasta que ella me escogió. Nunca le pregunté por qué lo hizo, por qué prefirió a una elfa oscura que a una humana, aunque dudo que me dijera sus razones si lo hiciera. En realidad, no me importan sus motivos, solo que me ha dado todo lo que ha estado en su mano.

Me crio como si fuera de su propia sangre. Me dio comida, agua, ropa limpia y un techo bajo el que cobijarme. Gracias a ella, aprendí a leer, escribir y hablar su idioma. Me desenvolví con soltura en mis estudios y, en cuanto tuve la edad suficiente, decidí que era hora de empezar a devolverle su esfuerzo. No le gustó la idea de que empezara a trabajar, pero lo aceptó cuando vio que se trataba de un empleo decente para una muchacha como yo.

No sé en qué estará pensando ahora, quizás en lo mismo que yo. Sus ojos brillan al suspirar y, finalmente, asiente.

—Muy bien, pero no podrá quedarse mucho, ¿de acuerdo? Aún estás convaleciente.

El pecho se me hincha de felicidad y tiro con cuidado de ella para abrazarla.

—Gracias, abuela. Por todo.

La noto sonreír contra mi pelo.

—Gracias a ti por devolverme la vida, Nasha.

Me separo de ella con los ojos húmedos. Nunca he sido una persona que se emocione con facilidad, así que le achacaré estos momentos a mi herida y a los recientes eventos.

—¿Por qué yo, abuela Kharia? ¿Por qué me elegiste a mí? —pregunto con un nudo en la garganta—. Podrías haber elegido a cualquier huérfano humano.

—Mi niña —dice, acariciándome las mejillas con los pulgares—, la pregunta no es «¿por qué a ti?», sino «¿por qué a ti no?». Tras la muerte de mi querido Jerhom, y sin un solo hijo vivo debido a la hambruna de la guerra de hace unos años, no tenía nada por lo que vivir. El día que te conocí, estaba allí por casualidad. No había planeado adoptarte, pero en cuanto te vi supe cuál era mi destino.

»Nasha, eres una bendición que no sabía que necesitaba —añade, sin siquiera secarse las lágrimas que corren por su cara—. No te sientas en deuda conmigo, cariño, porque soy yo quien debe agradecerte que me hicieras recordar que vale la pena continuar en este mundo un poco más. Sobre todo si así le enseño a más de uno que los elfos y los humanos no somos tan distintos —Me guiña un ojo y yo me echo a reír.

Niego con la cabeza, abrumada.

—Eres de lo que no hay, abuela —Y me inclino hacia adelante para volver a sentir su calor.

***

Eshir tarda un buen rato en llegar. Quiero creer que es porque hay demasiado trabajo en la taberna; eso sería genial, el invierno se acerca y cada vez vienen menos comerciantes a pasar la noche en su camino hacia la ciudad. Aunque cuando entra en mi habitación, no le veo ataviado con la ropa de faena, sino con algo limpio y menos desastroso. Lleva una capa oscura sobre una chaqueta de cuero, una camisa beige y unos pantalones marrones que se esconden bajo sus botas negras. Tiene el pelo alborotado, como si fuera estuviera soplando el viento con fuerza. Sus ojos verdes me localizan al momento en la cama.

Da un paso hacia el interior de mi habitación y deja la puerta entornada a su espalda. Al ver el detalle, esbozo una sonrisa divertida.

—Qué formal —comento, intentando romper la tensión que hay en el ambiente.

Está serio. Pocas veces le he visto así. La última vez fue cuando me dijo que no podría compartirme con Sarah.

—¿Quieres sentarte? —pregunto, ofreciéndole el banco donde se ha sentado mi amiga antes.

Traga saliva, cabecea y hace lo que le pido. Frunzo el ceño al darme cuenta de que ni siquiera me ha saludado y que, además, no me mira a los ojos durante más de unos segundos.

—Eshir —le llamo—, mírame, por favor.

Respira hondo, pero vuelve a obedecer. El corazón se me encoge al leer su sufrimiento, lo tiene pintado en todo el rostro.

—¿Qué ocurre?

—Sé lo que significa esta conversación, Nasha —habla por fin—. Solo he venido para no sentirme aún más humillado.

—¿Humillado? —repito—. ¿Por qué habrías de sentirte así?

—Has elegido a Sarah, ¿no es cierto?

Los ojos se me abren como platos. Hago caso omiso de las recomendaciones de la sanadora —ya he perdido la cuenta de las veces que las he ignorado— y me aúpo para poder cogerle el rostro entre las manos. Eshir contiene una exclamación, sorprendido. Su piel humana reluce contra la mía, mucho más oscura.

—Eres un cabeza hueca, ¿lo sabías? —No responde—. ¿Por qué das las cosas por sentadas?

—Bueno, sueles llevarme la contraria —replica—. Te dije que no hicieras ninguna locura durante mi ausencia, y aun así…

—Vale, lo acepto, no tengo ningún aprecio por mi vida —le interrumpo—. Pero, ¿qué hay de lo que siento? ¿De verdad piensas que cometería una estupidez al respecto?

Eshir me recorre el rostro con la mirada. Cubre mis manos con las suyas y las quita de su rostro lentamente.

—¿Qué quieres decir? —inquiere con un hilo de voz.

Resoplo y me dejo caer contra las almohadas.

—Pues que no he escogido a Sarah. Le he dicho que la quería, y es cierto, pero solo como amiga. Lo que sintiera por ella se ha desvanecido, al menos en su mayor parte; siempre formará parte de mí.

—Y, ¿en qué lugar me deja eso a mí?

—En el que tú decidas —respondo, sonriendo, rezando en silencio por que no se haya rendido aún conmigo—. Si aún hay sitio en tu corazón para mí, no dudaré en reclamarlo.

Eshir no responde. Es más, ni siquiera le oigo respirar. Se queda quieto como una estatua, observándome. Poco a poco, su rostro se va transformando. Dibuja una media sonrisa, acompañada por el brillo

picarón de sus ojos verdes. Sus hombros se relajan y, antes de que pueda impedirlo, salta a mi cama, riendo.

—Pero ¿qué haces? ¡Me vas a matar! —exclamo, divertida.

Me toma el rostro con ambas manos y fija la mirada en mí.

—Oh, no, pequeña. Ya es tarde para arrepentirse —murmura, cerniéndose sobre mí.

Su boca se encuentra con la mía, su olor y su tacto me envuelven. Pongo las manos en su pecho, aferrándome a él como un náufrago a una cuerda de salvamento, aunque yo ya no voy a la deriva, como cuando era pequeña. No me pierdo en un mar bravío, sino en un bosque verde y luminoso. Me dejo envolver por los brazos de Eshir, sintiéndome más plena que en toda mi vida, siendo yo misma.

Aquí no importa de qué raza seas, ni si tienes mal humor o prefieres pasar el día leyendo. Da igual cuántas manchas lleves en el delantal o si se te ha deshecho el recogido. Eshir es ese lugar donde el tiempo se detiene y todo está en su sitio, en su perfecta imperfección. Y yo, soy su centro.

EPÍLOGO

Un año después.

Si el año pasado me hubiesen dicho que acabaría casándome con el hijo del tabernero más popular del pueblo, me habría reído tanto que habría pasado la noche en el calabozo por escándalo público.

Lo digo en serio, no exagero.

Sin embargo, aquí estoy, en medio de un banquete post unión organizado por mi abuela y mi, ahora, suegra. Todo está decorado con flores y lazos, aunque han tenido la consideración de no poner más cantidad de la que me haría sentir incómoda. Ninguna de las dos familias es rica, a pesar del cuantioso regalo por parte del tío de Eshir, quien se encargó de llevar al padre de Sarah a prisión. Al parecer, dar con un contrabandista tan importante le ha hecho ascender en la escala social y ahora asesora a los dirigentes de Carshia. Todo un honor, sin duda.

Confieso que Eshir y yo recibimos una invitación para visitar al rey en el Palacio Real de Rarshia, la capital del reino. Quería agradecernos que hubiésemos evitado una sublevación y el inicio de una nueva guerra, aunque yo me decanto más por convertirnos en piezas con las que jugar a las reconciliaciones. Según nos comunicaba, siempre le había inquietado la posibilidad de una revuelta, pero mientras buscaba una solución al problema, mantenía contento al sector con la celebración de la Fiesta de la Victoria. Lo pensamos con cuidado, podíamos conseguir muchísimas cosas, pero ¿a qué precio? No nos

sentíamos capaces de poner en el centro de la diana de los rebeldes a nuestras familias, de la misma manera que tampoco queríamos vivir el resto de nuestros días atados a la disciplina y las normas de la nobleza.

Finalmente, declinamos la invitación. Cuando se lo contamos a los padres de Eshir y a mi abuela, casi nos matan. Aun así, decidimos que lo mejor era dejar todo ese asunto atrás y que fuesen otros quienes se encargaran de limar las asperezas. Yo no pensaba convertirme en una herramienta de Su Majestad y Eshir tampoco estaba dispuesto a permitirlo.

Elegimos una vida tranquila y en paz en Arsis.

Esa misma noche, después de soportar la regañina de nuestras familias, Eshir me pidió matrimonio. Admito que me sentí tentada de hacerle sufrir con la intriga, pero no pude evitar que la aceptación saliera de mi boca. Mi felicidad fue absoluta cuando se lo conté a Sarah y se alegró por mí. No hemos recuperado la relación que solíamos tener, aunque es mejor así. Siempre será especial para mí, y yo para ella; no necesitamos nada más.

Por eso ocupa un sitio en mi mesa junto a su actual pareja, el hijo del panadero. Quién lo diría, ¿no? Parece que sus intereses no casaban en absoluto con los de su padre, y esta es una bonita forma de darle una nueva oportunidad al amor; ambas lo necesitábamos. En cuanto a su madre, decidió marcharse del pueblo con su nuevo esposo a la ciudad, dejándole a su hija la casa familiar. Sarah me ha asegurado que la venderá en cuanto se una, hay demasiados recuerdos dolorosos allí.

—¿Qué tal está la comida? —pregunta mi abuela, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

—Si no ves nada en el plato, es porque me moría de hambre —le aseguro, y todos se echan a reír. No es ninguna broma, llevo dos días

sin probar bocado por culpa de los nervios. Jamás me habría imaginado que estaría tan ansiosa por unirme.

—Se pone imposible cuando solo piensa en comida —comenta Eshir, guiñándome un ojo.

—Algo malo tenía que tener —replico. Bebo un poco de vino y descanso la espalda en el respaldo de la silla.

—Eres como una tormenta: pasas de la tranquilidad a la bestia hambrienta en un segundo.

A pesar de todo, sonrío. Soy una tormenta, como mi nombre. Una tormenta de emociones, de deseos y sueños; de recuerdos y sentimientos, cada uno con su tonalidad. Sé que tendré una vida ajetreada, ser una elfa oscura en territorio humano no es fácil, pero lo prefiero así. No soporto el aburrimiento y, además, ¿cómo pasaría todos estos años sin un poco de diversión?

Esto es lo que soy, lo que siempre seré. Eshir lo sabe, por eso no duda en cogerme de la mano y besarme los nudillos, con la promesa en su mirada de miles de emociones en el futuro. Porque no hay nada como darle sabor a la vida y ser, en definitiva, una tormenta de mil colores.

FIN

Agradecimientos

No habrá una sola de mis historias en las que no aparezcan mi familia y mi pareja en esta sección. Puede parecer tópico, pero no soy nada sin ellos. Me empujan a seguir adelante, a soñar despierta para no olvidar las ideas que se entrecruzan en mi mente. Ellos son los pilares fundamentales de mi vida y siempre estarán conmigo, aquí, en cada página de cada libro. Os quiero.

Mis brujis y mi familia de escritores, esa que me acogió desde el primer momento, tiene mucha culpa de que esto haya ocurrido; en especial, Silvia M. Díaz, que me animó a enviar el manuscrito a Cherry Publishing. Gracias a todos vosotros por creer en mí y escuchar mis problemas. Gracias por vivir mis sueños con tantísimo cariño.

A Cherry Publishing y a mi editora, Lucía, por la confianza depositada en mí y por darle alas a esta historia. Tormenta de colores no podría haber encontrado un hogar mejor. Gracias por el trabajo y el cariño que le habéis dado a esta historia, y por todos esos sueños que cumplís. Sois una fábrica de sonrisas.

Y a vosotros/as, soñadores, que estáis ahí, al pie del cañón. Espero que hayáis disfrutado con mi novela y guardéis en vuestros corazones a Nasha, Eshir y Sarah. Ellos estarán aquí cuando necesitéis aislaros del mundo.

¡Nos leemos pronto!

¿Te ha gustado *Tormenta de colores*?

❤

¡Déjanos 5 estrellas y un comentario para que otros lectores descubran el libro!

¿No te ha gustado?

♠

¡Escríbenos para proponernos el escenario que te hubiera gustado leer!

https://cherry-publishing.com/es/contacto-con-nosotros/